

Lurgio Gavilán Sánchez es indígena quechua de Ayacucho, Perú. Vivió sus primeros años junto a su familia y quedó huérfano de madre cuando era apenas un niño.

No tuvo acceso a la educación formal durante su infancia; no fue sino hasta que se incorporó al Ejército que pudo matricularse en una escuela y más tarde, continuó sus estudios en el convento.

En el año 2000 comenzó su carrera en antropología. Alumno destacado, en poco tiempo fue nombrado profesor auxiliar en la Universidad Nacional de San Cristóbal de Huamanga y en 2008 ganó una beca de la Fundación Ford para estudiar una maestría en la Ciudad de México.

Actualmente es antropólogo y candidato a doctor por la Universidad Iberoamericana, en México.

Memorias de un soldado desconocido

Autobiografía y antropología
de la violencia

Memorias de un soldado desconocido

Autobiografía y antropología
de la violencia

Lurgio Gavilán Sánchez

Con la colaboración de Yerko Castro Neira

Prólogo de Carlos Iván Degregori



IEP Instituto de Estudios Peruanos

Serie: Estudios sobre Memoria y Violencia, 3

© IEP INSTITUTO DE ESTUDIOS PERUANOS
Horacio Urteaga 694, Lima 11
Telf. (51-1) 332-6194 / 424-4856
www.iep.org.pe

© UNIVERSIDAD IBEROAMERICANA, A.C.
Prol. Paseo de la Reforma 880
Col. Lomas de Santa Fe
01219 México, D.F.
publica@ibero.mx

© LURGIO GAVILÁN SÁNCHEZ

Edición mexicana: octubre, 2012
ISBN: 978-607-417-199-0

Edición peruana : Lima, octubre, 2012
1000 ejemplares

ISBN: 978-9972-51-365-7
ISSN: 2226-9576
Impreso en Perú

Hecho el depósito legal en la Biblioteca Nacional del Perú: 2012-13089
Registro del proyecto editorial en la Biblioteca Nacional: 11501131200798

Revisión de texto y cuidado de edición:	Odín del Pozo
Ajuste de artes finales:	Gino Becerra
Fotografía de portada:	Isabel García Aroni y Lurgio Gavilán Sánchez

Todos los derechos reservados. Cualquier reproducción hecha sin consentimiento del editor se considerará ilícita. El infractor se hará acreedor a las sanciones establecidas en las leyes en la materia. Si desea reproducir contenido de la presente obra escriba a: publica@ibero.mx, en el asunto anote el ISBN que corresponda y deje el contenido en blanco.

GAVILÁN SÁNCHEZ, Lurgio

Memorias de un soldado desconocido: autobiografía y antropología de la violencia. Lima. IEP; Universidad Iberoamericana, 2012 (Serie Estudios sobre Memoria y Violencia, 3)

1. GAVILÁN SÁNCHEZ, LURGIO; 2. SOLDADOS; 3. VIOLENCIA; 4. ETNOGRAFÍA;
5. POLÍTICA Y GOBIERNO; 6. NARRACIONES; 7. IGLESIA CATÓLICA; 8. PERÚ; 9. CASTRO
NEIRA, YERKO.

W/05.02.01/E/3

*Erick, hijo, que me iluminaste
como lámpara en la noche, en los
momentos más difíciles.
No dejes que termine el día sin
haber sido feliz, sin haber realizado
tus sueños.
Espero que en estas páginas
encuentres el sabor humano, y que
cada vez que te desvíes en tu vida
te acuerdes de mí.*

ÍNDICE

PRÓLOGO

Sobreviviendo el diluvio. Las vidas múltiples de Lurgio Gavilán

Carlos Iván Degregori 9

ENSAYO INTRODUCTORIO

*Antropología de la violencia. Entre los estudios del sufrimiento social
y la antropología de la paz*

Yerko Castro Neira 17

PALABRAS PRELIMINARES 49

PARTE I

En las filas de Sendero Luminoso 55

PARTE II

Tiempos en el cuartel militar 101

PARTE III

Tiempos en el convento franciscano 129

PARTE IV

Veinte años después, recorriendo las huellas del pasado 159

GLOSARIO 175

PRÓLOGO

Sobreviviendo el diluvio. Las vidas múltiples de Lurgio Gavilán

Carlos Iván Degregori

Este es un libro excepcional; más precisamente, esta es la historia de una vida excepcional. Lurgio Gavilán fue un niño-soldado en las filas de Sendero Luminoso (SL). No fue reclutado ni raptado ni secuestrado por la fuerza, práctica usual de SL en los años posteriores al ingreso de Lurgio. A los 12 años, el niño Lurgio esperó a la columna senderista a la vera de un camino —por el que sabía que pasaría— y se le unió. Quería ver mundo, cambiar el mundo, al menos su mundo, ubicado en los márgenes pero no al margen del resto del país.

Desde su aldea, Lurgio veía pasar un bote por el río: “nos acercábamos para ver cómo funcionaba el motor; a veces veíamos un avión brillando a lo lejos, un camión pasando por la carretera...”. Sus recuerdos nos pintan una realidad muy distinta de la que el Informe Vargas Llosa presentaba en esos años sobre la comunidad de Uchuraccay,¹ como un mundo congelado en el tiempo, “atrasado y tan violento”, con “hombres que viven todavía como en los tiempos prehispánicos”.²

¹ En enero de 1983, ocho periodistas y su guía fueron masacrados por los campesinos de la comunidad de Uchuraccay (Ayacucho), no muy lejos de donde nació Lurgio. Ante el impacto causado en la opinión pública por la matanza, el gobierno de Fernando Belaúnde conformó una comisión investigadora, dirigida por Mario Vargas Llosa, que emitió el *Informe de la comisión investigadora de los sucesos de Uchuraccay* (1983) Lima, editora Perú.

² Después del informe: conversación sobre Uchuraccay. Entrevista a Mario Vargas Llosa, en *Caretas* (1983), núm. 738, 7 de marzo. Imágenes semejantes ofrece Vargas Llosa en un extenso relato sobre la masacre titulado “Inquest in the Andes”, publicado en agosto de 1983 en *The New York Times*. Este relato fue publicado en castellano: Historia de una matanza, en *Contra viento y marea* (1990), 3, PEISA, Lima, pp. 139-170. Vargas Llosa escribe en esta historia, por ejemplo: “Que al mismo tiempo vivan en el país hombres que participan del siglo XX y hombres como los comuneros de Uchuraccay... que viven en el siglo XIX, para no decir en el

Volvamos con el niño que espera a la vera del camino. Su hermano mayor, estudiante secundario, ya se había enrolado en SL; de cuando en cuando, algún amigo pasaba por su aldea y le hablaba a Lurgio muy parcamente de sus aventuras. Lurgio escuchaba y rumiaba sobre su vida cotidiana, huérfano de madre y sin mayores perspectivas. Así, cuando por fin se une a la columna senderista, se convierte en parte del último eslabón de una cadena de jóvenes que por esos años entró en ebullición en Ayacucho y otras partes del Perú. “No solo fui yo, había muchos niños voluntarios. Sabíamos que en cualquier momento íbamos a morir”.

Se estrenaba el año 1983, SL “batía el campo” y, para muchas poblaciones rurales, su naturaleza totalitaria aún no se había hecho visible. Por eso en muchas partes aceptaron, en un primer momento, sus rigideces autoritarias como expresiones de una “mano dura” necesaria para recuperar un orden que se percibía injusto o inexistente. Las Fuerzas Armadas (FF. AA.) acababan de ingresar a Ayacucho.³

Excursus. ¿Dónde están las FF. AA., el Estado peruano y su coro mediático, que no resaltan historias como esta? ¿Debe haber decenas! ¿Por qué los ha ganado ese discurso de autocompasión y percepción de agravio que los hace reaccionar agresivamente apenas reciben una crítica y solo atinan a repetir la misma jeremiada —“¿dónde están los organismos de derechos humanos y las organizaciones no gubernamentales?”— cada vez que alguno de sus integrantes sufre un ataque injusto de los remanentes senderistas o son objeto de algún acto que consideran vejatorio? Bueno, aquí está una de esas historias, que reivindica al menos a algunos miembros de las FF. AA.

Volvamos entonces a Lurgio cuando ya era un niño-soldado.

Con su pequeño *Libro rojo* bajo el brazo, que no podía leer, Lurgio vagó por cumbres y valles (más por cumbres, la verdad, incluyendo la Apu

Razhuillca, la montaña más importante del norte de Ayacucho);⁴ vio incendios, muertes, participó en enfrentamientos, tomó parte en “ajusticiamientos” de adolescentes como él, condenados por el partido por faltas como quedarse dormido durante la guardia nocturna, o como la joven que les cocinaba y los espulgaba, “porque, dicen, se había enamorado de un policía en Tambo...”. Varios se dan cuenta de que son parte del horror y del terror: “De a poco entendimos que el partido era un monstruo que asesinaba a sus propios compatriotas”. Hablan entre ellos acerca de escaparse, pero cómo, dónde, si ya para entonces eran odiados por muchos campesinos cuya violencia podía ser igual de cruel. “Claro, cómo no nos iban a odiar si habíamos incendiado su pueblo”, recuerda Lurgio.

Tres años después de ingresar a SL, Lurgio cayó herido en combate. El oficial que se acercó a darle el tiro de gracia vio a un adolescente escuálido, que parecía todavía menor de edad luego de tres años de malvivir a salto de mata. Lo levanta para ejecutarlo. Lurgio siente miedo pero se pone fuerte, tenía que morir “dando vivas”.

Había llegado la hora de dar la “cuota de sangre” para el partido, para que los otros sobrevivan, escapando. Creo que me cayeron un par de esquirlas de granadas en mi pierna y salieron unas pocas gotas de sangre, y luego las balas que rozaban mi ropa gastada. No me mataron, tal vez vieron en mis ojos lagrimeantes el ser más inofensivo de la tierra y solo me asustaron con las balas a ver si tenía miedo a la muerte.

En el último momento, el oficial se apiada de Lurgio y decide llevarlo de regreso. Durante todo el camino, los ronderos⁵ le piden al oficial que mate al *terruco*⁶ o que se los entregue. Lurgio, que prácticamente no hablaba castellano, finalmente se une al oficial y termina en la base Los Cabitos, de San Miguel. En efecto, es el mismo nombre que tenía la base de Huamanga,

siglo XVII. Esa enorme distancia que hay entre esos dos Perú está detrás de la tragedia que acabamos de investigar”.

³ Lo hicieron después de la Navidad de 1982. Véase *Informe final*, Comisión de la Verdad y Reconciliación, tomo I, capítulo 1, Perú.

⁴ En el mundo andino, *Apu* es la palabra quechua que designa a las montañas sagradas.

⁵ Campesinos que se habían aliado con el Ejército.

⁶ En lo que podríamos llamar quechuañol, *terruco* es sinónimo de terrorista.

el lugar de los hornos crematorios, donde dejaban toda esperanza los que entraban.⁷

En Los Cabitos, el oficial quemó sus ropas llenas de piojos y le dio un uniforme desmesurado para su talla. Lurgio descubrió que no era el único refugiado, que había varios niños y niñas, antiguos *terrucos* como él, que recibían el mismo trato. Su agradecimiento perdura hasta hoy, aunque encontró también “a prisioneras de SL que servían para aplacar el apetito sexual de los soldados. Luego fueron asesinadas”.

Como niño-soldado del Ejército peruano, Lurgio termina matriculado en una escuela de Huanta. Destacó como alumno, se ganó la confianza de los oficiales jóvenes, y se adaptó a la vida militar. Cumplidos los 18 años se reenganchó en el Ejército y ya iba para sargento segundo cuando un nuevo quiebre en su vida lo llevó por otros rumbos. Resulta que de vez en cuando le tocaba salir de patrulla acompañando a monjas de la Congregación Jesús Verbo y Víctima, cuya pastoral consistía en dar acompañamiento, consuelo y sacramentos a los resistentes, a los sobrevivientes que habitaban las ruinas del Ayacucho rural de esos años. Un día, una monja perspicaz le espeta desde su mula: “Tú puedes ser sacerdote”. Lurgio ríe y responde una pachotada, pero la frase queda revoloteando en su mente, lo acompaña, se sedimenta y lo lleva a las oficinas del obispado de Ayacucho, a preguntar si de verdad podía ser sacerdote. Lo recibe Juan Luis Cipriani,⁸ entonces arzobispo de la diócesis, que de entrada le responde con otra pregunta: “¿Eres casto?”. “La verdad, no”, responde Lurgio. “Entonces no puedes ser sacerdote”, sentencia el prelado.

Esta respuesta no amilana al soldado, quien termina de novicio con los monjes franciscanos, menos obsesionados con el sexo, en el convento colonial de la Alameda de los Descalzos, en Lima. La autobiografía que forma el presente libro se exploya en todos estos hechos, no tengo por qué hacerlo yo aquí. Solo diré que un último giro del destino aleja del

convento a Lurgio y termina criando un hijo, engendrado cuando estaba todavía en el Ejército, y estudiando Antropología en la Universidad Nacional de San Cristóbal de Huamanga (UNSCH), que se recuperaba entonces de una década atroz.⁹ Una vez más, Lurgio destacó como alumno, muy pronto fue nombrado profesor auxiliar, y pocos años después ganó una de las becas que ofrece la Fundación Ford a través del Instituto de Estudios Peruanos; actualmente estudia en la Universidad Iberoamericana de la Ciudad de México, la cual publica esta valiosa autobiografía.

Después de pasar por las tres “instituciones totales” más connotadas de la historia de Perú, Lurgio es un hombre libre. Una persona parca, contenida, de modales suaves y voz baja. “¿Pero cómo es que llegaste a sargento segundo con esa voz?”, le pregunto. “Yo también gritaba”, me dice. Fue en el convento, mientras leía a la hora nona, a voz en cuello, el pasaje evangélico o la epístola del día, que le fueron enseñando a no hablar necesariamente en ese tono militar que se siente obligado a ser siempre rotundo. Hoy es parco incluso en su gestualidad, solo una vez se le humedecieron los ojos, cuando nos despedíamos: él partía a México y yo estaba enfermo.

Su biografía se le parece. Se centra en las provincias más golpeadas por la violencia en todo Perú —La Mar, Huanta y Huamanga—, pero no abunda en detalles sangrientos. Lo cuenta todo, o casi todo, pero sin recrearse en los aspectos más brutales; más aún, tanto como los hechos destaca el paisaje, y son canciones las que abren y cierran cada capítulo, como música de fondo o banda sonora, muy en la tradición andina y más específicamente arguediana.¹⁰

Un aspecto que quisiera resaltar es que Lurgio no necesitó escritor(a) fantasma (*ghost writer*).¹¹ Siendo el quechua su lengua materna, su castellano

⁷ Véase Uceda, R. (2004), *Muerte en el Pentagonito. Los cementerios secretos del Ejército peruano*, Norma editores, Lima.

⁸ Destacado miembro del Opus Dei, actualmente cardenal de Lima y primado de Perú.

⁹ Sobre la UNSCH en los tiempos de la violencia, véase CVR, *Informe final*, tomo III, capítulo 3.6, Universidad de Huamanga.

¹⁰ Por José María Arguedas, antropólogo ayacuchano bilingüe y el más destacado novelista peruano anterior a la generación del *boom*.

¹¹ Véase, por ejemplo, toda la polémica suscitada alrededor de la autobiografía de la Premio Nobel guatemalteca Rigoberta Menchú, en Arias, A. (ed.) (2001), *The Rigoberta Menchú controversy*, University of Minnesota Press, Minneapolis.

andino es, sin embargo, muy rico y conserva giros y cadencias regionales que enriquecen el texto.

Otro aspecto destacable del libro es que contribuye a la humanización de los senderistas, especialmente los de base;¹² a superar la visión simplista de que fueron una suerte de “encarnación del mal”. Fueron cientos los niños-soldado y miles los adolescentes o adultos muy jóvenes que fueron ganados, en muchos casos solo temporalmente, por el discurso y las acciones de SL. No fueron extraterrestres llegados de alguna galaxia muy lejana. Ha pasado suficiente tiempo como para tratar de comprender más en detalle quiénes fueron, por qué hicieron lo que hicieron, cuál fue el poder que tuvo sobre ellos —al menos durante un tiempo¹³— una ideología totalitaria y un proyecto cuyo carácter terrorista creció como describiendo una parábola. Cientos están ahora reintegrados a la sociedad, muchos sin siquiera haber pasado por la cárcel. Entre ellos, una gran cantidad está totalmente en otra cosa, otros pueden sentir nostalgia de tiempos pasados o mantener ideas y prácticas radicales, pero no están más por la violencia política. Solo una minoría marginal persiste en seguir ese camino.¹⁴

Esta situación, así como la propia autobiografía, nos dice mucho sobre lo que en otro artículo denominé “la pirámide senderista”.¹⁵ Lurgio está

¹² Vale, aunque suene redundante, aclarar que “humanización de los senderistas” no significa aceptación de su proyecto, que sigue siendo radicalmente condenable.

¹³ No debemos olvidar que muchos de ellos huyeron luego de SL, bastantes pasaron a ser ronderos, otros desaparecieron del escenario de la guerra e incluso, como en el caso de Lurgio, fueron acogidos por las FF. AA. y se incorporaron luego a instituciones eclesiales.

¹⁴ Quienes mantienen actividad política se han reagrupado en el Movimiento por la Amnistía y los Derechos Fundamentales (Movadef), que pregona la amnistía para los líderes senderistas y además, paradójicamente, para Alberto Fujimori y los militares sentenciados por violaciones de derechos humanos. Los extremos se tocan. Los que prosiguen la lucha armada son pequeños núcleos en algunos valles cocaleros, cada vez más inextricablemente entrelazados con el narcotráfico.

¹⁵ Pirámide conformada por un vértice fundamentalista, cuadros medios universitarios o secundarios hiperideologizados y fascinados con la visión del mundo que destilaba el vértice, en especial el dirigente máximo Abimael Guzmán (a) presidente Gonzalo, y cuadros campesinos de base, tensados entre el mundo partidario y la vida cotidiana de las comunidades. Véase Carlos Iván Degregori, Jóvenes y campesinos ante la violencia política: Ayacucho,

en la base, no se vuelve rondero, como muchos otros, pero se vuelve soldado. Tampoco es que haya tenido opción, y cuando regresa a su pueblo, lo encuentra destrozado, no hay escuela, no hay futuro. Todo está por (re) construir.

Hay pocas autobiografías de niño-soldado. Ishmael Beah, hoy adulto joven de Sierra Leona, alegre, hablador, con rastas, un terno impecable y su “frente brillante”, como le decía su familia cuando niño, feliz de estar en Nueva York cuando lo conocí, escribió una.¹⁶ Su historia es radicalmente distinta, como distinto fue el conflicto en Sierra Leona, pero tiene algunos puntos en común con la de Lurgio.

Existen más biografías de perpetradores, pero como dice el título de Leigh Payne, son *Testimonios perturbadores*¹⁷ donde no asoma el arrepentimiento ni la reconciliación. En el libro de Lurgio Gavilán, sobre todo en su última parte, “Veinte años después”, cuando regresa a los escenarios donde deambuló como niño-soldado, está claro que la violencia ha quedado atrás, que la propia experiencia de escribir este libro, la mayor parte en los claustros franciscanos, ha sido un ejercicio para superar el pasado y reconciliarse consigo mismo. “No guardo rencor a nadie. Poco a poco fui madurando. La vida recién empezaba”.

Carlos Iván Degregori
Lima, Perú.

1980-1983, en Urbano, H. (ed.) (1991), *Poder y violencia en los Andes*, Centro Bartolomé de las Casas, Cusco, Perú, pp. 395-417.

¹⁶ *A long way gone. Memoirs of a boy soldier* (2007), Sarah Crichton Books. Farrar, Straus and Giroux, Nueva York.

¹⁷ Payne, L. (2007), *Unsettling accounts: neither truth nor reconciliation in confessions of state violence*, John Hope Franklin Center Book, Durham.

ENSAYO INTRODUCTORIO

Antropología de la violencia. Entre los estudios del sufrimiento social y la antropología de la paz

Yerko Castro Neira

*Yo vengo a hablar por vuestra boca muerta.
A través de la tierra juntad todos
los silenciosos labios derramados
y desde el fondo habladme toda esta larga noche
como si yo estuviera con vosotros anclado,
contadme todo, cadena a cadena,
eslabón a eslabón, y paso a paso,
afilad los cuchillos que guardasteis,
ponedlos en mi pecho y en mi mano,
como un río de rayos amarillos,
como un río de tigres enterrados,
y dejadme llorar, horas, días, años,
edades ciegas, siglos estelares.
Dadme el silencio, el agua, la esperanza.
Dadme la lucha, el hierro, los volcanes.
Apagadme los cuerpos como imanes.
Acudid a mis venas y a mi boca.
Hablad por mis palabras y mi sangre.*

PABLO NERUDA. *Poema XII, Alturas de Macchu Picchu.*

ORIGEN DE LA PUBLICACIÓN DE ESTE LIBRO. MI PUNTO DE VISTA
Ser profesor en la universidad lleva acarreadas múltiples labores, algunas estimulantes y que llenan de significado nuestro trabajo. Así ocurrió, para mí, cuando hace unos dos años Lurgio se acercó a mi oficina para hablar de

su tesis. Yo sería su director en la investigación y, en ese marco, ocupamos varios minutos en hablar de un plan con el cual pudiera lograr trabajar sus intereses. La idea era enfocarse en el estudio de los efectos de la violencia en el Perú posterior al conflicto armado.

Al terminar nuestra conversación, Lurgio me dijo: "Profesor, hace algunos años escribí un libro sobre mi vida. ¿Le interesaría leerlo para decirme cuál es su opinión?". "Por supuesto", respondí de inmediato. Nos despedimos entonces. Lurgio se marchó llevando varias ideas acerca de su trabajo de tesis, y yo, cargando un manuscrito que contenía su vida.

Aquella noche mi curiosidad pudo más que mis ganas de descansar. Tomé el texto y empecé a leerlo cuidadosamente. Página tras página, me fui introduciendo en la vida de Lurgio, y a través de ella, en la desgarradora historia reciente de Perú. El texto era fácil de leer y transparente en sus intenciones. Los personajes y las circunstancias relatadas me impedían detener la lectura. Al cabo de unas horas, terminé de leer este manuscrito con una sola idea en mente: había que publicarlo.

Volví a ver a Lurgio unos días después. Le propuse que tratásemos de publicar su autobiografía y le pregunté si había intentado hacerlo en Perú. Me contó que allá este trabajo lo conocía Carlos Iván Degregori, quien ahora escribe el prólogo. Degregori estaba realmente interesado en apoyar la publicación del libro, sin embargo, desgraciadamente se enfermó y no pudo continuar apoyando a Lurgio.

A partir de nuestras conversaciones, Lurgio y yo decidimos, entonces, diseñar un camino para lograr sacar esta publicación.

Para comenzar, yo revisaría todo el manuscrito y haría propuestas para mejorarlo. Debo aclarar que el texto original estaba muy bien escrito. Lurgio combinaba, en un sugerente lenguaje, una mezcla de escritura autobiográfica y ritmo poético. Como el lector podrá comprobar, el texto va entrelazando las experiencias de su autor con metáforas literarias propias de la vida campesina y los paisajes de Ayacucho. Hay momentos que sobrecogen por lo que cuenta, y hay otros en los que logramos estar allá, compartiendo con él diferentes momentos de su vida. En este sentido, el texto se acerca más al estilo del "yo testifical" propuesto por Geertz en su clásico libro

sobre la escritura en antropología,¹ eso sí, sin caer en la posición de narrador omnisciente que todo lo ve, todo lo sabe y tan solo observa desde arriba cómo se desenvuelven los acontecimientos.

Acordamos que le ayudaría a mejorar el manuscrito original, al tiempo que elaboraría una introducción teórica para el libro; asimismo, le pediríamos a Carlos Iván Degregori que dedicara unas palabras para el prólogo. Paralelo a estas actividades, como profesor de la Universidad Iberoamericana (Uia) expuse a mis colegas, y en especial a la doctora Marisol Pérez, encargada en nuestro departamento del vínculo con la Dirección de Publicaciones de la Uia, las ventajas de que publicásemos este trabajo. En junio de 2010, a petición de mis colegas, elaboré la propuesta para publicarlo en la cual, aunque describo varios aspectos centrales del contenido, me dedico a responder a la interrogante acerca de la importancia de esta autobiografía y por qué debía ser publicada por nuestra universidad. A continuación voy a tratar de explicar al lector por qué me parece que esta es una pieza narrativa que merece ser conocida.

IMPORTANCIA DE ESTA AUTOBIOGRAFÍA: SU AUTOR "ESTUVO ALLÍ"

Metodológicamente, las autobiografías se relacionan en varios aspectos con las historias de vida como recurso para capturar datos de la realidad social. Al igual que las historias de vida, una autobiografía es un documento subjetivo articulado en torno a un estudio de caso.² Las autobiografías buscan sumergirse en lógicas culturales que proporcionan sus actores para comprender el sistema social más amplio del cual forman parte. Al captu-

¹ Geertz, C. (1989), *El antropólogo como autor*, Paidós, Barcelona.

² Para obtener mayor información acerca de las historias de vida y las autobiografías como géneros de trabajo en ciencias sociales, véase, entre otros muchos, a Taylor, S. J. y R. Bogdan (1986), *Introducción a los métodos cualitativos de investigación*, Paidós, Barcelona; Becker, H. (1970), *Sociological Work: Method and Substance*, Adline, Chicago; Bertaux, D. (1982), *Stories as Clues to Sociological Understanding* en Thompson, P. (ed.), *Our Common History: The Transformation of Europe*, Pluto Press, Londres, pp. 93-108; Okely, J. y H. Callaway (eds.) (1992), *Anthropology and autobiography*, Routledge, Londres/Nueva York; y Reed-Danahay, D. E. (eds.) (1997), *Auto/ethnography: Rewriting the Self and the Social*, Berg, Oxford/Nueva York.

rar parte de la vida de una persona, siguen una línea de tiempo que permite alcanzar niveles de profundidad significativamente altos.

Sin embargo, y es el caso de la autobiografía que se presenta en este libro, hay diferencias importantes con las historias de vida. Estas últimas se producen en el marco de una investigación mayor que las contiene y son resultado de una iniciativa que el propio investigador ha solicitado al informante, para lo cual pasa largas jornadas intentando capturar su historia siguiendo un hilo temático e histórico determinado.

Nada de esto último ha ocurrido en el documento de Lurgio. Él escribió su historia, según nos cuenta, por la sugerencia que una maestra de la facultad le hace varios años atrás. Escribe con total libertad y criterio personal, adoptando el estilo narrativo y la secuencia histórica que le dicta su propia imagen del proceso vivido. Tan solo considerando este aspecto, el libro adquiere ya un valor importante.

A diferencia de algunas conocidas autobiografías inscritas bajo el género de autoetnografías o autobiografías étnicas,³ la de Lurgio es más bien una narración espontánea surgida de sus propias ganas de hablar, de expresar lo vivido y con ello, en parte, intentar conciliar su presente con la memoria y el olvido, dos de las dimensiones clave de toda autobiografía construida.

Cuando leí su historia, me pregunté muchas veces qué fue lo que llevó a Lurgio a escribirla. Esto, desde luego, lo hablé con él después. Como podrá observar el lector, Lurgio escribe con naturalidad sobre cuestiones muy complicadas de expresar y de vivir. Pero lo hace sin pretensiones morales, sin buscar un juicio positivo de la historia. Su intención es más bien sacarlo todo, hablarlo, mencionarlo, haciendo así de su escritura un acto

³ La lista de este tipo de trabajos puede ser abundante. Solo por mencionar algunos que han impactado en el mundo latinoamericano, véase Rodríguez, R. (1982), *Hunger of Memory: The Education of Richard Rodríguez: An Autobiography*, Godine, Boston; Behar, R. (1993), *Translated woman: crossing the border with esperanza's story*, Beacon Press, Boston; Burgos, E. y R. Menchú (1982), *Me llamo Rigoberta Menchú y así me nació la conciencia*, Siglo XXI, México; Viezzer, M. y D. Barrios Chungara (2004), *Si me permiten hablar... Testimonio de Domitila, una mujer de las minas de Bolivia*, Siglo XXI, México.

de autoliberación emocional; un ejercicio de ayuda para sí mismo y de reconciliación con lo pasado y con lo vivido.

En cuanto a su contenido, la historia está construida en cuatro capítulos que describen cuatro momentos o épocas de la vida de Lurgio. La primera de estas épocas describe cuando, siendo muy niño, ingresa a las filas del grupo armado Sendero Luminoso (SL) para seguir por el camino que también tomó su hermano mayor. Aquí nos describe en una narración llena de intimidad y sentimiento cómo, luego de que muchas zonas rurales de la región de Ayacucho se sumaran a la esperanza de lograr un cambio profundo para el país, se van a ir decepcionando porque aquellas promesas se desvanecían a medida que aumentaba la violencia y la guerra.

En esta primera parte, su historia nos ayuda a pensar en las razones por las cuales, en un primer momento de la guerra, agentes externos a las comunidades van logrando de sus pobladores la aceptación y plena participación. Con la pobreza como telón de fondo, en un escenario donde el rechazo y la discriminación eran frecuentes, encontraron a chicos como Lurgio dispuestos a dar su vida por la causa de la justicia social y económica.

En la segunda parte de la autobiografía, Lurgio describe cuando, luego de ser capturado por el Ejército peruano, llega a formar parte de él en diferentes lugares del país, conociendo hasta ese momento de su vida las dos caras del conflicto que sacudió a Perú. En el Ejército descubre un mundo, paradójicamente, no tan distinto del experimentado antes, teniendo la oportunidad de estrechar lazos con ciertas personas. Allí recibe la posibilidad, que sería clave para su vida posterior, de continuar sus estudios.

Si observamos con detenimiento esta parte de la historia de Lurgio, podremos ver que esas dos instituciones totales de Perú (Ejército y Sendero Luminoso) abrigan correspondencias impensables. En ambas vemos genealogías comunes, órdenes similares y violencias cotidianas y eventuales. Esta parte del texto nos muestra, además, cuál es la naturaleza de estos ejércitos, cuáles sus mecanismos de trabajo, cuáles sus lógicas de operación.

Para quienes no vivimos esa etapa de la historia de Perú y solo tenemos de ella reflejos e ideas generales, esta autobiografía nos provee de un marco

ideal para dotar de contenido las narrativas que la explican, para observar a los hombres y a las mujeres donde antes solo veíamos cifras y estadísticas.

El libro humaniza la guerra al darnos la posibilidad de acceder a ella por medio de un protagonista de base como Lurgio. Como senderista del frente o soldado raso, su perfil nos permite entender la humanidad desenvuelta, mas no para apologizar el conflicto sino para brindarnos un texto que va más allá de la discusión intelectual o moral del problema. Con Lurgio hemos considerado que su historia debe ayudar a que otros hablen, escriban, memoricen sus experiencias, porque solo así será posible pensar en que nunca más se vivan esos enfrentamientos.

En la tercera parte del libro Lurgio describe cómo, al salirse del Ejército por su propia voluntad, decide iniciar el camino religioso y entrar a prepararse para ello con los franciscanos. Allí nuevamente vemos a Lurgio en un contexto muy diferente a los anteriores ya conocidos, donde vuelve a experimentar el estudio y la amistad en perfecta conjunción con un constante viaje hacia su mundo interior.

Después de algunos años decide abandonar el proyecto de hacerse sacerdote e iniciar una nueva vida al margen de las instituciones que lo habían cobijado. El ambiente religioso fue propicio para que Lurgio obtuviera por fin la calma necesaria, la reflexión indispensable, la tranquilidad que le permitiese, entre otras cosas, comenzar a escribir esta historia.

El cuarto capítulo describe a Lurgio regresando, 20 años después, a las tierras donde dio sus primeros pasos; y entre la nostalgia y la emoción, a medida que camina va recordando los momentos vividos. En esta última parte Lurgio es ya un antropólogo. La inquietud intelectual y las ansias por entender su mundo le han orientado hacia las ciencias sociales y humanas. De esta manera, ahora nos vuelve a llevar al lugar de sus orígenes pero a través de una escritura reflexiva que lo hace mirar y mirarse de un modo profundo y comprometido.

El texto en sí mismo es una pieza única para adentrarse en la historia reciente de Perú. Es una historia de conflicto y camaradería, de violencia y sueños destrozados. Escrita en un estilo íntimo y personal, no por eso omite detalles que permiten al lector *estar allá mirando desde acá*.

Como historia de vida, la autobiografía de Lurgio Gavilán nos recuerda a las más importantes obras de este género etnográfico. Por supuesto, su historia no refleja "toda" la historia de los campesinos y las zonas rurales de Perú, sin embargo, se transforma en una ventana para mirar con detenimiento y detalle una parte de la historia de un país que puede, en realidad, ser muchos países de nuestra región latinoamericana.

Además, y esto es clave, al llevarnos por espacios y contextos tan diferentes, antagónicos y opuestos entre sí, la narración nos induce a preguntarnos por el papel de las etnografías en el mundo contemporáneo. ¿Cómo construir una visión coherente de la realidad rural cuando, donde vemos violencia, también vemos su complejidad y sus diferentes caras?, ¿cómo escribir etnografías si nos resulta imposible hacerlo como si se tratara de una historia de buenos y malos claramente establecida? Este relato autobiográfico nos conecta con los debates más actuales sobre antropología de la violencia, con estudios sobre los sentimientos, con los análisis sobre comunidad y lucha, hegemonía y participación.

Al mismo tiempo, la historia de Lurgio debe hacer que nos preguntemos por las dudas que provoca el género autobiográfico en ciencias sociales. Como sabemos, los géneros que trabajan con fuentes orales, en especial las historias de vida, las autobiografías, etc., generan dudas ante una audiencia que reclama estatus científico en sus herramientas de trabajo. Se cuestiona a estas técnicas como fuente de información seria y se le equipara a género literario o ensayo periodístico.

Creo que aunque estas dudas puedan ser reiteradamente formuladas, la propia historia de Lurgio cobra valor como fuente de información densa, profundamente subjetiva, si la miramos como una pieza de enorme contenido e información. Es mucho lo que nos dice este relato, en el cual tenemos un amplio margen de profundidad y análisis, obtenemos una visión y un panorama muy completos de una realidad, en los hechos, difícil de capturar por medio de un solo método, de una sola técnica de investigación.

Por otra parte, en antropología sabemos que la relación entre etnografía y verdad es problemática. "Circulan representaciones, no verdades",

nos ha dicho Said en *Orientalismo*.⁴ Esto significa que en etnografía las políticas de verdad deben implicar discutir nuestros métodos de modo crítico y reflexivo, no con el fin quijotesco de alcanzar esas verdades sino de problematizar sobre ellas.

Es conveniente destacar en este punto que la historia de Lurgio, al ser escrita por su protagonista, nos vuelve a cuestionar sobre los principales conflictos que emergen de la antropología que trabaja con violencias como objeto de análisis.

En efecto, hacer antropología de la violencia o del sufrimiento social ha implicado, para sus ejecutores, grandes dificultades por la propia naturaleza del trabajo. Iván Degregori cuenta que muchos antropólogos tuvieron que estudiar los procesos de violencia en Perú haciendo “etnografías a salto de mata”, lo que implica reconocer los peligros que encierra esta actividad para la integridad de los investigadores. No es fácil desenvolverse en escenarios de terror y muerte, por lo que esta cualidad otorga inconvenientes especiales a la investigación.

Como lo expresan mejor, Ferrándiz y Feixa:⁵

Las violencias no son un objeto de estudio sencillo, y menos para una disciplina cuyo paradigma metodológico dominante es, desde los tiempos de Malinowski, la observación participante. Es obvio que hay diferencias radicales entre unos escenarios de investigación y otros. Pero, como regla básica, a medida que aumenta la intensidad de la violencia... lo hacen al igual las incertidumbres y peligros de llevar a cabo una investigación, ya sea para el antropólogo o para los informantes y comunidades involucrados en el estudio, a corto o largo plazo.

A partir de la lectura del trabajo de Lurgio, creo conveniente reiterar la necesidad de establecer un campo propio para la antropología que estudia

⁴ Said, E. (2002), *Orientalismo*, Debate, Barcelona.

⁵ Ferrándiz, F. y C. Feixa (2004), Una mirada antropológica sobre las violencias, en *Revista Alteridades*, 14 (27), pp. 149-163.

las violencias. No se trata de reificar a la violencia como un objeto en sí mismo para las ciencias sociales, sino al contrario, proponer que de su observación cuidadosa y sistemática podemos aprender mucho acerca del estado actual de nuestras sociedades. Casi siempre hemos visto la violencia como un dato, como un efecto de ciertas relaciones sociales. En esta introducción estoy proponiendo que es de importancia estudiar la violencia por lo que pueda informarnos de la sociedad.

Por estas razones, está justificado hablar de una antropología de la violencia o del sufrimiento social. Esta sería una subdisciplina de la antropología, y quedaría emparentada con la antropología política.

Si a lo anterior le sumamos la enorme importancia social de estos temas en nuestros países latinoamericanos, resulta claro que requerimos otorgarles recursos intelectuales y materiales para ayudarnos a comprender nuestra historia reciente y nuestras posibilidades futuras.

Volvamos a la historia de Lurgio, donde hay muchos momentos que llevan al lector a pensar más allá del propio contenido explícito. Por ejemplo, cuando nos cuenta de las dificultades vividas para conseguir algo de comer en las filas de SL,⁶ nos dice: “... soñamos con comer, el comunismo es comer, es llenarnos la panza”; y yo, al leer esta expresión, no pude dejar de pensar en los límites del discurso revolucionario entre los campesinos. Si aceptamos que el comunismo es igual a poder comer, entonces queda claro que los objetivos de un niño-soldado son bastante limitados. Comer debiera ser lo natural y esperado, no solamente para un niño campesino de Perú sino para todos los niños de este mundo; sin embargo, ante la brutal realidad y la carencia, comer se transforma aquí en el equivalente semántico de un ideal de lucha.⁷

⁶ Me refiero a un segundo momento que vive Lurgio en Sendero Luminoso (SL), donde, luego de un apoyo importante de los campesinos, quienes les entregan comida y recursos para continuar su lucha, paulatinamente van retirando su colaboración, rechazando su presencia en esos lugares.

⁷ Cuando leí esta parte, recordé lo observado en mis estudios entre los migrantes indígenas en Estados Unidos. Allí, muchas personas me contaban que habían decidido dejar su natal Oaxaca para “alcanzar el sueño americano”. Escuché esta frase muchas veces. Sin embargo,

Y lo anterior me lleva a cuestionar el papel de un actor que en la historia de Lurgio queda oculto, pero que sin duda está presente: el Estado. Aunque no se ve reflejado de modo nítido ni transparente en el texto, ahí está y de muchos modos. Por ejemplo, en el Ejército que lo captura y luego lo educa, ¿no es, acaso, una fuente de empleo para los pobres del país? A partir de la experiencia de Lurgio, el Ejército aparece como una institución que cobija a una parte de los pobres del campo. Ellos encuentran allí una fuente de trabajo y remuneración, una carrera con cierta movilidad social, un nexo con la seguridad social y con las prestaciones del Estado.

La vida de Lurgio, además, al transitar por mundos tan diferentes, obliga a preguntarnos cuáles son los elementos de coherencia en ella inscritos. Piense el lector que, solamente en términos del lenguaje, su historia en las filas del grupo armado es una historia en quechua, su idioma materno. La del Ejército, en cambio, es una historia en castellano.⁸ Y con los franciscanos, el latín se vuelve central para sus lecturas y rezos. Esto lleva a pensar en su cultura y en las relaciones con el mundo exterior a ella. Por supuesto, la región andina de la que proviene Lurgio no ha sido inmune al contacto y cambio sociocultural; por eso es que se pueden percibir líneas de continuidad en su relato. Tanto en unos como en otros de esos diferentes espacios, son comunes la disciplina y el compañerismo; la dedicación seria y la pasión en las tareas abordadas, al punto de hacernos ver que con cada tarea se va comprometiendo seriamente. Los sueños y los miedos son también comunes, sentimientos sobre los cuales tenemos información

poco a poco fui descubriendo lo que querían decir con ella. Sueño americano era, para ellos, poder tener un trabajo y comida para sus hijos, y de ser posible, lograr que ellos pudieran tener un mejor futuro del que vivieron en México. Visto de este modo, ese sueño americano no era, para nada, el equivalente al promocionado por la televisión estadounidense y por los medios, aquel que indicaba que Estados Unidos era la tierra de las oportunidades, el lugar donde tan solo con tu esfuerzo podías, al cabo de un corto tiempo, lograr acumular bienes y recursos como nunca habías soñado. Véase Castro Neira, Y. (2009), *En la orilla de la justicia. Migración y justicia en los márgenes del Estado*, Juan Pablos, México.

⁸ Es preciso insistir en este punto por su relevancia. Lurgio no hablaba más que unas pocas palabras en castellano hasta ese momento. Sería varios años después, cuando ya había estudiado y aprendido esta lengua, cuando inicia la redacción de su autobiografía.

porque también su historia es una transparente muestra de reflexividad y autopercepción. Lurgio, en varios momentos, nos hace entender que estamos frente a un niño, luego ante un joven, que se muestra íntegro a pesar de lo fragmentado de sus varias vidas experimentadas.

Quechua, español y latín son las tres lenguas que conjugan sus fragmentos de experiencia. Luego de leer la historia, le pregunté a Lurgio cómo podían él y sus compañeros senderistas haber aprendido de marxismo o maoísmo si su comprensión giraba en torno al quechua. Me explicó que mientras era miembro de SL, algunos compañeros que fueron profesores o alumnos de secundaria en los pueblos pequeños de Ayacucho, traducían el marxismo para los que no hablaban español.

Todos los indígenas de SL escuchaban atentos las lecciones de marxismo: “No entendíamos mucho”, confiesa Lurgio, “pero tampoco lo entendían nuestros profesores”, continúa más adelante. Lurgio nos cuenta en su historia cómo su hermano le heredó el *Libro rojo*, de Mao, el cual cargaba todo el tiempo sin poder jamás leerlo.

¿Podemos, al concluir la lectura de este libro, juzgar a Lurgio por haber sido parte de mundos tan diferentes y antagónicos entre sí? La respuesta es no. Creo que aquí reside otro de los méritos importantes de su historia, porque él, como cada uno de nosotros, experimenta la ambigüedad del ser humano. No hay unidad tal si por esta entendemos una férrea y monolítica disposición del ser. Estamos compuestos, parafraseando a Antonio Gramsci, por “múltiples trazos dentro del uno mismo de cada quien”. Lurgio, como quizá muchos otros niños de la historia triste del Perú reciente, vivieron la fragmentación de sus vidas como regla y la dispersión de experiencias como condición. La diferencia está en que Lurgio se atrevió a contarnos sobre ella.

LA GUERRA EN PERÚ. APUNTES PARA SU COMPRENSIÓN

Virtud y terror van juntos: la virtud sin el terror es desastrosa, el terror sin la virtud es impotente. El terror no es otra cosa que pronta, severa, inflexible justicia, y por tanto emanación de la virtud.

MAX ROBESPIERRE

Como lo podrá observar el lector, la historia de Lurgio Gavilán transcurre en un tiempo que abarca más de 15 años, iniciando en 1983 cuando pasa a formar parte de las filas de Sendero Luminoso. Dado que se desarrolla en diferentes lugares de Ayacucho, me ha parecido importante ayudar a comprenderla mejor con la introducción de algunos aspectos de la historia de los procesos que aparecen como telón de fondo de la autobiografía.

En esta sección, entonces, no pretendo revisar con el detalle requerido todo el proceso que se vivió en Perú. Me ha parecido importante, sin embargo, al menos aclarar algunos puntos básicos para el lector poco familiarizado.

En el año 2003, en Perú se establece la Comisión de la Verdad y Reconciliación, la cual elaboró el *Informe final* donde se lee al inicio:⁹

Se nos pidió investigar y hacer pública la verdad sobre los veinte años de violencia de origen político iniciados en el Perú en 1980. Al cabo de nuestra labor, podemos exponer esa verdad con un dato abrumador y al mismo tiempo insuficiente: la Comisión de la Verdad y Reconciliación

⁹ En virtud de lo dispuesto por las leyes 27806 y 27927, se elaboró en Perú el *Informe final* de la Comisión de la Verdad y Reconciliación en el año 2003. Sin embargo, esta comisión tiene antecedentes que la ubican luego de la huida de Alberto Fujimori de Perú, en noviembre del 2000, y sería Valentín Paniagua, en un gobierno de transición democrática, quien decide impulsar su constitución. Alejandro Toledo, el siguiente mandatario electo, es quien formaliza su existencia mediante las leyes mencionadas.

Por otra parte, conviene recordar que las comisiones de la verdad son un fenómeno mundial que sucede a partir de los años ochenta, con importantes ejemplos latinoamericanos en Chile, Argentina, Ecuador, Uruguay, Guatemala, etcétera.

ha concluido que la cifra más probable de víctimas fatales en esas dos décadas supera los 69 mil peruanos y peruanas muertos o desaparecidos a manos de organizaciones subversivas o por obra de agentes del Estado.

Y continúa más adelante con información que permite entender aún más sus rasgos específicos:

De cada cuatro víctimas, tres fueron campesinos o campesinas cuya lengua materna era el quechua. Se trata, como saben los peruanos, de un sector de la población históricamente ignorado por el Estado y por la sociedad urbana, aquella que sí disfruta de los beneficios de nuestra comunidad política. La Comisión no ha encontrado bases para afirmar, como alguna vez se ha hecho, que este fue un conflicto étnico. Pero sí tiene fundamento para aseverar que estas dos décadas de destrucción y muerte no habrían sido posibles sin el profundo desprecio a la población más desposeída del país, evidenciado por miembros del Partido Comunista Sendero Luminoso (PCP-SL) y agentes del Estado por igual, ese desprecio que se encuentra entretejido en cada momento de la vida cotidiana de los peruanos.

Con estas desgarradoras conclusiones comienza el *Informe final*, el cual concentra en sus páginas una cantidad impactante de historias de terror donde destaca el drama que fue, progresivamente, apoderándose de la vida de miles de personas de origen campesino. El punto clave aquí es destacar que la historia de Lurgio se desarrolla precisamente entre estos paisajes sociales; montañas y valles marcados por una geografía humana de fuerte, si no exclusiva, presencia indígena quechua y campesina.

Antropólogos e investigadores que han estudiado situaciones similares en otras sociedades que también han llegado a extremos de violencia, coinciden en señalar que en tales escenarios existe una situación tan violenta como siniestra, algo que Taussig, parafraseando a Bertolt Brecht, ha denominado “el orden desordenado”.¹⁰

¹⁰ Taussig, M. (1995), *Un gigante en convulsiones. El mundo humano como sistema nervioso en emergencia permanente*, Gedisa, Barcelona, pp. 31-32.

Efectivamente, al leer el informe se suceden las imágenes de dolor y terror. Pero estas imágenes, que se caracterizan por el caos y las situaciones extremas, podrían ser vistas como más comunes, más normales de lo que nuestros códigos éticos estarían dispuestos a aceptar. Por eso podemos hablar también aquí de un orden desordenado, de una suerte de normalización de la violencia donde esta llega a ser parte del orden natural de las cosas.

Esto es lo que Perú experimentó durante muchos años. Por esos tiempos, parecía que se hacía más evidente la premisa de Walter Benjamin de que, al observar la tradición de los oprimidos, "el estado de emergencia en que vivimos no es la excepción, sino la regla".¹¹

Taussig se preguntaba lo mismo al estudiar el caso colombiano, e incluso iba más allá al cuestionar si estábamos en condiciones de definir la situación de Colombia como caótica dado que, por el contrario, el caos ahí era lo normal, lo cotidiano. Al ver a Colombia, como lo podemos pensar y trasladar al Perú de los años ochenta, Taussig sugiere que, al estar a punto de desaparecer o desintegrarse, entonces convendría ver a esa sociedad como un signo del fin del carácter mismo de lo social:

En el mundo posmoderno, donde el Estado, las corporaciones transnacionales y el mercado toman posiciones en nuevas configuraciones de planteamiento y arbitrariedad, ¿no será que el concepto mismo de lo social, que en sí mismo es una idea relativamente moderna, ha sido superado en tanto que depende de supuestos de estabilidad y estructura? Y en ese caso, ¿a qué nos referimos cuando hablamos de orden?¹²

Boaventura de Sousa Santos, al analizar el mismo caso colombiano, sugiere la idea de que nos enfrentamos a procesos de *desmodernización*, o *descontractualización* (en el sentido de derrumbe del contrato social), y donde lo

¹¹ Cita tomada de Benjamin, W. (1977), *Tesis sobre la filosofía de la historia*, cap. VIII, en *Para una crítica de la violencia*, Premiá Editora, México.

¹² Taussig, M. (1995), *op. cit.*, p. 33.

que prevalece es el exceso de sentido, la sobrecarga de significados, algo que hace difícil diferenciar a víctimas de enemigos, peligros de certidumbres.¹³

Mirado de este modo, de pronto, el Perú que se abre a los ojos del lector es dominado por una semiótica del dolor y del sufrimiento. Mientras escribo esta introducción, pienso en las fotos disponibles en la red, provenientes del Museo Nacional de Lima, en las cuales se puede observar, por ejemplo, a Edmundo Canama, mejor conocido como Celestino Ccente, uno de los sobrevivientes de la matanza de Lucanamarca.¹⁴

La historia que se podrá seguir en el relato de Lurgio se ambienta en estos mismos parajes. Distintos lugares de la región de Ayacucho, la más golpeada por la guerra que marcó uno de los episodios más tristes de la historia peruana. Iván Degregori, al analizar los frutos amargos de la guerra, nos dice:

Tras 13 años de violencia (1980-1993) la región se encuentra devastada, su ya exigua infraestructura destruida, la mayoría de su población en extrema pobreza... durante la crisis que ha sido calificada como la peor de nuestra historia contemporánea... el PBI se derrumbó... la población fue diezmada. Entre 1983 y 1984 tuvo lugar allí un verdadero genocidio... decenas de miles de ayacuchanos huyeron hacia otros departamentos... los cambios en el campo son profundos, brutales.¹⁵

¹³ De Sousa Santos, B. y M. García Villegas (2004), *El caleidoscopio de las justicias en Colombia*, Siglo del Hombre Editores, Colombia.

¹⁴ Se trata de la matanza perpetrada por Sendero Luminoso contra una población de campesinos, supuestamente colaboradores del gobierno, en abril de 1983. Canama logró escapar después de que sus captores creyeran haberlo eliminado por medio de hachazos. Herido, llegó a un centro de asistencia, lugar donde le tomaron la emblemática foto. Prácticamente todo el pueblo fue asesinado ese día, razón por la cual Canama, bautizado por el fotógrafo como Celestino Ccente, nunca volvió al lugar. Muchos años después, en 2008, el mismo fotógrafo trató de encontrar otra vez a Canama, y lo hizo, descubriendo que vivía en una cueva en condiciones infrahumanas. Murió en 2009.

¹⁵ Degregori, C. I. et al. (1996), *Las rondas campesinas y la derrota de Sendero Luminoso*, Instituto de Estudios Peruanos, Perú, p. 16.

Pero surge de inmediato la pregunta: ¿cómo fue posible toda esta situación? ¿Cómo, dado todo el contexto de pobreza y abandono que ya vivían estos campesinos, fue posible sumarle ahora un clima de horror generalizado? Veamos algunas respuestas, con toda seguridad, no todas las posibles.

En 1960 un profesor de filosofía, Abimael Guzmán, funda el grupo Sendero Luminoso (SL), tomando el nombre de una frase del reconocido fundador del Partido Comunista Peruano, José Carlos Mariátegui, quien expresó que “El marxismo-leninismo abrirá el sendero luminoso hacia la revolución”.¹⁶

Desde sus orígenes, SL se constituyó en un movimiento cuya base descansaba en profesores y alumnos de ideas radicales, quienes mezclaban un discurso marxista-leninista y maoísta. Con el paso del tiempo, y principalmente a partir de 1980, Guzmán concentró toda la conducción del proceso, siendo bautizado por sus seguidores como el “presidente Gonzalo” o la “cuarta espada del comunismo”, haciendo alusión esta vez al cuarteto formado por marxismo-leninismo-maoísmo-pensamiento Gonzalo.

De este modo, Guzmán y sus seguidores llevarían al extremo la máxima señalada por Marx, quien había indicado que la sociedad estaba compuesta por clases y que la relación entre las clases es de lucha. Esto implicaba que, para Guzmán, era clave el papel de los campesinos en la revolución peruana, y en ese sentido, había que hacer una traducción de las ideas llevadas a la práctica por Mao.¹⁷ Como lo expresó Portocarrero:

¹⁶ Guzmán es contratado como profesor en la Universidad Nacional San Cristóbal de Huamanga en Ayacucho, universidad que ofrecía un propicio ambiente radical para sus ideas. De hecho, algunos estudiosos de este periodo recalcan que incluso el rector de la universidad, el antropólogo Efraín Morote, fue uno de los inspiradores de todo el movimiento en sus orígenes.

Debido a su apego al maoísmo, Guzmán realiza algunos viajes a China, destacando el primero de ellos en 1965.

¹⁷ Existe un importante debate entre los estudiosos del marxismo con respecto al papel de los campesinos en la revolución. Como es bien sabido, Marx había desechado su protagonismo cuando observó lo ocurrido en los procesos revolucionarios de París. En su famoso libro al respecto, llegó a sostener la idea de que “ellos no pueden representarse a sí mismos, deben ser representados”. Véase Marx, K. (1985), *El 18 brumario de Luis Bonaparte* (1852), Sarpe editores, Madrid.

Para Mao la violencia es un fenómeno natural e inexorable. La lucha entraña una dinámica antagónica, absoluta, solo superable por medio de la muerte o la sumisión incondicional de una de las partes. Así, aunque el conflicto pueda ser ocultado por la ideología, o atemperado por la traidora conciliación de los dirigentes, a la larga, sin embargo, su naturaleza tiende a prevalecer, pues es el combate a muerte lo que caracteriza la relación entre clases sociales.¹⁸

El presidente Gonzalo poco a poco va transformándose en el líder indiscutible de estas ideas. En, como lo expresaron sus seguidores, “el faro de la revolución mundial”. La violencia como herramienta sistemática, en este sentido, se encontraba en el centro de sus discursos y acciones.

Guzmán abandona la universidad a mediados de los años setenta, y es en 1980 cuando SL realiza su primer acto público. Fue el 17 de mayo del mismo año cuando, en vísperas de las elecciones presidenciales, queman las urnas y las cédulas de votación en el poblado de Ayacucho llamado Chuschi. Este hecho, como consignan numerosos estudios, no llamó mayormente la atención del gobierno, lo cual permitió —en cierta forma— a SL seguir actuando de modo amplio en la región.

A principios de la década de 1980, SL creció mucho entre las zonas campesinas de la sierra de Ayacucho. Su auge reveló la primera y probablemente más controversial discusión de los académicos al respecto. ¿Por qué razones, si en sus orígenes había sido caracterizado como un movimiento estudiantil y universitario, llegaba ahora a amplias zonas del campesinado peruano? No hay consenso al respecto. Volveré más adelante sobre esta discusión.

Es preciso insistir en el origen urbano y universitario del movimiento senderista, por lo que a la confluencia de maestros y estudiantes a partir de los años de 1980 debían sumárseles masas de campesinos ingresando a sus filas. Como he dicho con anterioridad, el movimiento se alimentaba en

¹⁸ Portocarrero, G. (1998), *Razones de sangre*, Editorial Pontificia de la Universidad Católica del Perú, Perú, p. 24.

buena parte del maoísmo, por lo que parecía lógico que fuesen los campesinos, en el discurso de SL, quienes estuviesen en la base del movimiento.

Congruente con el maoísmo, Guzmán pensaba que serían, además, los campesinos más pobres los que se sumarían primero al movimiento. Efectivamente, estudiosos de este proceso reconocen que en sus inicios SL tuvo un rápido crecimiento, pero al mismo tiempo, coinciden en que nunca fueron los campesinos más pobres quienes sustentaron sus bases:

[...] el apoyo a Sendero provino sobre todo de comunidades del valle, es decir, de las menos tradicionales, de las más integradas al mercado y más expuestas a la influencia de la escuela. Y dentro de ellas, muy en especial de los jóvenes de educación superior o secundaria, por lo general, hijos de los campesinos de mayores recursos.¹⁹

Hay varios factores que explican el inicial apoyo de los campesinos a SL. Ya consolidado como un movimiento de estudiantes y maestros de Ayacucho, en los primeros años de la década de 1980 va a verse reforzado por una numerosa incorporación de jóvenes rurales con educación secundaria, jóvenes —como lo ha expresado Degregori— sin esperanza alguna. Este autor sostiene que para la segunda mitad de 1982, SL vive un auge sin precedentes coincidente con su estrategia de generar entre los jóvenes una “identidad total”, anclada esta vez en una estrategia de partido como una máquina de guerra:

Cuando inició su guerra en mayo de 1980, Sendero Luminoso era un partido conformado mayoritariamente por maestros de escuela, profesores y estudiantes universitarios. Su presencia entre el campesinado regional era débil. Sin embargo, cuando después de las navidades de 1982 las fuerzas armadas asumieron el control político-militar de Ayacucho, Sendero Luminoso había logrado desalojar fácilmente a las Fuerzas Policiales de

¹⁹ *Ibidem*, p. 118.

amplias áreas rurales de las provincias norteñas del departamento, y se preparaba para cercar la capital departamental.²⁰

Para Orin Starn, al principio SL fue visto con simpatía, lo cual generó que fuese concebido como una revuelta agraria o rebelión indígena. Sin embargo, “nunca formó parte de lo que el antropólogo norteamericano Eric Wolf llamó las guerras campesinas del siglo XX”.²¹

Cuando SL había logrado cierta aceptación para 1982, irrumpe en toda la región el segundo actor relevante de esta historia: el Ejército peruano. Casi del mismo modo en que SL iba actuando con un uso desmedido de violencia sobre cualquier oposición, las fuerzas armadas repetían el trato dado a los campesinos. El cuadro de terror en las distintas regiones de Ayacucho se comenzaba a expandir, esta vez auspiciado ya por los dos actores en pugna. Abilio Vergara lo expresa de este modo:

Así, los enemigos se parecen, porque también Sendero privilegió la línea militar y como recurso de control presionó las tuercas de la maquinaria saturando el discurso, mediante un esquematismo que explicó el pensamiento, la sociedad, el universo, la materia bajo una sola ley: la de la contradicción. Por otro lado, las tropas —y también sus mandos medios— de las Fuerzas Armadas no tuvieron más horizonte “filosófico” que matar al enemigo, saquear los pueblos, disfrutar de esa atmósfera delincuencial en la que se entrenaban —y entregaban— para actuar: la perspectiva máxima llegaba a defender sus vidas y “disfrutar” de todo lo que ese poder sin límites les posibilitaba. Por ello, en ambos casos, la interacción con el pueblo se operaba bajo el adoctrinamiento y/o el silencio, el impropio, el insulto, el grito. Los unía también la forma más fatal de comunicación: el asesinato, que era medio y fin, al mismo tiempo.²²

²⁰ Degregori, C. I., *et al.* (1996), *op. cit.*, pp. 189-190.

²¹ Starn, O. (1996), Senderos inesperados. Las rondas campesinas de la sierra sur-central, en Degregori, C. I. *et al.* (1996), *op. cit.*, p. 235.

²² Vergara, A. (2009), La memoria de la barbarie en imágenes, una introducción, en Jiménez, E., *Chungui: Violencia y trozos de memoria*, Instituto de Estudios Peruanos, Perú, p. 19.

Repentinamente, todo el paisaje ayacuchano se fue llenando de un tinte de violencia y horror, lo cual aumentaba por la propia visión que los medios estaban construyendo sobre esta región de Perú.²³ La senderología como rama especializada en estos temas, en un inicio tendió a dibujar este mundo como el resultado de la lógica distancia entre Lima, el polo desarrollado y civilizado, y Ayacucho, el guardián de un fantástico mundo andino precolonial y atrasado. De este modo, fue fácil caracterizar a este, como un conflicto étnico, y a los indios, como salvajes con conductas criminales por naturaleza.²⁴

Sin embargo, y al principio, para muchos observadores la irrupción de Sendero solo parecía confirmar la eterna alteridad de los provincianos, los cholos y lo andino... muchos de los escritos iniciales... ignoraban el hecho de que Sendero fuese un partido marxista, notable por su falta de conexión con raíces indígenas o andinas, y que su líder fuese un intelectual de raza blanca que en sus discursos más famosos citaba a Kant, Shakespeare y Washington Irving. Por el contrario, los maoístas eran considerados como rebeldes primitivos procedentes de un mundo no occidental.²⁵

Varios de los hechos más sangrientos ocurridos durante esa época fueron inscritos bajo esta lógica. Parafraseando el trabajo del antropólogo cubano

²³ Paradójicamente, ese paisaje de horror se fue haciendo cotidiano para los campesinos. La violencia, en muchos sentidos, se transformó en algo de todos los días, prácticamente en el orden normal de las cosas, produciéndose una normalización de los actos violentos entre los habitantes. Véase el estudio de Álvarez, S. (2010), *Frontera sur chiapaneca: el muro humano de la violencia. Análisis de la normalización de la violencia hacia la migración indocumentada en tránsito en el espacio fronterizo Tecún Umán-Ciudad Hidalgo-Tapachula-Huixtla-Arriaga*, tesis de Maestría en Antropología Social, Universidad Iberoamericana, México.

²⁴ Lurgio me ha contado que como resultado de este rechazo en todo el país hacia las personas originarias de Ayacucho, muchas de ellas cambiaron sus nombres y modificaron sus lugares de nacimiento. Por un período importante, ser quechua proveniente de esta región fue un estigma que provocaba rechazo y discriminación.

²⁵ Starn, O. (1996), *op. cit.*, p. 239.

Fernando Ortiz, en Perú ser campesino y quechua llegó a ser sinónimo de ser un criminal y un presunto terrorista.²⁶

Al estudiar la producción intelectual acerca del tema en Perú, Portocarrero establece dos líneas de argumentación divididas y, en su percepción, sin resolución final, acerca de las razones por las que los campesinos se unieron en algún momento a SL.

De acuerdo con este autor, investigadores como Degregori se han concentrado en estudiar las razones del fracaso de SL entre los campesinos, por lo cual tienden a destacar su falta de conexión con el mundo campesino andino. En este grupo de investigadores se encuentran quienes sostienen que SL fue un movimiento extraño a la cosmovisión y estructura social andina, por lo cual tarde o temprano tendería a ser derrotado:

La conclusión a la que llega (Degregori) es que Sendero, a quien caracteriza como un movimiento de "nuevos mistis",²⁷ no tuvo acogida entre los campesinos que a la larga lo aislaron y derrotaron. Ello debido al choque con la cultura andina, al menosprecio senderista por las instituciones sociales y manifestaciones culturales del mundo quechua.²⁸

En la otra perspectiva, que tiende a destacar las razones por las cuales en un inicio SL parece empatar en sus ideales y objetivos con esa cultura campesina andina, se destaca el trabajo de Alberto Flores Galindo, quien ve que el senderismo sí habría tenido un sustrato andino. En su trabajo, sostiene Portocarrero, Flores Galindo llega a manifestar que el discurso de SL tuvo éxito porque tocaba fibras muy profundas de la cultura e identidad andinas, en especial aquellas relacionadas con la utopía andina.

²⁶ Fernando Ortiz es considerado el más importante antropólogo de Cuba. Su obra es vasta, pero aquí me refiero a sus trabajos donde concluye que en Cuba ser negro y practicar la santería llegó a ser una categoría presumiblemente criminal. Véase, por ejemplo, *Apuntes para un estudio criminal: los negros brujos* (1906) o *Los negros esclavos* (1916).

²⁷ "Mistis" en Perú es el concepto que se aplica a los indígenas con poder y recursos, el equivalente en México a los caciques indígenas.

²⁸ Portocarrero, G. (1998), *op. cit.*, p. 108.

La utopía andina supone, continúa Portocarrero, que se veía a la representación andina como un régimen de justicia y abundancia, y que se retornaría, en algún momento, a ese pasado glorioso que sobrevive de modo subterráneo:

Flores Galindo sugiere que el discurso senderista surge de este trasfondo mítico religioso. De ahí su capacidad de interpelar al mundo campesino. Dirigentes y bases compartirían las mismas creencias en torno al orden social basado en el antagonismo, y al cambio como revolución o pachacuti.²⁹ Una transformación radical de la que emergería una sociedad justa, totalmente renovada. La prédica mesiánica de Abimael Guzmán habría encontrado terreno fértil en las concepciones milenaristas de la cultura campesina, nutridas a su vez de las enseñanzas cristianas y del odio y la rabia acumuladas durante siglos de dominación.³⁰

Miradas en su conjunto, estas dos posturas aparecen como antagónicas del todo. Sin embargo, es posible considerar que en algunos puntos confluyen. Portocarrero prefiere sostener que el senderismo surge de una mezcla de elementos andinos y marxistas,³¹ y que lo importante es observar el proceso por el cual, a la larga, son los propios campesinos los que van a derrotar a SL.³²

Degregori piensa que los senderistas, al generar una violencia desproporcionada contra los mismos campesinos, abrieron una caja de Pandora que sería difícil de controlar posteriormente.³³ Sus acciones cada vez más violentas, y el cambio de estrategia del Ejército peruano, fueron generando que a los militares se les viese, poco a poco, como el mal menor.

²⁹ Pachacuti es una palabra quechua compuesta a partir de *pacha* (espacio y tiempo) y *cuti* (el que vuelve), traducándose como "el tiempo cíclico". Los antropólogos lo han definido como "transformación". Es decir, se vincula a la idea de que el tiempo es un ciclo en el que vuelven y se suceden los tiempos buenos de los tiempos malos, el orden del desorden.

³⁰ Portocarrero, G. (1998), *op. cit.*, p. 116.

³¹ *Ibidem*, p. 126.

³² *Ibidem*, p. 34.

³³ Degregori, C. I. et al. (1996), *op. cit.*, p. 200.

¿Por qué esta derrota senderista? Si lo vemos desde el punto de vista de la sociedad campesina, Sendero Luminoso y las Fuerzas Armadas siguieron trayectorias contrapuestas. Mientras el primero se alejaba, la segunda se acercaba; mientras Sendero se volvía más externo, las Fuerzas Armadas se volvían más internas a la población.³⁴

Los campesinos, paulatinamente, se fueron alzando en armas contra la revolución librada en su nombre, nos dice Starn, como resultado de varios factores que ayudaron a que así fuera. Uno de tales factores es el cambio en la estrategia militar,³⁵ lo cual supuso transitar desde una posición de "foráneos agresivos a mucho más cercanos colaboradores".³⁶

Toda la organización del descontento campesino ante la situación de SL se articula en torno a las denominadas Rondas Campesinas.³⁷ Para Degregori, al igual que para la mayor parte de los investigadores:

El acontecimiento que marca la diferencia entre la desesperanza y la vitalidad, lo constituye la generalización de los Comités de Autodefensa Civil, también llamados rondas campesinas... las cuales para finales de la década (de los ochenta), comenzaron a multiplicarse por toda la región.³⁸

³⁴ *Ibidem*, p. 210.

³⁵ Este supuesto "cambio en la estrategia militar" es un tema mucho más complejo, y así expresado puede parecer un simplismo absoluto. Probablemente no hubo nunca un cambio fuerte de estrategia militar, y los hechos fueron más simples. Es decir, los campesinos ubicados en el medio del conflicto, entre los dos grupos de choque, comenzaron a ver que el Ejército podía ser un "mal menor", y que sería mejor considerar su presencia para así garantizar la retirada de SL, y con ello el fin de la guerra. El lector debe comprender con claridad que el deseo máximo de los campesinos quechuas era uno solo: que el conflicto terminase.

³⁶ Starn, O. (1996), *op. cit.*, pp. 230, 236.

³⁷ Sobre las Rondas Campesinas existe una amplia literatura. En lo general, esta tiende a subrayar su carácter de reacción campesina a la violencia y desmesura vividas en la región. Al mismo tiempo, remarca sus diferencias con otro tipo de organizaciones en Latinoamérica, como las existentes en Colombia y Guatemala, donde sus vínculos con el Ejército fueron mucho más cercanos y dependientes, contrarios a la mayor independencia y autonomía de los del caso peruano.

³⁸ Degregori, C. I. et al. (1996), *op. cit.*, pp. 24-25.

A medida que estas organizaciones se van consolidando, SL se percibe como un antimovimiento social. La brutalidad y la violencia con la que opera juegan en su contra, al punto de provocar que la reacción campesina se torne masiva y fundamental. Orin Starn enumera las razones por las cuales los campesinos retiran su apoyo a SL, a la par de generar un ambiente propicio para su expulsión de varias regiones de Ayacucho.

Ya mencionamos, en primer lugar, el propio desencantamiento con Sendero como producto del macabro récord de asesinatos; su autoritarismo y la batalla que emprendieron contra las distintas variedades de Iglesias pentecostales de la zona, que SL consideraba contrarias a su lucha; la inflexibilidad y arrogancia de su dirigencia, que tendía a no querer ver los cambios en la correlación de fuerzas; y por último, la llegada de las Fuerzas Armadas y su cambio de estrategia, lo cual generó progresivamente una mejora en las relaciones entre campesinos y soldados.³⁹

Finalmente, SL fue perdiendo progresivamente su apoyo en las diferentes regiones de Ayacucho, hasta que, en 1992, Abimael Guzmán es capturado en Lima como producto de un operativo ejecutado por la Dirección Nacional Contra el Terrorismo, un organismo creado por el polémico presidente Alberto Fujimori. Desde entonces, SL ha perdido visibilidad en la población y sus acciones han sido muy esporádicas.

Mirado a la distancia, la historia reciente de Perú es una sucesión de hechos tristes y dolorosos. Eric Wolf, en uno de sus últimos trabajos, se propuso estudiar sociedades en extremo, es decir, sistemas sociales que habían llegado a extremos de violencia y excesos porque, en su perspectiva, es cuando verdaderamente pueden conocerse los límites de una cultura.⁴⁰ Quizás este sea un planteamiento demasiado costoso; pero hemos tenido que conocer esos extremos para comprender un poco, aunque sea en parte, a Perú.

Al pensar en el caso presentado, me pregunto si esta es una historia exclusiva de un país ubicado al sur del continente americano, o si por

³⁹ Starn, O. (1996), *op. cit.*, p. 243.

⁴⁰ Wolf, E. (2000), *Figurar el poder*, Fondo de Cultura Económica, México.

el contrario, es una historia un poco más común a varios de los países que comparten su lengua y geografía. Me inclino a pensar, más bien, en lo segundo.

Como hemos visto, hay probablemente muchos efectos de esta guerra vivida en Perú. Sin embargo, quizás los más invisibles sean los más duraderos. Las secuelas que han quedado abrigadas en la memoria y las mentalidades son, estoy seguro, de las que será más difícil desprenderse. Starn nos dice que, con toda seguridad, “la memoria del pasado reciente y violento no se ha desvanecido... en salones y esquinas circulan historias de seres queridos torturados o desaparecidos por los militares, terco rechazo a rendirse ante los deseos oficialistas por erradicar el uso del terror de la memoria colectiva”.⁴¹

Pienso que a Lurgio, al escribir sobre su historia, no solo se le ha concedido la posibilidad de expresar lo vivido, sino que, al mismo tiempo, se le ha permitido abrir esa caja de Pandora y liberar una parte, quizás únicamente una breve parte, de su propia carga acumulada.

Probablemente cada uno de nosotros tenga también una carga similar. Y remito a mi historia, que es también parte de la historia de Chile y de la violencia vivida durante casi dos décadas. Sin duda, allá también no se han resuelto del todo las tensiones entre la memoria y el olvido, de modo que aparece con fuerza, de vez en cuando, el presente como un espacio en blanco que debe ser leído desde el pasado que, poco o mal, se ha reconstruido.

Recuerdo ahora un artículo que leí hace algunos años en la revista mexicana *Letras Libres*. En ella, Rafael Gumucio contaba acerca de la novela de Germán Marín, *Cartago*, en donde su protagonista, un exiliado que había vuelto a Chile, encuentra en las cercanías de un ex centro de torturas de la dictadura, “Villa Grimaldi”, un brazo de mujer. Inmediatamente se enamora de ese brazo, probablemente el resto de una detenida desaparecida. Desde ese momento, el protagonista vive y cuida de ese brazo, en una extraña forma de amor malsano. Al concluir su historia, Gumucio nos cuenta que “como el personaje de la novela de Marín, amamos los chilenos

⁴¹ Starn, O. (1996), *op. cit.*, p. 228.

nuestro pasado de manera vergonzosa y parcial. Amamos un brazo para callar mejor el resto del cuerpo que descansa, así, en paz".⁴²

LECCIONES PARA UNA ANTROPOLOGÍA DE LA VIOLENCIA

El carácter destructivo solo acepta una orden: abrir campo; solo una acción: despejar. Su necesidad de aire fresco y espacio libre es más fuerte que todo su odio. El carácter destructivo es joven y alegre porque destruir rejuvenece, ya que aparta del camino las huellas de nuestra edad; y alegre, ya que para el que destruye dejar de lado representa una reducción perfecta, una erradicación incluso del lugar en que se encuentra. Esta imagen apolínea del ser destructivo nos conduce por ahora a entrever lo mucho que se simplifica el mundo si se corrobora hasta qué punto vale la pena su desaparición.⁴³

Quiero terminar esta introducción al libro de Lurgio Gavilán proponiendo algunas reflexiones sobre esta subdisciplina de la antropología: la antropología de la violencia. Como sabemos, la violencia ha sido, desde sus orígenes, parte de la realidad en que nos movemos como investigadores de lo social. Por supuesto, la violencia no ha sido exclusiva de la antropología sino, más bien, un rasgo común a varios otros enfoques y disciplinas de estudio.

Sin embargo, como lo remarcó muy bien el trabajo de Linda Green con mujeres afectadas por la guerra en Guatemala, los antropólogos pocas veces hicimos de esta realidad un objeto sistemático de análisis y observación.⁴⁴ Ya sea por la escasez de enfoques teóricos, por las necesidades de seguridad de los investigadores, por posturas políticas o incluso éticas

⁴² Gumucio, R. (2007), La transición: una reacción en cadena, en *Letras Libres*, año IX, núm. 105, pp. 34-38.

⁴³ Benjamin, W. (1977), *op. cit.*, p. 157.

⁴⁴ Green, L. (1998), Lived lives and social suffering: problems and concerns in medical anthropology, en *Medical anthropological quarterly*, nueva serie, vol. 12, núm. 1, EE. UU.

determinadas, no habíamos tomado con la debida seriedad a la violencia como un tema importante de investigación.

Esto es de total relevancia para la situación de violencia que vivimos en la actualidad en México. El año 2010, por ejemplo, la comunidad de antropólogos se enteró de que en la sede de Chihuahua de la Escuela Nacional de Antropología e Historia se ha recomendado a los alumnos abstenerse de realizar investigación de campo en ese estado, atendiendo a las problemáticas condiciones de seguridad que allí se viven. Un colega y amigo que trabaja en el Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, sede Monterrey, me ha ilustrado acerca de las dificultades reales de llevar a cabo etnografías en el estado de Nuevo León, y yo mismo, con varios de mis alumnos, he tenido que rediseñar algunos de sus temas de investigación atendiendo a razones de seguridad. Parecen ser cada vez más comunes estos inconvenientes para la práctica profesional de la antropología.

Como miembro del Comité de Organización del Primer Congreso Nacional de Antropología, he discutido con mis colegas acerca de la ausencia de temas sobre violencia en los simposios recibidos, y hemos pedido a algunos investigadores que aborden estos temas. La respuesta no ha sido del todo favorable. Tengo fundadas sospechas de que, en el fondo de estos problemas reside la necesidad, absolutamente comprensible, de cuidar primero la integridad personal y familiar antes que arriesgar todo por fines de investigación por muy relevantes que estos sean.

En México, la violencia está adquiriendo cada día más centralidad en nuestras vidas. Por las razones que fueran, el hecho social de relevancia apunta a observar que casi no existen campos de estudio donde no esté presente o sea significativa a la hora de analizar, como es común a los enfoques holísticos en antropología, todo el panorama al que nos enfrentamos.

Ferrándiz y Feixa, en su indispensable balance sobre los estudios de violencia, proponen la idea de que hacer antropología de la violencia es hacer antropología de la paz.⁴⁵ Efectivamente, pienso que tomar la violencia

⁴⁵ Ferrándiz, F. y C. Feixa (2004), *op. cit.*, p. 167.

o el sufrimiento social como objetos de análisis importa por el profundo compromiso ético establecido por los investigadores. El objetivo reconocido es generar conocimientos sistemáticos al respecto, pero, adicionalmente, y de modo central, contribuir a pensar en el mejoramiento de las condiciones de existencia de personas y sociedades que la han sufrido.

Conviene aceptar la recomendación de Boaventura de Sousa Santos al diferenciar, cuando trabajamos estos temas, entre la objetividad y la neutralidad requeridas. Podemos, de acuerdo con este autor, intentar reconstruir paisajes sociales y proponer análisis que los expliquen de modo objetivo. Esto supone realizarlo desprovistos de prejuicios y preconcepciones que puedan guiar más allá de lo esperado a la investigación. Sin embargo, ello no significa que debamos ser neutrales porque, precisamente por su naturaleza, los fenómenos de violencia, horror social y dolor, rara vez nos pueden permitir no tomar partido por lo que consideramos injusto o indeseable desde todo punto de vista.

La violencia, como la he presentado en el caso de Perú, alcanzó niveles impactantes durante las décadas de los ochenta y noventa. Por esos años, todo el mundo comentaba y contribuía a destacar el problema, en especial los medios de comunicación, para los cuales la sobreexposición de los casos representó un horizonte de trabajo real. Esto podría no haber sido un problema si no hubiésemos llegado a crear tal imagen de terror. Como resultado, fue haciéndose cada vez más difícil comprender los orígenes y las posibles soluciones al conflicto.

Al observar Colombia, Taussig insiste en que la prensa tuvo un papel central en la construcción de imágenes "tropicales del mundo de Hobbes", un paisaje destacado por la suciedad y la brutalidad de todos los que participaban ahí. De este modo, fue más fácil llegar a la idea de que ese estado de emergencia presentado por Benjamin era "el pan de todos los días" y que, por tanto, no se podía confiar en nadie.⁴⁶

Esta creación del terror como paisaje social, el *exceso de sentido* de Sousa Santos, fue haciendo cada vez más turbia la situación colombiana.

⁴⁶ Taussig, M. (1995), *op. cit.*, p. 43.

Digamos que era difícil comprender las distancias entre los enemigos y las víctimas, por lo que todo el mundo parecía estar involucrado de algún modo. Taussig demuestra en su trabajo cómo el Estado y la prensa tomaron el papel de necesarios limpiadores de lo social. Su "función higiénica" consistía en indicar y separar lo sucio de lo normal, y por tanto en apuntar a lo presumiblemente criminal. El problema estaba, por supuesto, en que en las categorías de lo sucio había un amplio número de experiencias humanas:

Prostitutas, homosexuales, comunistas, guerrilleros izquierdistas, mendigos y lo que creo que se puede denominar como la oscura masa amenazante de los pobres sin derechos, lo cual implica, si se lo piensa bien, que no queda demasiada gente en el mundo superior.⁴⁷

Pero trabajar en una antropología de la violencia no solo debe implicar estudiar los casos extraordinariamente macabros, de crimen evidente, sino al contrario, suponer que la violencia probablemente es más común en nuestra vidas de lo que deseamos reconocer la mayoría de las veces. La violencia, en este sentido, es consustancial al ser humano, y hay algo de ella, muy presente, en nuestra vida cotidiana y en los episodios extraordinarios. Lo importante sería considerar que, a partir de su análisis, podemos desprender la idea de que puede ser una importante fuente de información y análisis social.

¿Al hablar el lenguaje del terror no estamos nosotros también intentando ocultar y absorber la violencia de nuestro mundo inmediato, el de nuestras universidades, lugares de trabajo, calles, "shoppings", e incluso el de nuestras familias, donde, como en los lugares de trabajo, el terror es como lo cotidiano?⁴⁸

⁴⁷ *Ibidem*, p. 42.

⁴⁸ *Ibidem*, pp. 26-27.

Por estas razones, el estudio de la violencia puede hacerse en los campos más variados de observación.⁴⁹ Ferrándiz y Feixa mencionan algunos de los estudios que se han realizado, destacando que hay antropólogos investigando campos de refugiados, bases militares, unidades de cuidados intensivos en hospitales, presos políticos, familiares de desaparecidos, guerrilleros, drogadictos o traficantes de drogas, reporteros de guerra, viudas de guerra o textos coloniales.⁵⁰

Todo esto nos puede servir para entender que el campo amplio de la violencia puede ser un oportuno lugar de observación para los análisis sociales. El dolor social es un espacio privilegiado para las miradas de los estudiosos porque precisamente se conecta con subjetividades y condiciones materiales que lo hacen posible. Ben Penglase ha estudiado la manera en que el delito articula amplios espacios de la vida social en Brasil, y de ello concluye que el fenómeno delincuencia movilizaba dominios simbólicos y materiales, transformando y construyendo culturas, tradiciones y leyes.⁵¹

En este sentido, tendríamos que ver cómo se vinculan estos temas con una amplia selección de fenómenos sociales, y cómo entonces nos pueden ayudar a reconsiderar el pensamiento social más allá de sus fronteras durkheimianas de equilibrio y función. Esto supone responder a la pregunta clave de cuáles son los aportes específicos que la antropología puede hacer a tales estudios.

Dicho de otra manera, ¿cómo describir este “caleidoscopio de sociabilidades”, en la expresión de Sousa Santos, sin invisibilizar a ciertos actores, y tratando, con ello, de construir imágenes coherentes de lo social y cul-

⁴⁹ En antropología existen varios trabajos que compilan los estudios sobre violencia y dan cuenta de los avances en este campo de investigación. Véase, como ejemplos, los editados por Rylko-Bauer, B., Whiteford y Farmer (2009), *Global Health in Times of Violence*, School for Advanced Research Press, Santa Fe; Scheper-Hughes, N. y P. Bourgois (2004), *Violence in war and peace: a Reader*, Blackwell, Oxford; y Schmidt, B. e I. Schroder (2003), *Anthropology of Violence and Conflict*, Routledge, Londres.

⁵⁰ Ferrándiz, F. y C. Feixa (2004), *op. cit.*, p. 155.

⁵¹ Penglase, B. (1994), *Final Justice. Police and death squad homicides of adolescent in Brazil*, Human Rights Watch/Americas.

tural? Desde mi perspectiva, la antropología es una disciplina que puede ayudar a comprender las lógicas culturales que subyacen en los actos violentos y dolorosos. Como lo expresaron Ferrándiz y Feixa en su citado estudio, “para los antropólogos es tan importante observar la violencia en sí como comprender la visión que los actores tienen de la misma”.⁵²

En este sentido, la antropología del sufrimiento social tiene algo que aportar para la comprensión cultural de los fenómenos de la violencia. Obviamente, no tendiendo a considerar que hay culturas más violentas que otras sino que todas las culturas tienen aspectos extremos, como lo apuntaba antes en el estudio de Wolf sobre ciertas etapas de algunas culturas. A partir del análisis del sufrimiento social pueden descubrirse pistas para evitarlo y contribuir a desarrollar una ética de las relaciones humanas como un bien deseable.

Pienso que esto es lo que podemos aprender del libro de Lurgio Gavilán. Su historia nos enseña que es difícil trazar una clara línea entre los actos personales y las tramas de dolor en ellos involucrados. Lurgio fue parte de un proceso histórico *en extremo* que vivió en su natal Perú. Como muchos niños de su edad y condición, creyó ver en la movilización social las luces de una esperanza que transformase su vida y la de su familia.

El valor de su historia es amplio, porque a pesar de haber caminado por las noches tristes y amargas del dolor social, su caso es una esperanza que está dando frutos. Como estudiante quechua de antropología en México, trabajó su tesis de Maestría en Antropología enfocado en temas de urgencia en su región de origen.

Yo he tenido la fortuna de acompañar a Lurgio en dos formatos distintos de experiencia escritural: como autor de su historia de vida, la cual me ha llenado de enseñanzas y lecciones; y como escritor de su tesis, siguiendo el rigor y el compromiso con que se ha dedicado a estas tareas.

Me siento complacido de ayudar a que Lurgio regrese a Perú con su libro publicado. Estoy seguro de que este podrá ayudar, a su vez, a que otros

⁵² Ferrándiz, F. y C. Feixa (2004), *op. cit.*, p. 152.

peruanos puedan contar al mundo sus memorias. La historia de los países y de los pueblos solo se puede construir con dignidad y valor cuando se retrabaja a partir de su memoria y de la constante discusión con el olvido.

Para que nunca más.

Yerko Castro Neira

Ciudad de México

PALABRAS PRELIMINARES

Escribo esta historia para recuperar mi memoria; y también para que nunca vuelva a ocurrir algo así en Perú.

*Verba volant, scripta manent.*¹ Alentado con este lema latino y animado por las palabras de una profesora de la Facultad de Teología Pontificia y Civil de Lima —quien me dijo: “¿Por qué no escribes tu vida?”—, hoy decido relatar las experiencias que tocaron mi vida a partir de los 12 años de edad, cuando fui tras de mi hermano en las filas de Sendero Luminoso (SL). Aunque muchas veces dudé y me pregunté: pero, ¿a quién podría interesarle mi historia de vida?, ¿escribirla serviría para que Perú conozca la vida del guerrillero?, ¿para que Perú sienta el dolor humano?, ¿para que la historia no se repita? ¿Para qué serviría? Ahora prefiero, mejor —como dice el maestro José Carlos Mariátegui²—, que la obra se encargue de justificarme.

Así fue como me atreví a relatar lo vivido en mi experiencia personal, y pretendiendo que en lo ulterior los seres humanos puedan compenetrarse y tener los mismos sentimientos de este autor y de los actores sociales que retrato en mi obra; porque nuestra vida es como una pompa de jabón que desde que levanta el vuelo comienza a morir, y en ese camino de morir uno trae y deja un bagaje cultural y pasa por los azares de la vida.

La presente autobiografía fue escrita en los años de 1996 a 1998 y a inicios del 2000.³ Los espacios vacíos fueron completados entre 2007 y 2010. Así, puedo ofrecer esta memoria y dejar por escrito unos pocos recuerdos. No es una historia de violencia, sino relatos de la vida cotidiana carentes de dramatismo y de partidismo político.

¹ Las palabras vuelan, lo escrito permanece.

² José Carlos Mariátegui nació en Moquegua, Perú, el 16 de julio de 1894. A partir de 1914 participó en la redacción de periódicos como *La Prensa* y *Amauta*. En 1928 fundó el Partido Socialista Peruano. Publicó numerosos libros.

³ En 1996 y 1998 escribí la primera y la segunda parte de *El soldado desconocido*. Entre 1997 y 2000 escribí la vida en el convento franciscano.

De ningún modo busco justificar las atrocidades cometidas por SL y el Ejército peruano; solo relato los hechos tal como ocurrieron. Para quien escribe, son todos los días de recuerdo, como si ayer mismo hubiera estado en esas escenas de la vida. Muchos azares de la suerte de un soldado desconocido se podían contar, sin embargo, aquí no está plasmado todo quizá porque los recuerdos son lejanos y algunos de menor importancia.

Cuando los niños no habíamos comenzado aún la etapa de la adolescencia, ya éramos milicianos pioneros de la llamada guerra popular. Por entonces, la consigna era contribuir a las exigencias de una nación nueva, desarrollada, más justa y equitativa, donde no existiría la explotación del hombre por el hombre; pero eso se convirtió en *homo homini lupus*,⁴ en *waqay vida*⁵ (sufrimiento).

Todo esto tiene correlación con lo que desde siempre me he preguntado o he perseguido conocer: ¿qué es el Perú?; ¿indios sin alma como sostenían los primeros religiosos que llegaban al nuevo mundo?, ¿o solamente unos mendigos sentados en bancos de oro como expresó Antonio Raymondi?⁶

Perú es un país plural, diverso, de todas las sangres, una amalgama de culturas con una idiosincrasia discriminatoria. ¿Cuándo hemos sido un solo Perú, un país unificado?

A veces creo que somos *huklla* (estar unidos), solamente cuando nuestros futbolistas visten “la rojiblanca” y hacen gritar de alegría a todo Perú con la palabra gol, o cuando una bandera roja o rojiblanca izada en lo alto flamea suplicante. ¿Cuál pasión es la que se nos enciende? ¿Qué noción tomamos entonces del país en que vivimos? ¿Qué línea temporal adoptan

⁴ A veces el hombre es para su semejante peor que las fieras.

⁵ Puede consultarse el glosario para este término y los señalados en cursivas en los siguientes capítulos.

⁶ Antonio Raymondi nació en Milán, Italia. Llegó a Perú en 1850 y dedicó casi toda su vida a viajar por el interior de este país. Su frase “Perú es un mendigo sentado en un banco de oro” no se refiere a oro físico, sino al Perú profundo.

esas simbologías? ¿Perduran? O, como dice la cumbia de una agrupación norteña —con respecto al amor—: “porque aparece y desaparece...”⁷

Porque Perú es un país tan complicado como sus propias idiosincrasias, como la propia indignación de sus pobladores o como sus conflictos temporales, familiares, regionales e individuales. Entonces, ¿cuándo surge el resentimiento, la venganza, la rebeldía? ¿Cuándo Perú se da cuenta de que vive basado en el engaño? ¿Cuándo los niveles del hambre rebasan las posibilidades de existencia en el diario vivir? ¿Cuándo cansada de las utopías democráticas y de los partidos políticos la gente se levanta y ya no puede más?

Si, como se ha visto, nuestros gobernantes inventaron las constituciones⁸ para legitimar poderes fácticos —invirtiendo tras las normas y el aparato jurídico el lenguaje que nos muestra cada vez más otra realidad— entonces tales constituciones políticas no fueron cartas de derechos sino modelos para estructurar al Estado. Vivimos inquietos, provocándonos, comenzando siempre de “cero” sin llegar a ninguna parte. Confiamos demasiado en las virtudes de los políticos, en los hombres salvadores, en las palabras bonitas, “el gobierno es para todos los peruanos”, o el gobierno con “rostro humano”⁹.

Me quedo con esta frase del santo de Asís, Francisco:¹⁰ “Comencemos hermanos, poco o nada hemos hecho”, o con la sentencia de César Vallejo Mendoza,¹¹ poeta universal: “y desgraciadamente hombres humanos... hay hermanos muchísimo que hacer”.

⁷ Frase de la canción “El amor aparece y desaparece”, del grupo musical Armonía 10 fundado en 1972 en Piura, Perú, por Juan de Dios Lozada.

⁸ Las constituciones de Perú son, hasta hoy, 17, promulgadas en diferentes años desde 1812. Fuente: <http://www.congreso.gob.pe/ntley/Constitucion.asp>. Consultado en marzo de 2010.

⁹ Palabras del presidente Alan García Pérez y del ex presidente de Perú, Alejandro Toledo Manrique, en sus campañas presidenciales.

¹⁰ San Francisco nació en Asís, Italia, en 1182. Fundó la orden franciscana.

¹¹ César Vallejo Mendoza nació el 16 de marzo de 1892 en Santiago de Chuco, Perú. Fue poeta, novelista y periodista.

Es verdad que al recordar uno experimenta cierta nostalgia, pero al mismo tiempo alivio en el alma. Fueron muchos años vividos en las filas de SL, en el cuartel militar, en el convento franciscano, en las comunidades campesinas y en los centros académicos.

Con el ejemplo que me dieron mis padres, Francisco y Evarista, quienes ya no viven pero siempre están presentes en mí, quiero terminar esta parte agradeciendo a varias personas e instituciones.

A mis hermanos, por su apoyo constante. A los que compartieron hambre, persecución, tristeza, alegría, terror cuando aún era niño-soldado. En especial a Rosaura aunque, es verdad, ya no vive, pero la imagen de la persona sencilla, fuerte, valiente y bella siempre está en mi memoria. Agradezco al Ejército peruano, tropa, suboficiales y oficiales, por el apoyo brindado. Al teniente de seudónimo *Shogún*, gracias a él me eduqué y continué viviendo. A los religiosos franciscanos, misioneros de San Francisco Solano del Perú. Con ellos aprendí las virtudes de tolerancia y solidaridad. A la Universidad Nacional de San Cristóbal de Huamanga, por su contribución a mi formación profesional. A mis amigos entrañables, Marina Delaunay, José Luis, Víctor, Jaime Jiménez, Yolanda, Vicente, Renzo, Isaac, los esposos Maribel y Jerson, Edilberto Huamán, Mariola, Edgar, Nory, Patricia, Ignacio, Rosa Vera, Luis, Ana Luisa, Adriana, Eugenia, Olga, Mariano, Edilberto Jiménez y Diana. A Yudi Monge, con amor y gratitud. A Abilio Vergara y su esposa, por su apoyo incondicional. A Cecilia Israel, Elsa Elías, Jorge Reyes, Anita Rojas, Blanca Ceballos y Xóchitl, por su apoyo permanente. A Isabel García, a quien nunca le podré estar suficientemente agradecido. A Efraín Rojas, un gran amigo y poeta. A Ponciano del Pino, por encaminarme en la vida académica. A Ulpiano, Freddy Ferrúa, Alberto, José Ochatoma, mis primeros maestros en la formación académica y colegas. A la Fundación Ford, porque me dio la oportunidad de continuar la educación superior. A la plana docente de la Universidad Iberoamericana: David Robichaux, Carmen Bueno, Roger Magazine, Juan Pablo Vázquez, Marisol Pérez, Elena Bilbao, Alejandro Agudo y Helena Varela. A Sergio y a Lila. A Yerko Castro Neira, antropólogo chileno, un gran amigo y maestro, por

su apoyo invaluable. A Carlos Iván Degregori,¹² sin cuyo apoyo hubiese desistido en la tarea emprendida.

A mi pueblo que me vio nacer.

Lurgio Gavilán Sánchez
Ciudad de México.

¹² Carlos Iván Degregori falleció, lamentablemente, el mismo año 2011 cuando el libro estaba entrando al trabajo editorial para su publicación.

PARTE I

EN LAS FILAS DE SENDERO LUMINOSO



Zona de La Mar, Ayacucho, Perú, lugares
por donde nos desplazábamos en 1983 y
1984. Foto: Lurgio en marzo de 2002.



Incorporación al Partido Comunista y primeras experiencias en las filas de Sendero Luminoso

En el mes de enero de 1983, junto con mi tío, viajé desde la selva a la sierra para visitar a mis familiares en Punku¹ y traer algunos productos (papa, oca, haba) de esa región. El viaje dura dos días de a pie. Así nos movíamos entre sierra, selva y quebrada.

“Mañana ya dónde estarás”, me dijo mi padre —un día antes de mi partida a Punku— mirando hacia los cerros solitarios que aparecían azulados a lo lejos en la hora del *pantaq pantaq*,² cuando el cielo infinito en el occidente se teñía de anaranjado con presagio de nostalgia.

Salí de mi comunidad, semanas después de la masacre de Uchuraccay,³ era tiempo de lluvia y siembra de maní; cuando los primeros mangos, naranjas y mandarinas empezaban a madurar y aparecían amarillentos como destellos de luz en el espeso bosque verde de la selva de río Apurímac. Sendero Luminoso (SL) también había aparecido en esos tiempos por estos lares mimetizado como en las nubes negras del sur, predicando en las escuelas la buena noticia del presidente Gonzalo⁴ que había llegado el tiempo de ser iguales, que había llegado el tiempo de que los pobres dirijan el destino del país; pero los adversos nubarrones negros no siempre venían cargados de buena lluvia, muchas veces inundaban las *chacras* o destruían los

¹ Se han cambiado algunos nombres de las comunidades campesinas y de las personas para protegerlas y preservar su anonimato. Los hechos ocurren en los departamentos de Ayacucho, Lima, Huancavelica y Junín.

² *Pantaq pantaq*: ni es día ni noche, es el puente entre día y noche.

³ Uchuraccay es una comunidad campesina quechua. Fue escenario de violencia, muerte y desolación entre los años de 1980 y 2000. Se encuentra en la provincia de Huanta-Ayacucho-Perú, a 4000 msnm. En 1983 en dicha comunidad fueron asesinados ocho periodistas.

⁴ Gonzalo: Seudónimo utilizado por Abimael Guzmán Reynoso. Nació en 1934 en Mollendo-Arequipa, Perú. En 1962 llega como catedrático a la Universidad Nacional de San Cristóbal de Huamanga. Allí funda el Partido Comunista Peruano-Sendero Luminoso (PCP-SL). Comenzó su llamada guerra popular en el año de 1980. Fue capturado en 1992, durante el gobierno de Alberto Fujimori. Hoy sigue preso en la cárcel de Perú.

cultivos. Así llegó SL a mi comunidad, como la lluvia buena; las primeras gotas de lluvia dieron esperanzas de vida, justicia social, pero las lluvias cada día se prolongaron y vino el miedo, porque “las aguas” comenzaron a destruir y limpiar “todo lo viejo”. Entonces se comenzó a vivir el “diluvio”, no quedaba otra opción que subirse al arca de SL o unirse a la agrupación de Rondas campesinas.⁵ Las palabras del presidente Gonzalo se estaban cumpliendo: “Se necesita un baño de sangre”, porque, según él, no había una revolución auténtica sin atravesar el río de sangre. Ya “cuando pase el diluvio”,⁶ en el nuevo Estado, en el socialismo, sembraríamos nuevas plantas, sin contaminación.

En ese año de lluvias de 1983 fui con mi tío hacia Punku, por el camino de herradura que viene serpenteando donde empieza la selva de Ayacucho. Es el camino por donde transitan los campesinos de Punqui, Huarcca, Anay y Anco. Ellos se trasladan de sierra a selva y viceversa con sus animales de carga. Si es tiempo de sembrar la papa, entonces es necesario viajar a las frías montañas y luego volver de inmediato a la selva, para sembrar maní o cosechar hojas de coca. Por eso, fui a la comunidad de Punku para sembrar papa, visitar a mis familiares que vivían allí, y de regreso traer productos de la zona.

El camino de selva a sierra va serpenteando por montañas frías y calientes; el hábitat de nicho ecológico va cambiando de lugar en lugar. Los *ichus* (paja que crece en las zonas altas) solitarios están meciéndose con el viento frío de la sierra, las preciadas orquídeas y las frutillas agri dulces, las moras, crecen en los caminos para alimento de los animales silvestres y para el campesino también.

Por estos lares los campesinos viajan desde hace muchos años. Cada año hacen limpieza y arreglo del camino. Arreglar el camino era una fiesta. Cada comunidad tenía su sector para arreglar; entonces comunidad con

⁵ Rondas campesinas: conocidas por SL como *yanauwas* (traidores). En el año de 1984 los campesinos se organizan para defenderse de SL y del Ejército peruano.

⁶ Comparación hecha con la literatura bíblica, cuando el dios de los hebreos manda construir un arca para el diluvio.

comunidad hacen el *tupay* (encuentro). El *qarawi* (canto) de las mujeres daba vigor a los trabajadores; el teniente,⁷ con el látigo en la mano, vigilaba a ver quién no trabajaba. La chicha fermentada alimentaba y embriagaba a los trabajadores. Siempre hubo peleas. Eso era antes, en la década de 1970, ahora ha cambiado.

Cuando éramos pequeños, en el viaje de selva a sierra nuestro padre nos hacía montar en caballo porque nos cansábamos de caminar. El viaje duraba dos días o a veces hasta tres días cuando los caballos se cansaban de trotar. Así, sentados cómodamente con el suave trote de los pasos del animal, observábamos el paisaje nativo. “Mira ese pajarito pa”, decíamos. Así, la naturaleza en estos lugares te sumerge en un mundo maravilloso; las cataratas que se “cuelgan” con sus aguas transparentes, frías y dulces. Él venía detrás del caballo pensando tal vez en casa, donde mamá estaría esperándonos sentada en la puerta tejiendo calcetines o chompas,⁸ mirando al cerro Punquiqasa —cerro por donde se aparecen los viajeros de la selva— a ver si aparecíamos cargados de frutas de la selva, o tal vez pensando “solo quisiera ver a mis hijos sanos y a mi marido”. Papá a ratos nos decía: “Falta poco para Cabildo”,⁹ y se metía coca en la boca de rato en rato.

En aquellos tiempos, SL estaba en proceso de expansión; en todas partes se hablaba de una justicia social. Escuchábamos en radios, los jóvenes y los profesores hablaban de una guerra popular. Nuestros padres y nuestros paisanos hablaban: “*Kaypiñas kachkan partido* (¡Aquí ya está el partido!)”, o “*wakpis wañurachinku* (dice que allá han matado)”.

Punku es el pueblo donde he nacido. Cuando éramos muy pequeños nuestros padres nos llevaron a vivir a la comunidad de Killa, en las riberas del río Apurímac. Allí nos establecimos permanentemente.

⁷ Teniente gobernador, autoridad comunal.

⁸ Las mujeres campesinas, en este tiempo, siempre estaban ocupadas tejiendo, cuidando animales o cocinando.

⁹ Lugar de descanso de los viajeros. Frontera entre sierra y selva.

Una semana antes de lo planeado para retornar a la selva, un domingo de feria¹⁰ del mes de enero de 1983, junto con mi tío, fuimos de Punku a Ñuñunga, lugar donde hacían feria cada domingo. Allí compré mis zapatillas y unas ropas más. De regreso, en el camino, nos encontramos con Raúl,¹¹ amigo de mi hermano, porque ellos habían estudiado en el colegio de Mayu. Pregunté por mi hermano y me dijo que estaba lejos luchando por la justicia social; él se dirigía a la selva y volvería dentro de una semana, porque los mandos del Partido Comunista Peruano (PCP) le habían dado permiso para visitar a sus familiares.

Pronto el crepúsculo vespertino llegaba a Punku. Esa tarde nos quedamos con Raúl en la casa de mi tío. Al día siguiente, en el camino, cuando lo acompañaba hasta cierta parte —porque Raúl iba a la selva—, me dijo que si quisiera encontrarme con mi hermano podría ir con él cuando regrese; así fue.

He recordado siempre ese día de mi partida de la comunidad de Punku, cuando salí de la casa de mi tía.¹² Ella, con sus ojos llorosos, me decía que me quedara, pero ya estaba decidido; firme, partí a una aventura desconocida sin fecha de retorno. Tenía 12 años.¹³

Ese día había mucha neblina en las alturas de Punku. El pueblo de Punku me hizo recordar mi infancia porque allí estudié el primer grado de primaria. Recuerdo que el profesor nos había cortado el cabello como a los reclutas del Ejército; allí aprendí a leer las vocales con látigo junto con mis compañeros; luego, en el patio de la escuela, aprendimos a levantar la frente y cantar a boca llena: *somos libres, seámoslo siempre*. Esas palabras

¹⁰ Feria: mercado de transacciones en las comunidades campesinas de Ayacucho. Se realiza una vez por semana.

¹¹ Ingresó a las filas del PCP en 1980. No se sabe dónde murió.

¹² Hermana de mi madre.

¹³ Cuando salí de la comunidad de Killa tenía 12 o 13 años. En ese tiempo la mayoría de los campesinos no tenían partida de nacimiento ni documento de identidad. Muchas partidas de nacimiento fueron destruidas por SL. En 1990 saqué mi partida de nacimiento en la ciudad de Huanta, con fecha de 16 de marzo (el día no está alterado) de 1973. En realidad tendré unos dos años más.

las repetíamos mecánicamente, sin apenas entender sus significados. Allí estudié tres meses, luego nos fuimos a la selva. Así era la vida y los estudios en esos tiempos. Cuántas cosas se pueden recordar solo mirando al pueblo. Pero ese día de neblinas estaba parado en la cumbre de Punku, en la encrucijada del camino, al lado del cementerio; la nostalgia me embargó aún más al mirar los lugares y me hizo recordar los recuerdos donde jugábamos con mis amigos resbalándonos en el gras (pasto) verde pasteando las ovejas y los cerdos.

Esperé impaciente a Raúl que venía de la selva después de visitar a sus familiares;¹⁴ pues nos encontraríamos por la mañana. Y ¿si no venía?, tal vez yo hubiese regresado a la selva y otra sería la historia; pero pronto apareció Raúl cargando su *qipi*. Nos saludamos y nos pusimos en camino hacia la comunidad de Cochas, donde posiblemente encontraríamos al pelotón de fuerza local¹⁵ al cual pertenecía Raúl.

Caminamos todo el día; como a las cinco de la tarde estábamos bajando al valle de Cochas. Se veía a personas sudorosas que regresaban de sus chacras, con sus herramientas y animales. Algunas personas le reconocieron a Raúl y le decían: “*Allinllachu compañero* (cómo estás compañero)”. Compañero era el nuevo término para decir al otro en vez de tío, abuela, padre o hermano. El pelotón de fuerza local no se encontraba en el pueblo; a Raúl le informaron que probablemente estarían en Huayllay. Pernoctamos en la comunidad de Mayu, en la casa de una anciana que estaba al lado del camino principal que va hacia San Miguel y a otras partes. La anciana nos preparó sopa de *chuñu* (papa deshidratada) y comimos al lado de la *tullpa* (cocina en las comunidades campesinas). Nos preguntó de dónde éramos. Le dijimos que veníamos de la selva.

¹⁴ Visita: hasta el año de 1983, los miembros de SL podían ir a visitar a sus familiares hasta por 15 días previa entrevista con los mandos; luego de ese año ya no fue posible por la violencia generalizada.

¹⁵ El Partido Comunista Peruano estaba dividido en aquellos tiempos así: compañías, fuerzas locales y fuerzas territoriales. La fuerza territorial se encargaba de organizar, vigilar y castigar a las comunidades campesinas y captar simpatizantes para formar parte del PCP.

Al día siguiente, temprano continuamos nuestro viaje en busca del pelotón. Mayu era un valle lleno de verdor, siempre está así, por la ubicación geográfica, con árboles frutales y centenares de pajarillos que revoloteaban en un juego de jolgorio incansable.

Caminamos por un cerco de ciruelos y granadillas amarillentas que se colgaban de los árboles frutales. Cuando pasábamos cerca de una casa, un compañero conocido por Raúl llamó y nos invitó sopa de calabaza con leche cuajada guardada y unas yerbas más que jamás había comido en mi vida; no se podía pasar la comida, yo estaba a punto de vomitar. Con la mirada de Raúl entendí que durante todo el camino me estaba enseñando sobre cómo debía comportarme en mi nueva vida dentro del PCP: saludar y los deberes que debía cumplir. Me decía que cuando alguien nos invitara, recibiéramos callados y había que comerlo todo agradeciendo. Así lo hice. Luego, continuando el viaje llegamos a un río que venía cargado, con sus aguas turbias, y lo cruzamos con mucha dificultad para luego subir por una pendiente cuesta arriba.

En el trayecto Raúl me dijo: “Los militantes del partido cada uno tiene un nombre especial”; así que tenía que escoger mi nombre de combate. Mi hermano, cuando pescábamos en el río Apurímac que corría burbujeante cerca de nuestra casa, me hablaba del “Che” Guevara y le puso también ese nombre a nuestra balsa:¹⁶ “Che Guevara”. Entonces le dije a Raúl que me llamara por tal nombre. “No creo que esté bien, mejor por qué no te llamas Carlos, pues es lo mismo que de Che Guevara”. Este nombre me acompañó hasta 1995.¹⁷

Como a las doce del mediodía llegamos a un pueblo llamado Llachua-pampa, donde encontramos a señoras que lloraban quejándose de los militares que las habían violado y llevado sus gallinas. Pronto se escucharon disparos de fusiles; comenzamos a correr por una quebrada antes que nos

¹⁶ Balsa: embarcación pequeña de forma plana, es hecha con tablas de *pumpu* (madera de la selva) unidas entre sí.

¹⁷ Año en que dejé de llamarme Carlos porque me fui donde los franciscanos. Hasta ese tiempo, igual que cuando fui parte de SL, en el Ejército me llamaban Carlos.

vieran los soldados. Cuando estábamos ya bastante lejos, descansamos al borde de unos sembradíos de trigo, donde una señora con sus hijitos estaba desyerbando el cultivo. Saludamos y le dijimos que somos compañeros; ella entendió y nos invitó *mote* (maíz cocido) con *charki* (carne seca tostada) diciendo: “¡Pobrecitos ya dónde andarán!”.

Dos horas después estábamos en la cima del cerro Tankar; a lo lejos un helicóptero, verde oscuro, cruzaba el espacio teñido de azul. Llegamos a la comunidad de Huayanay y les preguntamos a los comuneros si estaba ahí el pelotón. Nos respondieron que no: “No hemos visto compañeros, ellos vienen y se desaparecen de repente”. Raúl no se impacientaba de esta búsqueda de laberintos, estaba calmado; más bien yo pensaba que tal vez esos militares los habían capturado. Con las explicaciones de Raúl entendí que la vida del guerrillero era vivir mimetizado con los campesinos, en el tiempo y el espacio.

En el bolsillo tenía cinco soles de lo que me quedaba y con eso compré gaseosa y galletas en la tienda del pueblo de Huayanay. Pronto anocheció. Nos retiramos del pueblo, acatando las recomendaciones de los campesinos porque los últimos días venían constantemente militares para descansar en una *chuklla* (pequeña casa rústica). Allí solo descansan los campesinos cuando salen a pastar a los animales.

Al día siguiente, a mediodía, nos dirigimos a otro pueblo, a Huallay; pues nos dijeron que ahí era probable encontrar al pelotón. Caminamos casi todo el día. Ya en la tarde, bajamos por un bosque de eucaliptos y árboles frutales. Al fondo aparecía una chocita de adobe con techo de *ichu*. “Esa es la casa donde están”, me dijo Raúl, “cuando lleguemos nos saludarán y te presentaré”. El sol moría sobre el horizonte teñido de rojizo, como la bandera del partido comunista.

Por fin habíamos encontrado al pelotón de fuerza local. La casa estaba cerrada; los vigilantes reconocieron a Raúl. Había como 30 personas, la mayoría eran jóvenes de entre 18 y 25 años.¹⁸ La mitad eran mujeres.

¹⁸ El grupo de SL estaba conformado por niños, jóvenes y adultos, mujeres y varones. Formar parte del ejército rojo era como la frase popular: no hay edad para el amor, no había impedimento de edad y sexo para luchar por la justicia social.

Se encontraban contentos cantando himnos guerrilleros al compás de las guitarras, con pasión movían los dedos en las cuerdas. Saludamos a cada uno; luego Raúl me presentó como hermano de Rubén, así se llamaba mi hermano. Todos me miraban. Horas después sirvieron la cena en una vasija grande que contenía sopa de maíz fresco con queso. Una anécdota que recuerdo siempre de esa tarde es que, cuando me pasaron la vasija de sopa, me quedé comiendo agradeciéndoles; los compañeros guerrilleros solo se dedicaron a mirarme; ya cuando Raúl me dijo que la pasara a mi compañero del costado, entendí que en esta nueva forma de vida se comía de un solo plato.¹⁹ Cuando terminamos de comer cantamos himnos guerrilleros:

Por los valles y los Andes guerrilleros libres van,
los mejores luchadores son del campo y la ciudad.
Ni el dolor ni la miseria nos harán desfallecer,
seguiremos adelante sin jamás retroceder,
seguiremos adelante sin jamás retroceder.
Nuestro pueblo nos ordena combatir hasta triunfar,
adelante camaradas nuestra consigna es vencer,
adelante camaradas nuestra consigna es vencer.
Venceremos al fascismo en la batalla final.
¡Abajo el imperialismo! ¡Muera! ¡Viva nuestra libertad!²⁰

Cuando llegó la hora de dormir, el mando militar²¹ que vestía uniforme del Ejército (por entonces —porque no siempre fue así—, con botas negras,

¹⁹ No siempre comíamos de un solo plato, la mayor parte de las veces nos repartían la comida en platos separados —si había—, pero otras veces servían en un recipiente grande para comer de ahí todos.

²⁰ Algunas partes (estrofas) de las canciones que estaban incompletas se agregaron en los años 2000 de la página web “sol rojo” (www.solrojo.org).

²¹ Organización y los mandos: la organización PCP-SL, en 1983, se formaba de la siguiente manera: en la base de la pirámide estaban las “masas” (formadas por todos los campesinos que eran bases de apoyo); en segundo lugar, un grupo menor constituía la “fuerza territorial”

pantalón verde oscuro, polo negro) nos ordenó que saliéramos al patio para que arreglaran el cuarto. Luego, uno por uno, entramos quitándonos nuestros calzados, mientras el mando político nos decía: “*Pónganse en cuchilla*”;²² nos poníamos de costado, intercalados entre mujeres y varones en una especie de “palmera”; los mandos superiores dormían en cada extremo de la cama. Se escuchaban las quejas: “*¡Compañero chakikita estiray!* (¡Estira tu pie compañero!)”, “*¡compañero chay muquykita!* (¡compañero, tu rodilla!)”.

Luego, el mando militar nos hizo sentar y dijo antes de dormir: “En nombre del leninismo, maoísmo y presidente Gonzalo, si llegaran y nos sorprendieran los miserables (enemigos militares), vamos a dividirnos en grupos de la siguiente manera: los hombres de contención²³ se quedarán juntamente conmigo, los demás saldrán de dos en dos, todo en silencio; el lugar de encuentro será la *puna* (las zonas más altas de la sierra peruana). Para esta noche hay tres grupos de vigilancia; harán tres personas en una hora, dos juntos y uno ronda. Los servicios de cocina se levantarán a las cuatro de la mañana. ¿Alguna sugerencia? Buenas noches, compañeros”.

Así nos advirtió el mando militar en ese momento, y así fueron todas las noches que he caminado en las filas del PCP. Era una advertencia

que operaba como servicio de inteligencia en las comunidades y ciudades; en tercer lugar estaba la “fuerza local”, que permanecía en contacto directo con las masas y, finalmente, la “fuerza principal”, el grupo guerrillero armado que participaba en ataques contra los militares, policías y ronderos.

La jerarquía de mandos en el PCP-SL estaba formada de la siguiente manera en ese tiempo: mando político, mando militar, mando logístico. El primero se encargaba de todo el grupo guerrillero, el segundo de cuestiones de estrategia militar y el tercero de conseguir alimentos.

²² Siempre dormíamos en cuchilla; los militantes del PCP debían dormir en una sola cama, no había camas para cada uno. Entonces el mando militar que tenía la función de ordenar, ya fuera para dormir o para enfrentar a los militares, se situaba en la puerta para ir ordenándonos. Nosotros, formados en columnas, uno por uno pasábamos adentro. La cama estaba tendida en el suelo con frazadas y pieles de animales. Entraba un varón, se acostaba, y le seguía una mujer, que también se acostaba pero con la cabeza del lado contrario, y así sucesivamente intercalados. El mando militar dormía en un extremo de la cama.

²³ Los hombres de contención siempre estaban armados, comandados por el mando militar, listos para actuar si era requerido.

indispensable para los combatientes guerrilleros. Estar listos para continuar o morir. Aproximadamente unas 40 personas descansamos en un cuarto pequeño construido de piedra y barro, con techo de *ichu*. Esa noche casi nada descansé por la incomodidad y por los cambios de vigilancia que rotaba cada hora y que me hacían despertar. Luego fui adaptándome a esta vida. A las cuatro de la madrugada nos avisaron que venían los militares; salimos en un desorden total; nuestros zapatos estaban desordenados y tomábamos lo que pudimos alcanzar. En verdad, no venían los militares; solamente era uno de los entrenamientos del mando militar, para ver si estábamos preparados para la guerra y también, seguro, por el novato que llegaba al ejército rojo.

En la primera noche que hice mi vigilancia fue con Rosaura, mi primera experiencia de vigilante, luego hice miles y no me acuerdo con quién. Nos tocó de doce a una de la mañana, hora en que los *hampiq* (curanderos) de mi pueblo se levantaban y llamaban el alma del niño enfermo. Había que estar con los ojos bien abiertos y con oídos atentos; charlamos en voz apagada toda una hora, me decía entre otras cosas que esta lucha acabará algún día, pero había motivos por qué luchar y me animaba en ese camino que había emprendido. "*Listollañam kana wañunanchikpaq* (Siempre hay que estar listos y prepararnos para la muerte)", me decía; porque nadie vivía aquí eternamente, en cualquier momento íbamos a morir baleados o torturados por los militares o por los ronderos. Las 24 horas se vigilaba; con hambre, en frío, en lluvia o en calor. Las vigilancias de noche siempre eran cansadas. Podías quedarte dormido y los enemigos podían sorprenderte. Así, de noche vigilábamos más de cuatro personas en zonas estratégicas, además de un vigilante de ronda que estaba verificando a cada puesto de vigilancia; de día, los vigilantes iban a lugares distantes, preferentemente a los cerros altos para tener un panorama más amplio.

Al amanecer de ese día comimos una sopa similar a la cena de la noche anterior. Luego, algunos se pusieron a leer los pocos libros de Marx y las Cinco Tesis de Mao que teníamos; yo y otros niños ni entendíamos lo que leían, solo veíamos letras rojas con dibujos del presidente Gonzalo. Otros compañeros, en grupos, se fueron a conseguir alimentos a las comunida-

des cercanas. Esa era la rutina del militante guerrillero. Leer, cantar, hacer tertulia, conseguir alimento y estar listo para el combate.

Otro día sí vinieron los militares, a eso de las tres de la mañana. Entonces, salimos de la choza para dirigirnos hacia la cumbre más alta de Huayanay.

Los militares venían de la base militar de San Miguel, que estaba a cuatro horas a pie. Ese día pasamos hambre, ya que no nos dejaron preparar nuestros alimentos.

La noche llegó; subimos aún hasta una comunidad campesina ubicada en las alturas. Allí los campesinos, organizados por el partido, nos ofrecieron alimentos y abrigos. Cocinamos papas y ocas que tenían los campesinos y descansamos.

Al día siguiente, después de comer sopa de trigo con papas y habas peladas, el mando político nos reunió para decirnos que en grupos íbamos a recoger víveres de las comunidades cercanas; diríamos que venimos en nombre del partido y nos donarían alimentos. Esta limosna se hacía cada vez que llegábamos a una comunidad y los campesinos, bases de apoyo, conocían de este acto. Éramos, pues, los guerrilleros como los frailes franciscanos, andando con sandalias y botas de *jebe* cargados de bolsa o *lliklla* en la espalda para llevar algunas pertenencias, como cuaderno y *chompa*, nada más.

Una hora después, bajábamos por una quebrada honda para luego dividirnos en todas las direcciones posibles de las casas que estaban dispersas. Allí abajo se colgaban cataratas de aguas transparentes que se deslizaban desde las *punas* más frías. Algunas nubes venían y se iban por el firmamento. Rosaura, mientras caminábamos, me hizo muchas preguntas, como aquella vez en el turno de la vigilancia: que si había estudiado, por qué me había venido, que si extrañaba a mis familiares. Desde que las balas destruyeron su cuerpo femenino —contaré más adelante lo sucedido—, siempre recuerdo su sonrisa y sus ojos grandes y profundos. Ella tenía por entonces 17 y yo 12. Era el mes de febrero de 1983. Ella conocía a mi hermano Rubén. Y siempre me decía: "*Kaqlañam kanki* (Eres muy parecido)". Ya junto al riachuelo que bajaba desde la altura burbujeante,

con agua limpia y fría, en cuclillas, nos mojamos la cabeza porque ya hacía calor. “¿Por qué estás aquí?”, me volvió a preguntar. “He venido por mi hermano”, respondí. Continuando nuestro camino nos topamos con la primera casa. Cuando llamamos a la puerta, después de los ladridos de los perros, salió un señor de avanzada edad, seguido de dos niños descalzos. Le hicimos llegar el recado del mando político, los saludos y solicitamos su colaboración. Amablemente nos atendió dándonos papas y habas; agradecidos marchamos hacia otra casa. Caminamos por en medio de eucaliptos, sauces y nogales, para luego seguir por el borde de los sembradíos de maíz, papas y arvejas. Muchos pajarillos volaban: loros, zorzaes, tuya, *chiwaku*, cernícalos;²⁴ la naturaleza sonreía a la vida, había aún muchos motivos para que floreciera el cactus entre sus espinos. Y nosotros también teníamos motivos para seguir viviendo.

Hacia el mediodía, entre la sombra de los eucaliptos descansamos en el pastito. Ante nuestros ojos se abría el horizonte infinito, la naturaleza llena de verdor con flores multicolores, pues era tiempo de lluvias. El cielo sin nubes, con un sol solitario en el universo, allá abajo corría el río serpenteando por las quebradas, más allá una mancha de ovejas que pastaban, y a los otros lados campesinos desyerbando sus trigales. Como a las tres de la tarde llegamos donde nuestros compañeros, cargados de alimentos.

Al día siguiente, muy temprano, nos trasladamos al pueblo de Tankar. Los guerrilleros siempre se desplazaban de dos en dos de día; así, ocupábamos una distancia de un kilómetro. Gracias a esta forma de desplazamiento, siempre sobrevivíamos en las emboscadas, pues a veces atacaban a los primeros o a los medios, el resto escapábamos. En cambio los militares siempre iban en columnas, seguidos y era fácil emboscarlos.

Ya en Tankar, ese día dormimos hasta que se ocultó el sol en las alturas de San Miguel. A las cinco de la tarde nos avisaron los mandos que marcháramos a la comunidad de Mayu. Nos recordó que estábamos en guerra.

La noche se hizo más oscura ese día por las nubes negras que cubrían el cielo; ya no íbamos separados de dos en dos, sino juntos en columna

²⁴ Loros, zorzaes, tuya, *chiwaku* y cernícalos son aves silvestres del lugar.

como los militares. Nadie hablaba; solo se escuchaba el chirrido de los grillos y el croar de los sapos. Era incómodo caminar así. De repente nos detuvo nuestro mando y nos habló en voz baja: “Vamos a atacar una casa para matar a los miserables que están allí; todos haremos una especie de cerco a la casa”. Sentí miedo porque sería la primera vez que presenciara la muerte. Rodeamos la casa; los escogidos²⁵ entraron; se escucharon tiros de revólver y vi que salía un campesino desesperado mientras una mujer gritaba dentro de la casa. “Agarren”, decían los mandos. Con palos, piedras, patadas, golpeaban al hombre; tendido en el suelo, pedía suplicante que no lo mataran, por sus hijos.

El mando militar le alcanzó una escopeta a la compañera Sandra para que le disparara en la cabeza. La bala salió mortífera y puso fin a la vida del hombre. “Este hombre es soplón, *yanauma*”, decían nuestros mandos. Aún sentí más miedo. Los otros compañeros estaban tranquilos. La noche se hizo negra, oscura, triste y melancólica. Algunos búhos rapaces volaron con el sonido del arma.

Nuestro objetivo era eliminar a los *yanaumas* en las comunidades campesinas. Así, nuestra visita a la comunidad de Tankar no fue de paseo. Los mandos, con los “mil ojos y mil oídos”,²⁶ se habían enterado que dos personas de dicha comunidad iban a la base militar de San Miguel para avisar de nuestro paradero. Y esas personas debían ser eliminadas inmediatamente.

Caminamos varias horas resbalándonos entre lodos y barro de febrero. En las dos casas restantes no estaban los *yanaumas*; algunos compañeros comentaban: “El sonido del arma les alarmó, pero caerán”. Pronto se escuchó el río de Mayu; ya eran como las tres de la madrugada. Teníamos que cruzar el río turbio, que venía rugiendo entre los cantos rodados, solo por

²⁵ Escogidos: son las personas que directamente actuaron en la captura del campesino. En realidad todos cumplíamos un papel en cada una de las actividades de emboscada, captura, preparación de comida, etcétera.

²⁶ “Mil ojos y mil oídos”: táctica intimidatoria de SL para vigilar y castigar tanto en el interior como al exterior del grupo armado.

un palo de eucalipto cruzado. Al amanecer nos marchamos a las alturas de Mayu; allí dormimos todo el día.

Tiempo de carnavales en 1983

Los carnavales²⁷ llegaron cuando estábamos conquistando las bases de apoyo en los alrededores de San Miguel, como llegaban a mi comunidad cada febrero. La costumbre era similar a la de mi pueblo y tampoco el partido había prohibido la fiesta; sino más bien, caminábamos cantando, cortando árboles *yunsas*²⁸ de comunidad en comunidad. Cantábamos las canciones de los comuneros.

*Chayraqmi, chayraqmi
chayayhamuchkani compañeros,
wayrallawan, vientollawan parischakuykuspa
¡was!, ¡was!*

Los comuneros de Mayu y Cochas nos recibían bien, con almuerzos de pucheros, una comida típica que se prepara en tiempos de carnavales con carnes de res, chanco, durazno, camote, papas y choclos (maíz tierno). Jugábamos con talcos y aguas sucias. En las tardes danzábamos alrededor del árbol cantando “*chayraqmi, chayraqmi chayaykamuchkani...* (recién, recién estoy llegando)”. Los mandos del PCP siempre tumbaban el árbol

²⁷ Carnaval es la fiesta popular en Ayacucho: se celebra en febrero o marzo según varíe el calendario. En las comunidades campesinas la gente se reúne en familias, toma chicha o trago, canta y se juega con agua. Para los campesinos, el carnaval es el asentamiento de la siembra; es decir, la temporada de lluvias, donde los cultivos se fortalecen y aparecen los primeros frutos, *llullu* (fruto tierno). En este tiempo existe mayor tolerancia hacia las actividades sexuales.

²⁸ *Yunsa*, o el llamado en quechua *sacha kuchuy* (corta árbol), es un componente importante de las festividades carnavalescas en las comunidades campesinas de Ayacucho.

plantado.²⁹ Por eso, para el año siguiente no había quién plantara el árbol porque el militante del PCP se iba o moría en enfrentamientos.

A los soplones había que exterminarlos; así, no faltaban soplones en cada pueblo que visitamos. Otros morían inocentes, solo por rencillas entre los propios comuneros. Los acusaban como soplones y los mandos los mandaban atrapar. A estas personas las encontrábamos bailando en los *yunsas* de carnavales; pues con unas botellas de trago, ellos mismos hablaban de lo que le habían informado a los militares. Ahí mismo los atrapábamos para luego matarlos en la noche; sin que se diera cuenta nadie; solo eran testigos las quebradas oscuras, las retamas³⁰ y las frías aguas que bajaban desde las alturas de Mayu.

Una tarde, nuestros mandos nos llevaron a hostigar a los militares de San Miguel; fuimos después de comer puchero. El camino fue largo y cansado; llegamos en cuatro horas. Como a media noche les gritamos desde el frente de la base militar: “¡Malditos carajo, que viva el presidente Gonzalo! ¡Levántense para pelear cuerpo a cuerpo! ¡Carajo reaccionarios ya pronto morirán todos! ¿Por qué hacen caso a ese chupasangre de Belaúnde?”. Nos contestaron con ráfagas de metralletas y lanzagranadas. Las balas cruzaban el espacio oscuro como estrellas fugaces para perderse en la noche oscura. Nosotros nos tendíamos en el suelo hasta que se sosegaran los disparos.

Siempre hemos fastidiado a los militares de esta forma; eran estrategias de hostigamiento. De semana en semana o cada mes íbamos a distintas bases militares. Esa noche regresamos contentos, diciendo que habíamos hecho rabiar a los represores, chupasangre, que ya queda poco tiempo para que se retiren de nuestro pueblo.

²⁹ La costumbre es que, cuando alguien tumba (corta) el árbol, llamado *yunsa* o *sacha kuchuy*, para el próximo año será el mayordomo de *sacha kuchuy*; es decir, preparará chicha, comida y traerá el árbol.

³⁰ Retama: Planta silvestre que crece en los valles interandinos de Perú. Tiene flores amarillas. Hay una canción, “La flor de retama”, compuesta por Ricardo Dolorier y cantada por Martina Portocarrero (peruanos): “Vengan todos a ver, ay vamos a ver / en la plazuela de Huanta amarillito flor de retama / amarillo, amarillando, flor de retama / donde la sangre del pueblo / ay, se derrama / allí mismito florece, amarillito, amarillando, flor de retama...”.

Una tarde lluviosa de marzo se fue Rosaura, con dos compañeros más, destacada a una compañía guerrillera, a las alturas de Churcampa (Huanta). Era triste cuando uno se marchaba, más aún si era con quien podías compartir tus sentimientos. Solo me dijo: "Cuídate Carlos".

Incorporación a la fuerza principal

Estábamos en la comunidad de Tankar cuando llegó un camarada de SL, de mediana estatura, serio, con el fusil bajo el hombro. Nos hizo llegar los saludos fraternos de los compañeros del otro lado de la montaña (alturas de Huanta). Era camarada de la fuerza principal, Compañía 90. Luego se reunió con nuestros mandos, político y militar, de la fuerza local que operaba en las comunidades campesinas de San Miguel. Como a mediodía nos informaron que la Compañía 90 necesitaba guerrilleros porque había sufrido muertos y heridos. Entre los tantos escogidos aparecía mi nombre. Esa misma tarde nos pusimos en camino hacia las montañas frías de Tambo, despidiéndonos de nuestros compañeros; los demás se quedaron tristes; no faltaba alguien que llorara.³¹ Éramos 20 los escogidos de los 50 militantes: 9 mujeres y 11 varones. Caminamos dos noches hasta llegar donde estaba el grupo de la Compañía 90. Lo que más recuerdo es haber cruzado el río Challhuamayo, de aguas frías. Teníamos que sacarnos la ropa para cruzar. Desnudos pasamos el río; luego subimos hasta la carretera que va hacia San Francisco (selva de Ayacucho). Los carros pasaban de rato en rato. Como a media noche estábamos en Guindas; descansamos en la casa de un compañero; solo fue un rato, después continuamos caminando. La noche se hizo larga y el camino también.

Rubén, seudónimo de mi hermano mayor que por entonces tenía 18 años, era estudioso, crítico y rebelde. Cuando fue a cambiar su boleta de

³¹ Llorar era normal. Llorábamos cuando un compañero se marchaba a otro sitio, cuando moría en una emboscada. Hasta nuestros mandos lloraban. Éramos seres humanos tan iguales como los campesinos o los que vivían en otras partes del mundo.

inscripción al servicio militar obligatorio en Ayacucho, ya se había nutrido de las ideas del PCP. No nos dijo cómo fue que se juntó con los guerrilleros.

Una tarde partió de la casa; solo nos dijo que volvería pronto. Hemos llorado su partida. Papá siempre miraba el camino por donde uno regresa de viaje; miraba su coca y decía: "Tal vez haya muerto o tal vez mañana llegue".

Cuando lo encontré estaba vestido con poncho y *chullu* de iquichano;³² llevaba revólver en la cintura, estaba serio y flaco. Conversamos solamente un rato; me preguntó de papá.

Había mucha gente en ese lugar de Rumi; pues llegaban de todas partes y, a la vez, de este lugar salían a los diferentes sitios donde les designaban los mandos responsables del lugar.

A mí me tocó ir a la Compañía número 115 que operaba en Ayahuanco (Huanta). Le dije a mi hermano que me designaron a dicha compañía. Rubén solo me dijo: "Nos encontraremos siempre". Entonces entendí que más allá de los sentimientos fraternos consanguíneos estaba primero obedecer los mandatos del partido. Ir donde te manden y ofrendar tu vida en nombre del PCP, y tu nombre permanecería grabado e impreso por los siglos de los siglos en la memoria colectiva como héroe guerrillero.

Estaba sentado, triste, tratando de comprender las decisiones del PCP, mirando los encuentros y despedidas de los compañeros. Un compañero de Rubén, de alto mando, me dijo que me quedara.

Así, gracias a un colega de mi hermano me quedé de casualidad y aún sigo vivo, porque mis compañeros que se fueron hacia la Compañía número 115 habrían sido asesinados por los ronderos de Yawarmayu, en las alturas de Huaychao.

Esta Compañía número 90, fuerza principal, tenía tres pelotones, cada uno compuesto por 15 o 13 personas, entre mujeres y varones. Tenían varios

³² Iquicha: comunidad campesina que pertenece a la provincia de Huanta-Ayacucho-Perú. Es comunidad vecina con Uchuraccay. Los historiadores peruanos relatan que en 1827 hubo una gran rebelión indígena, liderada por el campesino Antonio Huachaca, para reclamar el retorno a la monarquía española.

armamentos: fusiles automáticos, varios revólveres de calibres número 22, 38 y 48; escopetas con dos cañones, máuseres viejos y bombas fabricadas en latas de bebidas gaseosas. Eso era lo bueno, porque cuando visitábamos a las comunidades se sentían protegidas las masas con nuestros armamentos.

Andábamos de comunidad en comunidad, de masa en masa, en el distrito de Tambo y las alturas de Huanta. Casi nunca permanecíamos tres días en una comunidad. Solo nos desplazábamos de noche. Había que estudiar mucho esos libros de Lenin y los folletos de Gonzalo. Comíamos poco, una vez al día; pero a veces había mucha comida, normalmente en ese año de 1983 preparaban hasta tres veces al día sopa de chuño, maíz, cebada, fideos y algunas veces guisos como tallarín, pucapicante, carne verde y mazamorra;³³ luego ya fue dos veces y en 1985 comíamos solo cuando encontrábamos alimento. Mi hermano fue destacado a otro grupo para la zona territorial,³⁴ donde meses más tarde yo también, siguiendo los pasos de mi hermano, pertenecería a este grupo.

Ronderos de Yawarmayu

Nuestros mandos siempre nos recordaban que los comuneros de Yawarmayu se habían rebelado contra nosotros, estaban con los militares, entonces ya eran *yanaumas*, por eso teníamos que eliminar y desaparecer a esos *chutus*. El día del ataque a Yawarmayu estábamos conformados por más

³³ Comidas: la sopa de *chuño* se prepara con papas deshidratadas molidas en batán de piedra, cebolla picada y sal; normalmente se le agrega queso fresco, *payqu* (yerba aromática) y papas picadas. Sopa de cebada: se molía la cebada en batán de piedra y se echaba a agua tibia para luego sacar la cáscara con cucharón. Pucapicante, es el segundo (plato fuerte), se hacía con abundante papa picada, maní y ají colorado. Las mazamoras eran dulces de calabaza madura, maíz y chuño.

³⁴ Zona territorial: uno de los penúltimos escalones de la división del PCP en tiempos de SL. Los que pertenecían a zona territorial estaban encargados de recolectar alimentos y quitarle armamento a los policías. Esta fuerza estaba constituida por solo 6 o 7 personas, pero con sus mandos político y militar. Eran los de servicio de inteligencia.

de 300 personas, entre mujeres y varones que venían de las comunidades, masas por entonces cercanas de Tambo como Guindas, Rosales, y otras comunidades.

Partimos una tarde de invierno de 1983 rumbo a la comunidad. Para llegar, demoramos dos días. Solamente caminábamos durante la noche; de día dormíamos en las cuevas. Todas estas personas venían por turnos de cada comunidad.

Como a las cuatro de la mañana ya estábamos sitiando el campamento de los ronderos de Yawarmayu, ellos estaban ubicados en un cerro alto y estratégico como para defenderse. Pronto amaneció, nos topamos con la vigilancia y comenzaron a lanzarnos piedras con *waraka* (especie de honda), porque ellos no tenían armamentos, solo armas blancas. Luego, mataron a la vigilancia con disparos de máuseres. Cuando llegamos a su campamento vi cómo los ronderos caían y rodaban por el suelo en pendiente, destrozados por los plomos de las balas y decapitados. Quemamos todas sus chozas. Los muertos estaban tendidos por todas partes. Los comuneros venidos de otras partes junto con nosotros, saqueamos todo lo que tenían. Luego, comenzamos el camino de regreso.

No solamente fue una vez, sino muchas veces, como cinco veces. Había que atacar a estos *yanaumas*, siempre. Otras veces salíamos con bajas de nuestros compañeros.

Fallecimiento de mi hermano

La última vez que vi a mi hermano fue cuando vino a un almuerzo de camaradería a la Compañía 90, unos días antes de su muerte. Este tipo de almuerzo lo hacíamos cuando los altos mandos se reunían o en fiestas del PCP, y era la oportunidad de reencontrarnos con los amigos. Mi hermano había engordado un poco; sonriente, me preguntó: “¿Te estás acostumbrando?”; “sí”, le dije. Luego, me obsequió un librito pequeño de pasta roja: las Cinco Tesis del presidente Mao Tse Tung y una mochila verde bordada con varios colores. “Cuando regrese te traeré zapatillas”, me dijo;

él era así, serio pero amable. Siempre estaba contento de que yo formara parte del ejército rojo. Las zapatillas nunca llegaron, tal vez por eso caminé toda la estancia en la guerrilla con *ojotas de jebe* o botas de *siete vidas*,³⁵ que eran las más baratas en las ferias.

Ese día de su muerte llovió un poco por la mañana, pero pronto se despejó; corría el mes de junio de 1983. Como a las seis de la tarde llegó la noticia de la muerte de mi hermano. Lloré. Después, los sobrevivientes nos contaron con más detalle: "... estábamos 'cuadrando' carros,³⁶ cuando de repente apareció un convoy de marinos, ya no pudimos escapar; Rubén corrió hacia abajo". Una lanzagranada había destrozado la cabeza de mi hermano. Esa misma tarde lo habían llevado para que lo enterraran envuelto con la bandera roja. Nunca encontré la tumba de mi hermano. Solo me decían "allí está".

Faltas y pena de muerte a miembros del PCP

Una tarde fría de invierno, cuando estábamos pelando papas para cocinar, llegó el mensajero del PCP, como otras veces, trayéndonos noticias para ir a reunirnos esa misma tarde a las alturas de la comunidad de Rosaspata, en Tambo. "*¡Kunan punis rinaykickich!* (Hoy mismo tienen que desplazarse)", dijo a nuestros mandos de la Compañía 90. Fuimos esa misma noche y llegamos como a las cuatro de la madrugada, con la luna llena. Había muchos compañeros que llegaban ya de todas partes. Era una reunión general de todos los grupos de esta parte de la región.

Toda la mañana la pasamos descansando; unos cocinaban y otros hacían la vigilancia.

Ya en la tarde, el mando político de la región convocó a la reunión; estábamos presentes más de 120 guerrilleros. Cantamos himnos guerrilleros.

³⁵ Siete vidas porque se podía remendar los agujeros muchas veces. Solo se necesita un cuchillo, luego colocarlas a las brasas y presionar con otro retazo de *jebe*.

³⁶ Se cuadraba carros con varios propósitos: repartir volantes de propaganda, pedir colaboración o asaltar.

Luego, el mando político nos dijo: "En nombre del leninismo, maoísmo y pensamiento Gonzalo, esta reunión es para comunicarles que entre nosotros tenemos compañeros que han traicionado al partido y se han vendido, por lo que esta noche morirán". Y ordenó que los tomaran prisioneros. Agarraron a ocho guerrilleros: tres mujeres y cinco varones. Ellos también habían sido convocados, pero no sospechaban lo que les sucedería. Los sentenciados tenían entre 18 y 22 años. Estos compañeros guerrilleros tenían una permanencia de casi año y medio en el partido, dos de ellos eran camaradas y otros solo guerrilleros.³⁷ Según comentaban, estos compañeros pedían colaboración en la ciudad y en las comunidades campesinas, cuando se les encomendaba dicha tarea de recoger víveres, medicamentos, ropas y dinero, solo entregaban la mitad, quedándose con la otra parte; asimismo, otros se habían quedado más tiempo en sus vacaciones.

Atadas las manos con sogas de lana de llama, lloraban y pedían perdón. Para el partido no existía el perdón. Muerte o fidelidad. Debíamos cumplir estrictamente la tarea encomendada por el partido. Y volver a nuestro pueblo como los espartanos, con el escudo o sobre nuestro escudo. El morir envuelto con la bandera roja era digno, morir fusilado en presencia de todos era una deshonra.

Después del discurso de la muerte, fueron sentenciados a fusilamiento. Bajamos a una quebrada en la noche oscura y fría de junio. Ajenos al dolor humano de los compañeros presos, jalábamos de la soga cuando inútilmente intentaban escapar. La tumba ya estaba cavada. Uno por uno fueron fusilados; antes de morir se despidieron dándonos sus manos entre lágrimas, como lo hacían también otras veces. Otros sentenciados decían "¡Viva Gonzalo, viva Mao!", pero algunos solo gritaban de desesperación.

En dos fosas los enterramos, uno sobre otro. La noche se hizo más oscura todavía.

³⁷ Las masas eran los campesinos; los guerrilleros eran los militantes en las fuerzas territorial, local y principal. Los camaradas eran aquellos guerrilleros que habían pasado cierto tiempo manteniendo la fidelidad. Eran ascendidos en un ritual de reunión.

En muchas oportunidades sucedieron este tipo de muertes. Lo que más recuerdo es cuando el mando militar nos envió a formar en columnas de a dos. Luego, nos habló que entre nosotros había uno que se había quedado dormido en la vigilancia. Creo que casi todos nos quedábamos dormidos en algunas oportunidades. ¿Esto era el delito? Para el partido sí, estaba estipulado en el reglamento imaginario. La persona tenía que morir. Aparte de los mandos nadie sabía quién era aquél. Todos estábamos asustados. Nadie podía reclamar; no teníamos ese derecho. Dijo nuestro mando político: “Al que toque en el hombro cuando desfilen por mi lado, ese es el que no debe existir en el partido”; pasábamos con la frente en alto con el paso marcial de los rusos, nerviosos, esperando la palmada mortífera —como los apóstoles de Jesús esperando ver a quién le iba a tocar el pan remojado de la traición.

Al cabo de unos instantes, a un adolescente de 15 años le cayó la mano de la muerte. Fue fusilado con las manos atadas sin darle la posibilidad de réplica. Lo enterramos al lado del riachuelo que baja del lado oriental del cerro Razuhuilca.

También ocurrió un ajusticiamiento cierta tarde que habíamos regresado después de atacar y saquear una comunidad cercana de Tapuna. Habíamos traído muchas conservas de atún, galletas y caramelos.

La compañera Martha se había robado un atún y tres galletas antes de ir a la vigilancia, algún camarada la delató a nuestro mando, y esa misma tarde fue sentenciada a muerte. Como siempre estábamos sentados juntos, alguna vela alumbraba débilmente los rostros. En el partido no debía existir ningún ratero, pero nosotros sí podíamos robar a los comuneros. Nuestro mando nos preguntó sobre cómo debería morir Martha. Cada uno contestábamos diciendo: fusilada, con la soga, apedreada, colgada. “¿Y tú cómo quieres morir?”, le preguntó a Martha. No respondió nada. Así, fue ahorcada con la soga. No pudimos enterrarla porque estábamos en retirada, además no había ni pico ni pala para cavar la tumba. Así que la dejamos en una casa abandonada sin techo, corroída por el tiempo. A los pocos días, cuando pasamos por allí, los perros peleaban por su carne putrefacta.

La que murió más dramáticamente fue la compañera Fabiola. Estaba cocinando cuando le avisamos que los mandos la necesitaban. “¡Siéntense!”, nos dijeron; pero nosotros, con la frase “ahí nomás”, permanecimos parados. Ella era buena. Cuando cocinaba le salían con buena sazón todas las comidas. Sentada, por las tardes nos buscaba piojos en la cabeza, lavaba bien nuestras ropas cuando le tocaba el turno; pero estaba condenada a morir. ¿Cuál era su delito? Se había pasado en sus días de permiso como una semana; además, se había enamorado de un policía en Tambo. Los mandos habían encontrado un papelito en su bolsa, allí había escrito al sargento de policía que el fin de mes se encontrarían. Ella lloró ese día frente a la compañía que la condenó a muerte. Permaneció atada toda la tarde, nadie se le acercaba, ni le hablamos. Solo entre compañeros íntimos decíamos bajito: “pobrecita”. En la noche la ahorcamos. Nos encomendaron a cinco personas. Ella tenía mucha fuerza. Demoramos casi media hora, no podía morir. Por fin, la enterramos. Al día siguiente, la tumba donde la habíamos enterrado estaba vacía. Al mando encargado de ejecutar la muerte de la compañera le hicieron llamar, y él aseguró que la habíamos ahorcado hasta que desapareció su hálito de vida; pero le advirtieron que una falta más y sería fusilado. El cuerpo de la compañera Fabiola lo encontramos en el barranco, seguramente revivió y en su desesperación cayó al abismo. Algo increíble, decíamos. “La mala hierba nunca muere”, decían los camaradas.

Emboscada en Ruparupa

Fuimos en tiempos de la primavera de 1983 a Ruparupa, en la ceja (parte alta) de la selva de Ayacucho, después de practicar con explosivos cómo hacer volar a los carros militares. Cuando el sol se ocultaba entre los cerros del occidente, bajamos a la quebrada de Guindas cantando nuestro himno “La consigna”:

La consigna del momento es conquistar bases de apoyo.
Por ella dispuestos estamos nuestras vidas entregar.

Así serás de la tierra, así se te hizo el cielo.
 Nuevo Estado a construir con la fuerza del fusil.
 Las bases a conquistar nuevo Estado a plasmar.
 El futuro a construir con la sangre sujeta.
 Es orden de nuestra guerra
 conquistar bases de apoyo. Seamos los conquistadores
 con la luz del PCP, con mentes conquistadoras.

Fuimos 25 guerrilleros guiados por nuestros mandos, político y militar. Llegamos en tres días, después de cruzar frías y boqueradas (en forma de cañones) montañas.

A unos kilómetros de la carretera que va a San Francisco nos instalamos, cerca del río de Rurarupa. El objetivo de este viaje, como en otros viajes, era atacar a los carros militares que pasaban por la carretera hacia la selva o hacia Ayacucho. Para esto habíamos preparado, en la carretera, una bomba enterrada y conectada a la batería con un cable. Si pasaba un carro, con solo juntar los plomos en la batería, la bomba explotaría y los que estábamos cerca acabaríamos con todos y finalmente nos apropiáramos de sus armamentos. Ese era el plan.

Los días habían pasado. No aparecían los carros de los militares, solamente transitaban los carros comerciales. Ya estábamos cansados y ya no había víveres para comer. Así que empezamos a parar los carros y a pedir colaboración. Los que venían de Ayacucho nos daban pescados, panes, arroz, y los que venían de la selva nos daban frutas.

Cuando ya por última vez, por la tarde, paramos un carro, ahí venían dos policías vestidos de civil. Al darse cuenta comenzaron a dispararnos; respondimos con ráfagas de balas y cayeron muertos. En el carro traían cajas de municiones, uniformes, cascos, borceguíes y conservas.

Luego, como a las nueve de la noche, nos regresamos contentos, cantando himnos guerrilleros y comiendo las conservas de rancho frío³⁸ de los policías.

³⁸ Rancho frío: se trata de comida propia de militares y policías.

Celebraciones de triunfos y festividades

En los días festivos del PCP solíamos celebrar, pero de acuerdo con nuestras posibilidades económicas. Había tiempos en que nos emborrachábamos con cerveza, pero en otras veces solo tomábamos alcohol mezclado con agua y adicionado con azúcar quemado. También se solía festejar después de salir triunfantes de emboscadas militares o en los cumpleaños de los guerrilleros, en el día del inicio de la lucha armada (17 de mayo), en el triunfo de Stalin y de Mao Tse Tung.

Creo que fue en junio o julio, en una mañana fría, los guerrilleros con los fusiles bajo el hombro regresaron triunfantes, después de atacar al puesto policial de Churcampa. Ya mareados contaban sus peripecias, de cómo habían asaltado, cómo los policías miserables reaccionarios lloraban y que algunos habían escapado hacia el valle de Huanta. “¡Pobres perros cómo escapaban!”, decían. Ese día las masas degollaron dos carneros gordos. Todos estábamos íntimamente alegres. Fueron los tiempos en que el partido comunista se había expandido y consolidado con las comunidades campesinas. Todo el valle de San Miguel, Tambo, Huanta, Ayacucho, estaban con el PCP. Las noticias llegaban desde el Comité Central que en el año 1985 tomaríamos la ciudad de Ayacucho, que había acabado la explotación del hombre por el hombre; que los capitalistas yanquis ya deberían de abandonar nuestro país, que viviríamos en una nación sin humillaciones, donde habría comida para todos. No habría ricos ni pobres; los campesinos conducirían el destino del país. Así hablábamos y los campesinos también repetían lo mismo. Por eso, y por el triunfo en Churcampa, fue necesaria la fiesta, porque nos la merecíamos. La cerveza rondaba vaso en vaso. “¡Viva el PCP!”. “¡Viva!”, repetíamos. “¡Viva el camarada Gonzalo!”... El compañero Guillermo, que tocaba la guitarra, a veces nos hacía llorar con sus cantos: “*Pichiw, waychau qanmi yachanki wañunayta...* (Pichiw, tú sabes cuándo debo de morir)”. Los más jóvenes nos mareábamos rápido. No todos nos emborrachábamos; los mandos siempre solían separar a cuatro guerrilleros, uno de ellos tenía que ser camarada. Ellos nos cuidaban, solo podían probar unos cuantos vasos de cerveza; nada más. Así era. Esa

vez se emborracharon unos hasta quedarse dormidos en el suelo, otros hicieron relaciones sexuales llevando a sus enamoradas detrás de la casa o entre las rocas que abundaban en ese sitio. Pero esto último se hacía en privado, pues estaba prohibido tener relaciones amorosas, mucho más tener esposa; pues, ¿cómo una embarazada iba a correr si de repente aparecían los militares? Además, como guerrilleros, éramos compañeros de sangre, entregados totalmente al partido hasta nuestra muerte. Pero, como dicen los monjes, el hombre es de carne y hueso; nosotros también éramos así.

Ronderos de Yanamayu

A inicios de 1984 atacamos a los ronderos de Yanamayu. Esa vez éramos unas 150 personas venidas desde las comunidades cercanas de Tambo. Partimos de noche desde las alturas de Ccarhuapampa. Como a las 11 de la noche estábamos bajando a la comunidad de Yanamayu. Entramos en tres grupos. Sorprendimos a la vigilancia. Sonaron los *fales* (armamento automático) y se escucharon algunos gritos. Alertados con el sonido de las armas, comenzaron a sonar los silbatos por aquí y por allá. Se escuchaban gritos de auxilio. Pronto las casas comenzaron a arder en llamas. El ataque duró casi una hora. Luego, comenzamos a subir el camino de regreso. Cuando estábamos ya lejos, todavía ardían las casas. “Hemos matado como diez *yanaumas*”, comentaban los compañeros. Los comuneros de las bases de apoyo y nosotros, como siempre, veníamos cargados de cosas saqueadas de todo lo que se encontraba en las casas, pues así era la orden de nuestros camaradas de mayor jerarquía. Confiscar armas, alimentos y ropas.

Base militar de Tampi

En tiempo de invierno de 1984 fuimos con más de mil personas a la base militar de Tampi con el objetivo de emboscar y botar a los militares de esa zona. Llegamos en cinco días partiendo desde las alturas de Tambo. Las

personas, todos campesinos, iban juntándose en el transcurso del camino. Solo se avanzaba de noche. De día dormíamos en las viviendas, ocultos. La ruta fue a Huayao, Huayanay y Chaca. Atacamos como a media noche a los militares en Tampi. Primero prendieron las antorchas de trapos con kerosene todo el cerro de Tampi. En seguida dispararon directamente a la base militar. El objetivo era asustarlos con la superioridad numérica de guerrilleros y hacerlos correr al precipicio a los militares. Pero los militares nos respondieron con ráfagas de metralletas y nos hicieron retroceder. El regreso fue cansado por sueño y hambre. ¿Tanta gente dónde íbamos a comer?, nuestras *canchas* (maíz tostado) ya se habían terminado. Llegamos a Anchiuay, allí cocinamos *uqas*, *mashuas* y papas. Me enfermé allí; ya no pude caminar. Entonces dije: “Me quedo aquí y mañana los alcanzo”. “No puedes quedarte”, me respondieron. Entonces me llevaron los compañeros cargado en las espaldas, por turnos. Los demás compañeros masas se fueron a sus comunidades.

Comunidad de Tinka

En ese tiempo pertenecía al grupo denominado fuerza territorial. Este grupo se encargaba de buscar o de reclutar voluntariamente a los nuevos compañeros, o a coordinarse con las comunidades para comprar alimentos de la ciudad. Mi hermano murió estando en este grupo de fuerza territorial.

De tiempo en tiempo nos reuníamos con las masas. Todos venían a la cita puntualmente, nadie podía faltar, de lo contrario los mataban por irresponsables y no cumplir con el partido.

Una vez me tocó ir a una comunidad a mí solo. Era para avisar que teníamos misiones que cumplir. Nadie debía saber a dónde íbamos, ni nosotros mismos sabíamos. Solo teníamos que decir que el partido necesitaba su apoyo para tal fecha y que de esa comunidad irían diez personas; otras comunidades brindarían otros apoyos.

Esa noche, cuando entré a la casa, todos estaban sentados, *chakchando*³⁹ coca. Me recibió uno de los dirigentes. Me senté frente a ellos e hice el rito de entrada —como siempre se hacía— diciendo: “En el nombre de Marx, Lenin y presidente Gonzalo”. No sé qué más hablé. No sabía qué decir, solo repetía que luchamos por la justicia social, pero todo esto en quechua. Ya cuando terminamos la reunión escuché murmuraciones: “Cómo era posible que envíen a un niño, deben enviar a personas más grandes”, decían.

Caminamos por la noche hacia la comunidad de Tinka. “Estos ronderos son bravos”, decían nuestros mandos. Cuando llegamos cerca de la comunidad, la vigilancia se dio cuenta de nuestra cercanía y nos disparó con sus escopetas. Los que estaban en la posición de ataque contestaron con disparos de fusil. Con los sonidos de las armas, los ronderos de Tinka se despertaron. Gritaban: “¡Maten a esos terrucos!”. No matamos a nadie, más bien salimos con algunos heridos de parte nuestra.

Feria comunista en Rumi

Los guerrilleros que trabajaban en el pelotón de fuerza territorial fueron los encargados de comunicar, semanas antes, a las comunidades bases de apoyo la realización de la feria comunista. Así serían en el futuro los intercambios comerciales. Ese día izamos la bandera roja con la hoz y el martillo en el patio de la escuela de Rumi. Llegaron muchas personas de distintas partes. Los negociantes vendían panes, ropas, aguardiente. Había

³⁹ Viene de la palabra *akuy* en quechua (no es masticar la coca, sino solo retenerla en la boca presionando suavemente con los dientes). Cuando amanece el nuevo día, el campesino, las masas, ya están comiendo la sopa (comida de todos los días) de *chuñu* o maíz. Luego se dirigen a trabajar llevando reservas de coca en la bolsa para el *akuy*. Después de cada comida y dentro de los descansos se *chakcha* la coca. En la noche, el *akuy* es más prolongado; mientras *chakchan* conversan, cuentan sus experiencias y planean para el día siguiente. Existe un sentido de afecto hacia el vegetal acompañante. Siempre están mirando la coca, es el “amigo” más cercano después de los perros. En todas partes les “acompaña”. Lo primero que hacen antes de meter la coca en la boca es mirarla, cómo se ven las hojas en las palmas de sus manos. Ellos saben leer si les irá mal o no en el día.

tres grupos de vigilancia que resguardaban la feria, por si ocurriera cualquier enfrentamiento. Se jugó fútbol toda la tarde. El precio de cada producto estaba estipulado por los mandos del partido. La mayor parte de los productos fueron intercambiados por el trueque.⁴⁰ Había momentos en que cantábamos himnos guerrilleros, mientras la bandera roja con la hoz y el martillo flameaba bajo un cielo azul y el sol resplandeciente de ese día. En una esquina del campo deportivo, mientras jugaban nuestros compañeros guerrilleros, nosotros cantábamos de rato en rato:

Somos los iniciadores de la guerra popular,
formando destacamentos, desarrollando acciones.

Gonzalo hizo luz, forjó acero puro bebiendo de Marx, Lenin y Mao.
Son las masas las que aclaman organizar rebelión y las acciones que hablen con el poder de las balas.

Gonzalo hizo luz forjó acero puro bebiendo de Marx, Lenin, Mao. Derumbando viejos muros ya se despliega la aurora enarbolando optimismo desbordando el entusiasmo.

Curando a los heridos de guerra

Una tarde llegó Tania a la Compañía 90, era enfermera del PCR, venía de otro grupo guerrillero que operaba en Chungui. Eran los tiempos de sequía de 1984, y también el inicio de la violencia extrema. Días antes de la llegada de la enfermera habíamos sufrido ataques de los ronderos de Yanamayu. Ella se sentía cansada, no había otra enfermera con estudios en la medicina. Le sirvieron comida y se quedó dormida hasta el día siguiente. Cuando aún no había clareado el nuevo día, el mando político me dijo que la acompañara porque en otro pueblo, en otra base de apoyo, las masas estaban heridas y la enfermera necesitaba un ayudante.

⁴⁰ Trueque: transacción comercial de producto por producto.

La enfermera Tania había nacido en Arcángel y antes de incorporarse a las filas del PCP había trabajado en la posta médica de esa ciudad. Había que atender a muchas personas heridas. Ese día, los ronderos de Yanamayu habían atacado con armas blancas⁴¹ a las comunidades cercanas del distrito de Tambo, pues estas estaban aún con nosotros, eran nuestras masas.

Muchos campesinos habían muerto; otros, cortados del cuello, aún sobrevivían. Tenían muchas heridas en el cuerpo, habían sido punzados con cuchillo. Como ayudante, le alcanzaba gasa, agua oxigenada, y ella limpiaba y curaba las heridas. Había que decir a las personas enfermas que pronto se recuperarían, que no era nada grave; además, la lucha es por la justicia social, por el partido. Nunca lo contrario.

Así, desde ese día me quedé como ayudante y los dos caminábamos de comunidad en comunidad, de pelotón en pelotón, curando a las personas; donde caía la noche, ahí nos quedábamos en quebradas, frías montañas o en una casa campesina acogidos con el calor humano. Ella sabía bastante de la medicina tradicional, conocía muchas yerbas curativas. Yo conocí algunas plantas aromáticas, como el *yawarsunku*; para cicatrizar las heridas y paliar los malestares del frío, utilizábamos, *chilca*, *molle*, *cabuya* o *muña*.

Por el mes de noviembre de 1984 visitamos al Pelotón número 15, o sería el número 14, que había venido de Chilcas. Curamos algunos heridos de bala y enfermos de gripe. Habían preparado *wawas* (panes dulces), pues era tiempo de Todos los Santos. Solo estuvimos unas horas porque llegó un mensajero diciéndonos que un compañero herido de bala ya estaba por morir. Así era la vida del enfermero, correr siempre donde te necesitan.

El herido estaba tendido en el suelo sobre la frazada, las balas estaban incrustadas en toda la parte facial. Le decimos siempre que no es nada grave, que pronto sanará; y que ya estamos entrando en la lucha final. Él sobrevivió dos meses. Luego lo enterramos envuelto con la bandera roja en una quebrada espinosa entre cactus, tunas y cabuyas.

⁴¹ Armas blancas: todo armamento no sofisticado: cuchillo, hacha, flecha, fierros con punta, etcétera.

Los heridos aumentaron en número, llegamos a tener unos 20. Algunos llegaron con los brazos destrozados; otros, heridos por las esquiras. Se hizo difícil la atención porque en aquellos tiempos casi todas las comunidades comenzaron a organizarse en rondas campesinas, en *yanaumas*. Nos comenzaron a perseguir. Nos retiramos a la ceja de la selva. Era difícil trasladarse con los heridos. Tenían brazos y piernas agujerados por las balas del Ejército. Caminábamos despacio y cuando escuchábamos el sonido de los helicópteros nos echábamos al suelo. Algunos de nuestros compañeros que ya tenían las balas agujeradas e incrustadas en el cuerpo emitían un olor putrefacto, hasta los gallinazos nos rondaban en el cielo, seguro atraídos por el olor nauseabundo. Pero aún vivían. No hacían vigilancia, pero leían los libros de marxismo y los folletos del presidente Gonzalo. Esas montañas de ceja de la selva siempre estaban cubiertas de neblina. Eso era bueno, porque los enemigos difícilmente podían ubicarnos. Pero no había nada para comer. A veces nos pasábamos días enteros esperando a las vizcachas o venados para cazarlos como los hombres más primitivos, con piedras y lanzas improvisadas. Alguna vez atrapamos a un venado y comimos y lamimos los huesos hasta que estuvieron como corroidos por el tiempo; pero otros días no había ni agua para beber. Murieron cuatro heridos; no los enterramos, ni teníamos banderas rojas para envolverlos. Eran los tiempos más difíciles que habíamos pasado.

Dejé de ser enfermero cuando me hicieron llamar para una reunión en las alturas de Uchuraccay. Cuando regresé después de algún tiempo a las montañas de neblinas, la compañera enfermera solicitó permiso a mi mando para que me quedara con ella, pero mi mando no aceptó. Fue la última vez que nos encontramos con Tania; espero que esté bien donde quiera que esté ahora.

Ascenso de militante a camarada

Estábamos en las alturas de Uchuraccay cuando llegó un alto camarada de jerarquía. Tenía cuatro personas de contención que lo resguardaban.

Era amable, pero serio. Nos habló de cómo íbamos en la lucha que habíamos emprendido; “*allinmi kachkaniku compaṇeru* (sí, sí, bien)”, contestábamos. El camarada, mando político de toda esta parte de la región, había venido para alentarnos diciendo que ya estábamos cerca de tomar el poder, y a ascender al rango de camarada a sus militantes guerrilleros. Uno de los requisitos para llegar a ser camarada era haber demostrado la fidelidad al PCR.

Durante una semana estudiamos para ascender de militante guerrillero a camarada.

Éramos como 15 candidatos para ascender. Entre todos los llamados solo yo era un joven adolescente. Al sexto día de la charla ya estábamos reunidos, listos para ser camaradas. Entró el camarada encargado y después de saludarnos a cada uno nos dijo: “*Kusisqam kani qankunawan* (Estoy contento con ustedes)”. Todo era silencio. Era una noche clara. La vela pegada en la pared alumbraba el rostro de los guerrilleros; mientras, la luz tenue de la luna aparecía por la puerta dando al cuarto una extraña iluminación. No corría ni la más leve brisa que le hiciera parpadear a la vela que nos alumbraba. Todo estaba quieto y silencioso. Era una de esas típicas noches en las que a uno le apetecía salir y pasar largos ratos escuchando a los grillos chirriar y a las ranas croar; pero esa noche, hasta los grillos permanecían quietos. Me daba la impresión de estar paseando por las hojas de los libros escritos por los camaradas. El camarada encargado comenzó a cantar:

Somos los iniciadores de la guerra popular,
formando destacamentos, desarrollando acciones.
Gonzalo hizo luz, forjó acero puro
bebiendo de Marx, Lenin y Mao.
Son las masas las que claman organizar rebelión
y las acciones que hablen con el poder de las balas.
Gonzalo hizo luz, forjó acero puro
bebiendo de Marx, Lenin y Mao.
Derrumbando viejos muros
ya se despliega la aurora.

El tono de la canción se nos sumergía hasta el tuétano y nos hacía sentir necesarios para aquellos que clamaban justicia social. El dolor y el hambre desaparecían por un momento. El rito terminó con abrazos y vivas al PCR.

Ronderos de Guindas

Antes, en la comunidad de Guindas habíamos pasado la vida; sus habitantes nos alojaban y nos daban a sus hombres para combatir a las fuerzas del orden, a los miserables. Nos daban de comer, sobre todo sus choclos, duraznos y guindas en los meses de febrero y marzo. Pero ahora se habían levantado contra el partido; se volvieron *yanaumas* y teníamos que acabarlos pues habían traicionado al partido, creyendo a los reaccionarios, chupasangre. Pensábamos que estos cabezadura no entendían el propósito del partido.

Una tarde, en tiempo de *puquy* (tiempo de lluvia) en 1985, nuestros mandos nos llamaron a mí y a mi compañero Jorge. Iríamos a sacar el plano de la comunidad de Guindas para ir a atacar, porque de alguna manera nosotros conocíamos bien a esta comunidad. Era riesgoso ir hasta allí. Siempre se acostumbraba ir de noche hasta las proximidades de la comunidad, luego, esconderse y vigilar el movimiento de la gente y realizar el croquis. De estas misiones algunos no volvían nunca; seguramente los descubrían y los asesinaban.

Ese día partimos desde las alturas de Uchuraccay. Estas comunidades campesinas estaban desoladas. Los comuneros se desplazaron a las ciudades o a la selva. Solo los pájaros volaban por doquier, ocupados en sus comidas. El aire frío de Razuhuillca azotaba las montañas solitarias y nuestros cuerpos. En el camino mi compañero me dice que no llegásemos a la comunidad porque era muy riesgoso, yo tampoco quise llegar, pero no tuve el coraje de decírselo; así, nos quedamos en una casa abandonada lejos de la comunidad de Guindas. Había habas en el huerto. Cocinamos de noche. Todo el día dormimos. Ya en la tarde tomamos el camino de regreso. La Compañía 90 nos esperaba en las alturas de Uchuraccay, en una

cueva. Les contamos algunas peripecias como si realmente hubieran ocurrido. Si alguien de los “mil ojos y oídos” nos hubiera seguido, habríamos muerto repudiados por nuestros mismos compañeros; porque sentados cómodamente en la choza, lejos del campamento de los ronderos de Guindas, dibujamos el croquis y los movimientos de los comuneros. Hemos convenido no hablar de la desobediencia que estábamos haciendo, hasta ahora, pero ahora ya está escrito.

Al cuarto día después entramos a atacar a esta comunidad. Nosotros fuimos guías. Ese día, gracias a no sé quién, estaba despejado el cielo, había luna llena, y fácilmente se podía distinguir el camino, yo lo conocía pues durante meses había andado por aquí curando a las personas. El campamento estaba junto al río de Guindas, la carretera a la selva también pasaba por allí. Había mucho lodo. Llegamos cerca al campamento. Los más jóvenes nos quedamos como vigías, escuchando los silbatos de los *yanaumas*, un poco lejos de la zona de ataque. Como siempre, sonaron tiros de balas; y las casas comenzaron a incendiarse. Algunos guardias de la ciudad de Tambo hicieron sonar sus armamentos.

Crítica y autocrítica

Las sesiones de crítica y autocrítica se realizaban normalmente cada 15 días sin falta. Eran reuniones de carácter serio para evaluar el comportamiento del guerrillero en las filas del PCP; un espacio para amonestar o felicitar a los combatientes.

Supuestamente, el PCP tenía “mil ojos y mil oídos”; por eso todas las cosas ya eran conocidas. No había por qué mentir, solo faltaba manifestarse públicamente. Mientras el guerrillero se confesaba, guardábamos silencio. Decíamos: “¡Hice con flojera la vigilancia en la noche, falté el respeto a mi compañero!”, etc. Era pues, una confesión pública. Nunca decíamos las faltas graves como quedarse dormido en la vigilancia. Luego venía la crítica en estos términos: “¡Tú compañero te demoras en levantarte para la vigilancia, te veo aún individualista!”. Y el aludido solo asentía con la cabeza.

Tiempos de hambre

“A los incas dicen que no les faltaba la comida; los españoles son los que han traído el hambre”, así decían algunos camaradas. Yo soñaba con harta comida, papa, yuca, arroz; como comía al lado de mi madre, pero al despertarme solo sonaba mi estómago. Y nos mirábamos como esos perros escuálidos del cuento de Ciro Alegría. Pero el partido estaba ahí, siempre adelante. En el partido comíamos de un solo plato porque, aparte de que era costumbre comer de este modo, a veces solo encontrábamos unas cuantas papas y agua para cocinar. Nos sentábamos en círculo, el compañero o la compañera que había cocinado servía la sopa en un plato, y el mando ordenaba: “Hoy vamos a comer solo una cucharada de sopa”. Así era en esos tiempos, un bocado de sopa, creo que ni llegaba al estómago.

Podíamos caminar descalzos, con piojos en la cabeza, pero sin comer no se podía. Por eso pensábamos y soñábamos: cuando triunfemos, ya en la vida del comunismo, comeremos harto.

Cuando ingresé al movimiento todavía se comía bien, pues en cada pueblo los comuneros nos preparaban diversas comidas. Luego, cuando se volvieron *yanaumas*, ronderos, nos retiramos hacia las montañas altas donde no había comida. De vez en cuando bajábamos al pueblo para robar los alimentos. Otras veces nos esperaban los *yanaumas* y regresábamos sin comida. Nos habíamos vuelto rateros. Así, en esta vida, estábamos siempre pensando cómo robar los alimentos, confiscar los armamentos. Por eso, cuando entrábamos a las comunidades, después de quemar sus casas y matar a los *yanaumas*, lo primero que buscábamos era la comida y luego las ropas. Nos llevábamos todo lo que podíamos encontrar, era el botín de guerra. Pero no siempre podíamos disfrutar del saqueo; algunas veces nos emboscaban y entonces nos quedábamos sin nada.

Recuerdo siempre cuando nos alimentábamos de carne de caballo, era un poco esponjosa y semidulce, pero sabrosa. En mi comunidad solo la comían los perros y los buitres. Para mis paisanos de mi comunidad, la carne de caballo apesta; pero nosotros necesitábamos alimentarnos. No éramos perros ni buitres, sino guerrilleros hambrientos y en ese extremo

todo se valía. No había repugnancia o asco. Por eso, esa mañana habíamos agarrado un caballo viejo que paseaba por los cerros, abandonado por sus dueños, y lo matamos. Le cortamos el cuello, y se veía cómo la sangre chorreaba a la olla mientras afilábamos nuestros cuchillos en las piedras toscas para despellejarlo. Todo era alegría, hasta que aparecieron los helicópteros con ese traqueteo ensordecedor que aterrorizaba hasta a los *ichus* de la *puna*. Los “cachicachis”, así llamábamos a los helicópteros, comenzaron a aterrizar cerca de nuestro campamento, seguramente guiados por el humo que salía de nuestra cocina; mientras nosotros, siempre en orden, corrimos hacia las rocas de la montaña dejando, como en otras tantas veces, los chicharrones de caballo con las presas apenas recién colocadas en la olla. Ese día no comimos nada. Solo nos pasamos pensando en el caballo. Ya por la tarde había nevado un poco, el cerro Razuhuillca, el Apu Wamani Razuhuillca como lo llaman los campesinos, se cubrió de nevada. Estábamos en la cúspide del Apu, y allí comimos sal con nevada.

Los militares se quedaron en nuestro campamento y extendieron su carpa verde oscuro. Nosotros no teníamos carpa, vivíamos en las cuevas, eso era nuestro campamento. No teníamos *sleeping bag*, solo *ichus* para amortiguar nuestras espaldas y unas frazadas sucias, llenas de pulgas y piojos.

Los vigías nos informaban que habían llegado más patrullas militares. Nosotros estábamos en un sitio estratégico; solo los vigías miraban desde lo alto del cerro el movimiento de los militares.

Los militares no solo se quedaron una tarde, sino una semana. Una semana larga para nosotros, como una larga sequía. En la noche, los jóvenes guerrilleros bajaban a buscar alimentos que estaban escondidos entre las rocas. En la mañana llegaban con su *qipi* de papas secas y habas apollilladas a la espalda. Comíamos crudo porque no había olla ni leña para cocinar.

Otra noche, cuando fueron por alimentos, ya no regresaron; pensamos que los militares los habían sorprendido o tal vez habrían desertado. Ese día no comimos nada, ni los días siguientes. Nuestros estómagos estaban vacíos, solo comíamos sal con nevada. Estábamos flacos. Los compañeros

comenzaron a toser. Al sexto día dos de nuestros compañeros amanecieron muertos. Los mandos decían: “Estamos haciendo historia”, pero ya no escuchábamos los demás discursos. Arrastraron a los muertos entre las rocas.

Rosaura, después de dos años, había vuelto nuevamente a esta Compañía 90. Ella también estaba escuálida igual que yo. Tenía ojos hundidos, pómulos sobresalientes y cabellos desordenados. Así, harapientos, aún teníamos fe en nuestro presidente Gonzalo, que tal vez podría aparecer con *cachicachis* y arrear a los militares. Pero no, nunca apareció. Siempre era invisible. Y, de seguro, por eso me dijo Rosaura, esa tarde: “¡*Hakuchik!* (¡Vámonos!)”. Respondí que no podía caminar; entonces me hizo morder alguna raíz que crecía entre las rocas. Esa noche bajamos al campamento militar para entregarnos como arrepentidos. La noche se hizo larga, nos tropezábamos a cada rato entre las piedras. Pensábamos: ¿los militares nos fusilarían o nos perdonarían? Para nuestro partido, si se enteraban, ya éramos traidores. Cuando amanecimos en el campamento, con nuestros ojos nublados, no podíamos creer lo que estaba ocurriendo: había latas semiabiertas de rancho frío en el suelo. No nos importó si estaban envenenadas o no las sobras de comida. Comimos tendidos en el suelo. Los militares se habrían ido como a medianoche. Había papas sancochadas. Hasta encontramos sobras de leche condensada. Rosaura regresó a la base de nuestro partido llevando papa sancochada; diría que habíamos ido por alimentos ya que ellos ya no podían caminar; que nuestro compañero Carlos (yo) estaba cocinando allá abajo. Coman esto y bajemos; ya no están los militares. Yo seguía comiendo las sobras.

En otra fecha, un pelotón escogido de 18 personas, entre mujeres y varones, fuimos a las alturas de Calicanto, zona donde comienza la ceja de selva de Ayacucho. Llevamos varios armamentos: fusiles, escopetas, granadas piña y lanzagranadas. Nuestro objetivo era destruir algunos campamentos de los ronderos y conseguir alimentos “cuadrando” carros. Así, salimos cantando *Belachao*, desde las alturas de Uchuraccay, despidiéndonos de nuestros compañeros que se quedaban.

Una mañana de sol radiante,
 oh belachao, belachao, belachao, chao, chao, chao,
 una mañana de sol radiante tendré en mis manos al opresor.
 Es mi deseo seguir luchando,
 oh belachao, belachao, belachao, chao, chao,
 es mi deseo seguir luchando con el martillo y con la hoz.
 Y si yo muero en el combate,
 oh belachao, belachao, belachao, chao, chao,
 y si yo muero en el combate toma en tus manos mi fusil.
 Soy comunista toda la vida,
 oh belachao, belachao, belachao, chao, chao,
 soy comunista toda la vida y comunista he de morir.

Cuando pasamos por la carretera en Tapuna, lugar obligado de paso, paramos algunos carros. Pedimos colaboración y nos dieron fideos, conservas y frutas. Luego continuamos caminando en la noche oscura tomados de las manos. Habíamos caminado toda la noche descansando de tramo en tramo. Cuando nos cansábamos, los mayores guerrilleros nos cargaban en su espalda. Al amanecer llegamos a las alturas de Calicanto. Todo el día dormimos.

En los días siguientes, la comida que habíamos adquirido se acabó. Los mandos planeaban el ataque a los ronderos.

Una noche, cuatro de los compañeros que hacían vigilancia desertaron. Sus armamentos los habían dejado detrás de la puerta. No teníamos información hacia dónde se habían dirigido. Los mandos estaban rabiosos y nos advirtieron que si alguno pensaba desertar seríamos fusilados. ¿A donde habrían ido? Los militares mataban si encontraban a los desertores y los ronderos estaban ansiosos de cobrar venganza. Hasta ese momento, quedábamos 14 compañeros. Hicimos reunión y revisión de vida. Allí acordamos atacar a una comunidad de ronderos que había en las alturas de Yanaorcco. Una semana después entramos al campamento de la comunidad. El asalto fue planeado días antes: entrar sigilosamente a la comunidad, burlando a los vigías, y prenderles fuego a las casas con los *yanaumas*

dentro. Así fue. Estábamos en guerra, había que eliminar a los que no entendían la revolución. Nos llevamos sus alimentos. Cuando estábamos ya bastante lejos, nos dimos cuenta de que nuestro mando político no estaba con nosotros. ¿Habría sido muerto por los ronderos? Meses después nos enteramos que había desertado a la ciudad de Huanta. Estábamos con ansias de matar al desertor.

Después de un mes de estancia en la ceja de la selva, en Calicanto, de los 18 guerrilleros que salimos de nuestra base solo quedábamos seis. Ya no teníamos mandos, entonces teníamos que elegirlos. Era urgente. No demoramos mucho en designarlos, pero sea cual fuere la situación, siempre se hacía con seriedad y con los ritos aprendidos de saludar primero a los pensamientos guías de Marx, Lenin, Mao y Gonzalo; levantar la mano en puño y hablar con voz enérgica: “¡*Arí compañero!*! (¡*Sí compañero!*!)”. En esa reunión pequeña, pero significativa, fui designado como mando político, tres meses antes de cumplir mis 14 años; había llegado a la jerarquía más alta a pesar de mi corta edad y de ser analfabeto. En esa reunión había mayores que yo, pero yo era el único que tenía el rango de camarada, no quedó más opción que elegirme. Días después, tomé la decisión de volver a la base de la Compañía 90, fueran cuales fueran los obstáculos que se nos presentaran. Tomé los armamentos del mando político, una pistola automática y un fusil liviano HKM con la culata plegable, cada uno con tres cacerinas (accesorio militar donde se guardan las municiones). Cruzamos montañas solitarias; Tapuna, alturas de Iquicha. Caminábamos con hambre y dormíamos entre los *ichus* hasta que se ocultasen los rayos del sol para luego continuar el viaje, pues de día no podíamos caminar porque los ronderos venían a trabajar a sus *chacras* en la mañanita y se regresaban como a las cinco de tarde a sus agrupaciones. Si nos divisaban, seguro que nos matarían.

Nos encontramos con la Compañía 90 en las alturas de Uchuraccay, allí mismo de donde habíamos partido. El PCP estaba diezmado. En la tarde, al ver nubes negras en el cielo, nos dirigimos hacia las cuevas para buscar un refugio.

Prisionero

Eran los últimos días de marzo de 1985 cuando caí prisionero en una emboscada militar, en un rincón rocoso de la parte alta de Huanta, al pie del majestuoso nevado de Razuhuillca.



Cerro Razuhuillca, lugar donde caí prisionero. Foto: Isabel, 2008.

Un día antes por la mañana, junto con Rosaura, habíamos ido a traer una sal que estaba escondida tras un cerro alto, entre las piedras, en las guaridas de las vizcachas; así teníamos la costumbre de esconder la comida, pues de lo contrario los militares y los ronderos se la llevaban o la quemaban. Caminamos mucho tiempo conversando; nos preguntábamos detalles minuciosos, como si estuviéramos despidiéndonos para irnos lejos y no volver a vernos nunca. Si hablaran aquellas rocas, como dicen los campesinos, nos habrían dicho no vayan, regrésense, hay peligro; pero no fue así. Los cerros a veces no hablan, son tan ajenos, tan iguales como los hombres insensibles o como nuestros mandos sin compasión.

Rosaura había sido asignada hacía un año a la Compañía 90 y nuevamente pudimos reencontrarnos. Los militantes del partido comunista te-

níamos que estar rotando de lugar en lugar, pasando por diferentes pelotones. Con ella me conocí cuando ingresé al PCP. Rosaura siempre traía algún pan cuando iba a cuadrar carros y comíamos en la vigilancia a escondidas. A veces ella pensaba en desertar: “Será en mayo”, decía, “nos iremos para mi cumpleaños”. Estas cosas se decían solo en secreto; pues apenas se enteraban los camaradas, enseguida fusilaban. Sí, pensábamos en abandonar el PCP. Es verdad que los cantos nos internalizaban que éramos de acero, pero éramos humanos, niños, campesinos gritando entre las rocas inertes sin que nadie nos escuchara. “Yo vine por mi hermano”, le decía; “lo sé”, me contestaba ella, “pero no solamente has venido por tu hermano, el PCP nos necesita, el Perú nos necesita”. “Yo —continuaba ella— estaba sentada frente a mi casa, cuando de repente entraron los partidos a mi pueblo. Ese día mataron al presidente de mi comunidad”. Tantas cosas nos contábamos mientras comíamos raíces de las alturas, cuando nos tocaba vigilar. Otras veces subíamos aún hasta las peñas más altas en busca de frutillas dulces que colgaban verdinegras. Ella me seguía diciéndome: “Mi papá murió en una emboscada militar; desde ese día solo pienso en vengarme de los militares. Una tarde ya no fui a mi escuela, me vine para unirme al fantasma que recorre el mundo, al fantasma del comunismo”. Por entonces ya teníamos hambre y, cuando bajábamos de regreso después de encontrar la sal, divisamos a un grupo de compañeros que regresaban de la ceja de la selva, ellos habían ido a cuadrar carros. Llegamos donde ellos y estaban cocinando habas y choclos frescos. Nos aprestamos a saludarles cuando, de repente, el vigía vio que los militares ya estaban cerca. Comenzamos a correr. Luego sentimos una balacera, corría bala por todos lados. Seguimos corriendo, desesperados, no queríamos morir. Rosaura corría a mi costado. Más adelante una bala destrozó su brazo, pero aún así corría; otra bala le atravesó por la espalda, y Rosaura cayó, ya no pudo levantarse. Más allá otros compañeros cayeron destrozados por las balas. Una lanzagranada me ensordeció y me hizo caer al suelo. Me levanté y seguí corriendo desesperado. Tras un cerro, ya bastante lejos, cansado, no creía que estuviera vivo; toqué mis brazos, y solo vi algunos agujeros de balas que habían traspasado mi chompa negra. Lloré.

Llegué al campamento cercano al cerro de Razuhuillca. Todos estaban tristes por la muerte de los compañeros. Uno en uno llegaban los compañeros, algunos heridos de balas y otros asustados. Esa tarde llovió, pero pronto despejó. Era el mes de marzo de 1985. Nos cocinamos papas y comimos con carne de caballo. Había muchos enfermos, heridos y con tuberculosis. Esa tarde, por última vez, curé a los heridos ayudado por mis compañeros. Hicimos hervir agua de raíces de las alturas y limpiamos las heridas diciéndoles —como había aprendido— que no es nada grave, que pronto se sanará, que pasaremos a la historia como héroes.

Al clarear el nuevo día, los vigilantes nos avisaron que los militares ya estaban cerca de nuestro campamento. Pronto, por encima nuestro comenzó a cruzar la balacera. Disparaban tantas balas, lanzagranadas, cohetes de mortero, que hacían retumbar las rocas. Corrí junto con los enfermos, pero más allá no había cómo escapar. ¿Qué hacer? Simulando, como si una bala me hubiera quitado la vida, me resbalé por una roca entre la balacera y me quedé tendido boca abajo en el límite de la roca. Permanecí inmóvil en el suelo, casi media hora, aún seguía la balacera. Pensé en mi partido comunista, en mi hermano Rubén, en Rosaura que estaría tendida en el suelo empapado con su sangre, en fin, la muerte llegaría en cualquier momento, para eso estábamos preparados, para derramar la sangre por el pcp. Si no me hubieran visto los militares, les habría contado con detalles a mis compañeros cómo los soldados pasaban por mi costado sin verme; pero no sucedió así, el azar cambió la historia de mi vida: un soldado me vio y me apuntó con el dedo en el gatillo de su arma. No dije nada. Él gritaba diciendo que había encontrado a un terruco. “¡No lo mates!”, le dijeron desde más allá. Después muchos militares me rodearon e hicieron que me levantara. Luego me condujeron ante el teniente que era el jefe de la patrulla. Me preguntaron muchas cosas traducido⁴² por los ronderos que venían acompañándolos. Estaban rabiosos por no haber aniquilado a todos y no haber quitado ni un solo armamento. “Ya es demasiado tiempo que les he-

⁴² Hasta esa fecha solo hablaba en idioma quechua, claro que sabía algunas palabras del español como para tomar notas en el cuaderno de guerrillero, pero no lo dominaba.

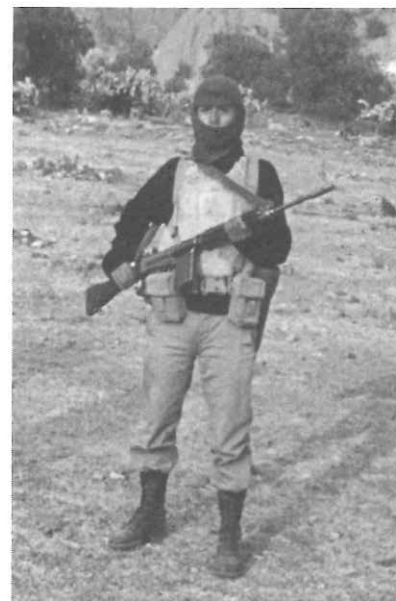
mos dejado vivir”, murmuraban. “Acabémoslos de una vez”, dijeron al fin, “¡mátenle!”, decían los ronderos. Creo que algo así entendí. Mi final parecía que se acercaba. Tanto tiempo que había caminado, comido o sin comer, en frío y sin ropa, para morir así, triste, sin poder defenderme. No estaba para llorar. Dijeron que me alejase un poco y me sentase sobre una roca; pensé en correr, pero de todas maneras moriría. Además era camarada, debía morir con honor envuelto con bandera roja. Sentí rabia con los militares y mis compañeros, que teniendo muchos armamentos ni siquiera disparaban para ahuyentar a los soldados. Sonaron varios tiros al unísono; sin embargo, yo aún seguía vivo. Entre carcajadas escuché otros disparos más, mis ojos comenzaron a lagrimear. “Hombre, no es tanta cosa como para llorar”, dirían los que presenciaban desde lo alto del cerro. Yo pasaba saliva con dolor y respiraba casi con esfuerzo, mi cuerpo estaba temblando; de pronto mis ojos se nublaron y ya no distinguía nada frente a la posibilidad de ser visto por los fusiladores de verdes uniformes con pasamontañas negros. Sin embargo, siempre he recordado esos últimos momentos de mi existencia —creía yo— antes de que las balas destrozaran mi cuerpo; quizá por eso ahora tengo miedo a la oscuridad y a la muerte. Estaba totalmente ciego. Unos instantes más y habría muerto. Intenté gritar torpemente, como aquellos camaradas que cayeron en la lucha; había que sobrevivir gritando ¡Viva Gonzalo! ¡Viva Lenin! ¡Viva Marx! ¿Esto será la muerte?, pensaba. Comprenderán mis amigos cuán difícil es contar todo; por lo pronto, esto ayudará a entender que la historia de guerrillero terminaba y otra página se abriría muy pronto.

Cuando volví en mí, el teniente me estaba hablando —traducido por unos ronderos que habían venido con la patrulla— y me pedía guiar el camino de regreso a la base militar.

Durante todo el camino los ronderos pedían a los militares que me mataran. Decían en quechua: “*Wañuchiychik chay terrucuta, paykunam, kaynachakunallam wasiykuta cañara* (Mátenle a ese terruco, ellos, así pequeños han quemado nuestras casas)”. Pero los militares ni entendían ni prestaban atención.

PARTE II

TIEMPOS EN EL CUARTEL MILITAR



En patrulla militar en 1993.
Foto: José María.

Primer año en la base militar

¡Sí señores, aquí vienen!

Militares,

abran paso,

buenos días,

te saludan

los Cabitos.¹

Terruquito

si te encuentro,

comeré

tu cabeza.

1, 2,

3, 4.²

Muy temprano, con el canto y la voz militar, formados en tres columnas y con el fusil terciado al pecho, corríamos por las calles de San Miguel mientras la gente andaba ocupada en sus quehaceres cotidianos. Algunos niños nos seguían corriendo hasta cierta parte —como los perros siguen a los carros cuando los ven, como queriendo morderlos y destrozarlos.

Una hora después regresábamos a la base militar, cansados de correr y de gritar. Inmediatamente se pasaba a las duchas de agua fría para luego dirigirse a paso ligero a tomar avena con dos panes. A las ocho de la mañana se pasaba lista.³ Había que formarse en columnas de a tres en fondo; se izaba la bandera al toque de la trompeta. Nosotros formados, sin hacer ningún movimiento y saludando con la mano derecha a la altura de la sien, cantábamos a boca llena el Himno Nacional. Luego, la rutina del día cambiaba. Algunos días se descansaba, se jugaba fulbito (fútbol), pero siempre

¹ Nombre de un regimiento militar en Perú.

² Canto militar que se entonaba solo en el ejercicio de carrera.

³ Rutina de formación en el Ejército para verificar a la tropa y tomar acuerdos de las actividades del día.

había que limpiar el ánima (cañón) del fusil, tenerlo listo para patrullar. Así, tan de repente, ya estaba yo con los militares; corriendo, comiendo, dando información. El partido me habrá repudiado, o tal vez hayan pensado que morí lanzando vivas al presidente Gonzalo, entonces los camaradas habrán dicho a los guerrilleros: “¡Así debemos de morir para pintar nuestra bandera!”

En las filas del partido, el reloj era importante; a las siete era la reunión, a las cinco se hacía la revisión de vida: crítica y autocrítica; si no había reloj, se calculaba el tiempo con la luna y el sol. En cambio, en el Ejército todas las llamadas eran con trompeta. Para levantarse, para hacer ejercicio y para las comidas —“se quema la papa, se quema el arroz...”— sonaba la corneta; para dormir tenías que esperar el toque de silencio de la corneta.

Así, mi utopía socialista caía en el horizonte como el sol para nacer a un nuevo día muy distinto.

El teniente jefe de patrulla, que después de mi captura me pidió lo guiara hasta el camino de regreso a la base militar, luego de haber quemado mi ropa de harapos y convertirme en soldadito, una mañana, después del trote por las calles de San Miguel, me preguntó si quería estudiar; entonces respondí de inmediato: “Sí, mi teniente”, con voz enérgica, así se respondía en la vida militar. Me matriculó en la escuela primaria de “Varones” a tercer grado “B”. Estudié hasta el mes de julio de 1985. Recitaba los días lunes en el patio de la escuela, cuando los niños estaban formados, un poema de Alejandro Romualdo que dice:⁴

Lo harán volar con dinamita.

En masa, lo cargarán, lo arrastrarán.

A golpes le llenarán de pólvora la boca. Lo volarán:

¡y no podrán matarlo!

Le pondrán de cabeza

Sus deseos, sus dientes y gritos.

⁴ Alejandro Romualdo nació en Trujillo, Perú, el 19 de diciembre de 1926. Fue poeta y periodista. Ganó el Premio Nacional de Poesía en 1949.

Lo patearán a toda furia. Luego lo sangrarán:
¡y no podrán matarlo!

Luego escuchaba aplausos de los niños y profesores y eso me llevaba en mi memoria hasta la escuelita de Killa, donde recité por vez primera este poema que hizo conmover mi alma. Mis calificaciones salieron bien. Luego, la base militar se trasladó a la ciudad de Huanta para reemplazar a la infantería de marina. Continué mis estudios en Huanta gracias al apoyo del teniente. Pero los oficiales militares nunca se quedaban más de dos o cinco años en un solo cuartel, sino que los rotaban; así que se fue mi “padre” militar. Desde esa fecha nunca más volví a verlo; sin embargo, después de un año recibí de él un regalo de Navidad con muchas cosas y dulces.

Hasta ese momento no sabía noticias de mi familia. No tenía ningún documento. Un profesor amable tramitó mi partida de nacimiento. Desde ese año pertenezco a esa provincia maravillosa de Huanta que me acogió y donde he podido aprender sus tradiciones y costumbres.

Muchos años viví en el cuartel militar Los Cabitos N.º 51. A la mayoría de edad comencé a prestar el Servicio Militar Obligatorio (SMO), cuando por vez primera reclutaron a los jóvenes ayacuchanos para el servicio militar. Después de cumplir con el SMO me reenganché⁵ como instructor militar, ya ganaba mi platita (dinero).

Huanta, la Esmeralda de los Andes

En el mes de agosto de 1983, yo había llegado por primera vez a las cercanías de la ciudad de Huanta, cuando aún era militante del PCR, al cruzar las montañas frías de la comunidad de Huamanguilla. Aquella vez vinimos trayendo mensajes a otra compañía guerrillera que laboraba en los valles

⁵ Se le llama reenganchado al soldado que después de haber cumplido el servicio militar se queda desempeñando alguna carrera, como chofer, comunicador, instructor militar, músico, etcétera.

de Huanta. Después, en 1985 llegamos a Huanta en seis carros militares desde San Miguel. Sentados cómodamente encima de colchones y carpas, mientras corría el carro conversábamos de la nueva base militar. Los cabitos decían: “¿Cómo será?, ¿habrá flaquitas?”⁶ Los carros levantaban polvareda; los soldados iban con la bala lista en la recámara para disparar y los jefes en la caseta, al costado del chofer, fumando de vez en cuando cigarrillos. Cuando llegamos a la comunidad de Macachacra, después de cinco horas de viaje, nos llenamos los ojos de horizonte: la vegetación que se extendía a lo largo del río Cachi. En este territorio de grandes contrastes geográficos, históricos, se podían leer las acciones escritas por la naturaleza y, sobre todo, por el hombre: un pueblo que ha sufrido en los años de 1980 y 1990 la violencia de Sendero Luminoso (SL), de los militares y de las rondas campesinas. La canción de Ricardo Dolorier, cantada por Martina Portocarrero, nos identifica: “Por cinco esquinas están, / los sinchis entrando están, / van a matar estudiantes, / huantinos de corazón, / amarillito, amarillando, flor de retama...”⁷

Después de terminar la primaria, en San Francisco de Asís, ya en el colegio María Auxiliadora aprendí la historia de Huanta. Éramos descendientes de los hombres más antiguos de Perú. Veinte mil años antes de Cristo en Piquimachay. Luego, en los años 600 a 700, los *warpas* poblaron esta parte de la región, estableciendo relaciones de intercambio comercial y cultural con los de Nazca y Tiahuanaco, de quienes habían aprendido mucho: la industria del tejido, el arte cerámico y el uso de metales como el bronce. Los *waris* también tuvieron presencia en Huanta, formaron un Estado militarizado y conquistador que se extendió por el norte hasta Cajamarca y por el sur hasta Moquegua.

Así fue la historia de esta parte de la región de Ayacucho. Luego, los españoles se establecieron en la comunidad de Azángaro, con el encomen-

⁶ Se refieren a que si el pueblo es grande o pequeño, y si habrá jóvenes bonitas.

⁷ Ricardo Dolorier nació en la ciudad de Huanta, provincia de Ayacucho, en 1935. Compuso el huayno “Flor de retama”, en recuerdo a los fallecidos en una movilización popular a favor de la gratuidad de la enseñanza, la cual fue reprimida por el grupo de asalto de los “sinchis”.

dero don Diego Gavilán, que en 1569 ya había convertido a Huanta en capital del corregimiento. Así, siempre mis paisanos huantinos han tenido participación protagónica durante las luchas de la Independencia. El espíritu rebelde siempre se volvía a exteriorizar, como en el año 1896 contra la ley del estanco de la sal y en 1969 los estudiantes se levantaron por la gratuidad de la enseñanza. En los años ochenta, Huanta estuvo conmovida por la guerra interna.

En 1990 yo cursaba el tercer año de secundaria, en el colegio nacional María Auxiliadora, y en el mes de octubre conocí a una señora en una reunión de matrimonio. A mediados del mes de noviembre, junto con mi amigo Claudio decidimos celebrar mi cumpleaños el día 27, en el día de la infantería peruana, en la casa de la señora que conocí. A una cuadra de la plaza de armas de Huanta se encuentra una casa grande, de una cooperativa, con pasadizos y jardines. La fiesta comenzó como a las siete de la noche. Había un grupo que animaba con guitarras, charango y arpa. La cerveza rotaba de vaso en vaso. Estábamos íntimamente contentos. Algunos amigos seguían llegando. Estábamos casi ebrios. Tengo buenos recuerdos de esa noche. Conocí a una joven encantadora, mientras conversábamos, los faroles de la calle nos alumbraban débilmente, bajo un cielo infinito.

Mis animalitos

Me gusta conversar con los animales y me sigue gustando, tal vez porque nací y viví en una comunidad campesina rodeado de vegetación y animales. “¡Toma esta tripa!” le decía al águila que solía parar sobre el remolque viejo oxidado que estaba al fondo del campamento militar, al lado del puesto tres.⁸ Este animal era hermoso, con sus plumas negras, pecho blanco, pico

⁸ Puesto tres es el nombre del lugar de vigilancia: la base militar estaba rodeada por una muralla de adobe dividida en cinco tramos, y cada tramo tenía un puesto de vigilancia: puesto uno, puesto dos, puesto tres, puesto cuatro y puesto cinco.

curvado, de mirada triste y seria. Lo habían cazado las patrullas militares en la comunidad de Chincho.

El zorro se paseaba en la base militar con cadena al cuello. Mi gallo se llamaba Koki; a él le buscaba grillos en mis horas libres, entre las piedras, los reunía en botellas y se los hacía comer. En el cumpleaños del capitán mataron a mi Koki; yo estaba triste y aún más triste me puse cuando mataron al zorro. Vi que las balas se habían incrustado en sus costillitas débiles y en sus patas color de *ichu*. Este zorro se había convertido en un ladrón, pues cazaba las gallinas de la vecina que vivía al lado de la base militar. Los dueños se habían quejado varias veces. Cuando regresé, después de las clases de la escuelita de San Francisco de Asís, ya estaba muerto. Este animalito era de San Miguel. Cuando cachorrito, tomaba su leche en biberón. Era muy lindo.

Cuando yo estaba lavando mi ropa en el riachuelo que pasa por un lado de la base militar, vi que volaba el águila, y luego se posó en el eucalipto. Le seguí, pero el águila tomó altura y se fue en dirección a Patasucro, comunidad cercana a Huanta.

Las *charlis*⁹

“Ya llegaron las *charlis*, pero son unas viejas”, decían los cabitos merodeando las puertas de los pabellones. Las *charlis* acostumbraban a llegar semanas antes del pago de la propina. Todas coquetas se dirigían al tópico¹⁰ para el chequeo médico. Su trabajo comenzaba después del pase de lista de la noche. Largas colas se hacía. Todo era a crédito, “Fiadito no más”. Ya en la cobranza de la propina se les pagaba a las *charlis*. Algunos soldados reclamaban diciendo: “¿Por qué tantos descuentos?”. Y el tesorero contestaba: “Todavía reclamas, debes de tres pasadas”. Así, parecería que estas mujeres hacían trato con el cajero; pero no, a veces los sargentos pasaban

⁹ *Charli*: nombre de las prostitutas en el Ejército.

¹⁰ Puesto de salud.

con ellas a nombre de los soldados. Las *charlis* iban también a las bases militares y regresaban contentas con mucha plata. Unas veces se quedaban hasta tres meses en el cuartel.

También el Ejército tiene un himno especial para las *charlis*, que es la “Madelón”. Muy orgullosos cantábamos algunas veces, después del pase de lista de la noche.

Cuando el soldado se ve libre en el campo
con loco ardor el placer se va a buscar
a la taberna cubierta de verdura
que lleva el nombre “querido militar”.
La tabernera es vivaracha,
bonita como una ilusión,
es fuego el vino que ella escancia,
todos la llaman la Madelón.
De día en el cuartel, de noche en el canchón,
pensando sin cesar en nuestra Madelón.
Si Madelón viene a llenar los vasos,
halla con quien alegre coquetear,
quien le cuente alguna picardía
que le hará ruborizar.

Un buen sargento vestido de parada una mañana fue a ver a Madelón,
enamorado llegó a pedir su mano y le ofreció su inflamado corazón.
Y Madelón le dijo al punto:
de un solo hombre no he de ser,
si tengo a todo el regimiento
a quien servir y a quien querer.
La Madelón por cierto no es esquiwa,
si es que alguno aprovecha la ocasión,
para todos brinda su sonrisa
Madelón, Madelón, Madelón.

Alguna vez venía una *charli* con su hijito, y mientras el niño jugaba su madre trabajaba. Otras veces, a otras *charlis* las hacían emborrachar y las violaban. Ellas se quejaban al capitán y, en la formación, el comandante nos informaba que a todos nos iban a descontar de nuestra propina.¹¹ Maldécíamos a los sargentos abusivos —¿qué se creían?—, no faltaba quien amenazara que después de la baja¹² les iban a matar.

Los que venían de la base de Razuhuillca nos contaban que los soldados tenían relaciones íntimas con las llamas y burras; pues las *charlis* iban pocas veces porque en esas alturas hacía mucho frío.

Una vez, nuestro capitán se había enamorado de una *charli*. Así, desde esa vez ella solo permanecía en el cuarto del capitán. No volvió a trabajar. Algunos oficiales le gritaban disimulados: “¡Déjala que trabaje, tanto demora mi capitán...!”.

La homosexualidad también existía. Un capitán llamado Braulio se drogaba de noche y venía a buscar a la fuerza a los soldados. Se los llevaba a su habitación.

Bases militares

Las bases militares eran varias: Huanta era la base central. Había en Churcampá, Santillana, Marcas, Julcamarca, Ccayarpachi, Razuhuillca, Tambo, Ccano, Machente y Triboline. Los jefes eran los capitanes que asumían el mando político y militar en la zona. Siempre había relevo de tropa y oficiales. Los sargentos siempre hacían cantar a los cabitos nuevos antes de que se fueran a las bases militares. Los cabitos no escogían los lugares de su base, sino que los designaban al azar. Era como en el partido, solo te decían “vas allá, o aquí te quedas”, no había por qué reclamar. Era triste porque

¹¹ Las propinas se pagaban cada mes, eran 50, 60 y hasta 80 soles según el grado que se tuviera: soldado (el último rango), cabo, sargento segundo, sargento primero y reenganchado; los suboficiales y oficiales ya tenían sueldo.

¹² Baja: Se usaba cuando el recluta pasaba a ser reservista, licenciado de la milicia, cuando culmina el SMO.

algunos habían sido levados¹³ en Lima, Callao, Huacho, con sus hermanos, primos o tíos, y en la designación los separaban; podían reencontrarse alguna vez o a veces eran despedidas definitivas, para siempre, como el adiós en el cementerio. Así, en la mañanita, en varios convoyes (carros militares) se iban cantando:

En el cielo las estrellas,
en la tierra los infantes,
dentro de mi corazón
el Ejército peruano.
Marineros en los mares, aviadores en el aire
y en la tierra los cabitos, con sus fales¹⁴ y municiones.
Hasta la tierra que yo piso llora por mí,
una muchacha huantinita con más razón.
Al pasar puente Ayahuarcuna, me esperaban los terrucos,
me esperaban guerrilleros,
que terruco guerrillero, mejor sería darle vuelta.
Triboline está soleando, Castropampa está lloviendo.
Es la base que yo vivo, allí están los sanguinarios.
Ahora, ahora qué vas hacer ya estás en bola, qué vas hacer.
Compra pañales, compra el chupón para el cabito, qué va a hacer.

Por un año fui cantinero en la base de Huanta. Se vendía bien, porque no había otro lugar donde los soldados hicieran compras. No había salida a la ciudad. Días antes del paquetazo de Alan García,¹⁵ habíamos comprado casi con todo el dinero. Estaba llena la cantina, el consumo subió al triple. Ese día cerramos la cantina y conservamos el capital que tuvimos sin perder.

Una vez, el comandante dispuso que los soldados de la base militar de Razuhuillca bajaran a Huanta. Los soldados llegaron y se acercaron a

¹³ Leva es reclutamiento forzoso a los jóvenes de entre 16 y 18 años para el SMO.

¹⁴ Tipo de armamento del Ejército.

¹⁵ Presidente de Perú entre los años de 1985 al 1990 y 2006 al 2011.

la cantina con sus dólares. Compré unos 300 dólares. Luego, el comandante los hizo formar en el patio y les ordenó quitarse todas sus ropas; y encontraron que cada soldado traía muchos dólares. El comandante había recogido un paquete grueso de dólares. Estos soldados habían asaltado los carros comerciales que transitaban por la zona de Toccto; me dijeron que iban disfrazados de terrucos. Habían llevado propaganda y hasta pintaban los carros. Por suerte, se habían encontrado con uno que traía dólares, que se habían repartido entre ellos, y en la base militar comían como ricos, jugaban póquer, bajaban a comprar pollo a las brasas, cervezas; hasta mujeres habían ido a la base militar. Lo cierto es que el asalto había sido perpetrado por la patrulla de Razuhuillca; este descubrimiento se dio gracias a los dueños —que habían venido a la base militar pensando que probablemente serían los militares y porque el comerciante era amigo del comandante—. No sé si devolvieron el dinero; lo cierto es que el personal de la base militar de Razuhuillca fue cambiado. Y nunca más se habló de lo ocurrido.

Prisioneros en la base militar

Cuando llegué prisionero a la base militar de San Miguel, allí había cuatro mujeres guerrilleras atrapadas por las patrullas. Cuando entré por primera vez a las instalaciones militares, cruzando la garita de control montado a caballo con el cabo *Porongo*, las mujeres estaban sentadas al lado de la cocina echando petróleo a la leña. Esta base militar estaba conformada por dos patrullas de 20 soldados cada una. Estaba dirigida por un oficial mayor, dos tenientes de seudónimos *Shogún* y *Salvaje*, un sargento primero, dos sargentos segundos, diez cabos, perros salientes y perros entrantes,¹⁶ que así solían llamarlos.

Las mujeres cocinaban el rancho (la comida) para nosotros. Eran jóvenes de entre 17 y 20 años. En las noches traían a las chicas a la cuadra

¹⁶ Perros es el nombre con el cual se identifica a los jóvenes cuando ingresan al SMO. Es la etapa de entrenamiento militar que dura de tres a cuatro meses.

donde dormíamos y se acostaban con los cabitos, primero pasaban los sargentos, luego los demás hasta que se cansaran. Una de ellas dormía siempre con el oficial mayor y pocas veces se acercaba a la cocina.

Por el mes de junio de 1985, en la formación, nos avisaron que se acercaba una inspección militar. Esta se realizaba de tiempo en tiempo; a veces avisaban para la inspección, pero otras veces no. Como en la base de Huanta, que nos sorprendieron porque de repente aterrizaron tres helicópteros y todo estaba en desorden.

Cuando había esa bendita inspección, teníamos que pasar practicando a marchar, saludar, tender las camas bien, con tablas recortadas para que se vieran rectas. Lo bueno era que ese día prepararon un buen almuerzo, porque otros días solo comíamos sopa de malacate y frijoles medio sancachados. Había que decir a los inspectores que los sargentos y oficiales nos trataban bien, y que todo estaba bien; si no, cuando se iban esos buenos inspectores, los sargentos nos maltrataban. Estos inspectores venían con sus cuadernitos y filmadoras. Eran generales, coroneles, con su comitiva de muchos oficiales más. A todos los inspectores se acostumbraba darles obsequios después de que habían realizado la revisión a la base militar; porque dependía de ellos el ascenso a grados superiores. En Huanta solíamos formar una fila de soldados con canastas llenas de palta y miel que dábamos a cada inspector que subía al helicóptero para regresar al cuartel general. Más tarde ya comentaban que se fueron contentos con los regalos y las presentaciones folclóricas que nosotros mismos representábamos, pues seguramente así olvidarían el pésimo desfile y la mala demostración que hicimos en la pista de combate y darían buen puntaje en la calificación a la base militar.

Esa vez, 1985 en la base de San Miguel, decidieron matar a todos los que estábamos como prisioneros, pues venía la inspección. Trajeron a las mujeres a la cuadra, y todos abusaron de ellas. Ellas lloraban; “no nos maten”, dijeron; yo estaba también asustado. Como a la media noche llevaron a las mujeres al campo donde siempre nos formábamos. Todos fuimos a presenciar su muerte. Ya estaba cavada la fosa. Dos tiros sonaron al unísono y ellas cayeron muertas. Esta vez no era por un error cometido, sino

que venía la inspección y era mejor desaparecerlas. Las metieron al hueco y las enterraron. Yo estaba temblando; el teniente, mi “padre”, me dijo que al día siguiente, cuando apareciera el helicóptero de la inspección, me escondiera. A la chica que estaba con el oficial mayor también la escondieron. Como a las diez de la mañana aparecieron los helicópteros. Demostraron como tres horas y luego se fueron.

Un mes después atraparon a dos de SL; tenían unos 30 años. Estaban en el calabozo. Luego se los llevaron como guías a la patrulla. Mi amigo Porongo me contó que los fusilaron en el cerro.

Cuando llegué a Huanta estaba la infantería de marina; a ellos los hemos reemplazado nosotros, Los Cabitos N.º 51. En la base militar de los marinos solo había una casa techada con tejas; no había muralla, sus puestos de vigilancia eran huecos amurallados con costales de tierra. Al día siguiente se fueron todos los marinos, nosotros nos quedamos. Armamos las carpas en la pampa, alrededor de la carpa levantamos muros de tapial. Ahí vivíamos. Yo tenía una caja de atún donde guardaba mis cosas. Los cabitos las guardaban en costales y cajas de madera. Cocinábamos los alimentos en un remolque de carro que había sido fabricado especialmente para las campañas militares. El agua también solo la teníamos en cisternas traídas del reservorio de agua potable de Huanta.

Los prisioneros estaban allí en un corral, eran traídos por la patrulla que salía a las comunidades campesinas y los soldados tenían las cosas de los campesinos, como grabadoras, ropas, etcétera.

Algunos familiares venían a preguntar a la puerta del cuartel con miedo, porque ningún civil entraba a las instalaciones militares; y les decían que ahí no había ningún detenido. En las noches se los llevaban, solamente me contaban que habían matado a todos.

El sargento reenganchado conocido como *Centurión* era temido por los de SL y las rondas campesinas; pues, según ellos, era un verdadero asesino. Le gustaba colgar a los presos y les metía electricidad. Caminaba como oficial; salía a la patrulla como jefe de los soldados.

Le quería el comandante *Baquetón* (sobrenombre con el que lo conocíamos nosotros) porque atrapaba a los de SL. Este sargento reenganchado

terminó ajusticiado por el tribunal militar porque mató a toda una comunidad.¹⁷

Lo que me consta es que, en una oportunidad, los prisioneros fueron asesinados por una patrulla militar.

La patrulla militar llamó a la base central diciendo que estaban siendo emboscados por los de SL. Los oficiales del Ejército le avisaron a las autoridades judiciales —otras veces nunca avisaban— y, junto con ellos, fuimos a ver el enfrentamiento que tuvieron los militares con SL. Los prisioneros de SL estaban muertos, porque yo los había visto antes en la base militar. Les colocaron en las manos latas de bombas y estaban en diferentes partes; había como 20 prisioneros de SL muertos, había también escopetas en sus manos. El fiscal solo anotaba; los policías también estaban allí. En realidad este enfrentamiento fue un simulacro planeado para eliminar a los de SL, en otras oportunidades ya habían ocurrido casos similares.

En otra ocasión, cuando estuvimos en la fiesta de Maynay, de repente escuchamos tiros: un soldado había muerto porque los de SL le dispararon en la cabeza mientras orinaba entre los árboles de molle, y se llevaron su armamento. Desde ese día el comandante siempre estaba amargado; salían a patrullar a cada rato. Por esos meses atraparon a Claudio, dicen que estaba con su revólver y ya no pudo escapar; el mismo comandante lo había capturado. Cuando llegó a la base lo pateaban y, a cierta distancia, le disparaban como aquella vez cuando yo caí prisionero. Claudio tenía 19 años. Estuvo en el calabozo durante meses e hizo atrapar a los senderistas e incautar mucho armamento; por eso le perdonaron la vida. Vivió en la base militar. Luego ya libre se fue a las montañas de Chanchamayo; cuando regresó me contó que había trabajado como recogedor de café en latas. Luego, en Huanta, nuevamente reincorporándose a la vida militar, trabajó en el

¹⁷ Esta noticia fue conocida mediante la revista *Caretas* y la CVR. La Fiscalía Especial de la Defensoría del Pueblo y los Derechos Humanos de Ayacucho había recibido una denuncia de los campesinos de San Pedro de Cachi acerca de que un grupo militar y ronderos habían sacado a los campesinos de Santiago de Pischa y Ticllas para luego asesinarlos en la quebrada de Chilcahuayco.

servicio de inteligencia con *Los Gatos*¹⁸ en el cuartel central de la ciudad de Ayacucho. Fue mi promoción de ingreso en el servicio militar. Cuando nos reenganchamos él se fue a trabajar al cuartel Domingo de Ayarza, en Ayacucho, como servicio de inteligencia. Allí trabajaba. Fue uno de los mejores amigos que he tenido en mi vida. Comíamos pollo los domingos en "El Dorado" de Huanta; nos emborrachábamos los domingos. Días antes de su muerte, cuando fui a Ayacucho, me dio su televisor, ropas, y otras cosas más. Me dijo que vendría el lunes siguiente. Nos despedimos como siempre, bromeándonos, pero noté que estaba triste.

Después de unos días, llegó la noticia de que Claudio había fallecido; los de SL lo habían matado cuando estaba de patrulla. Una bala le había atravesado la cabeza y tenía una fractura en la pierna. Lo velamos en la base militar de Huanta; vinieron sus familiares, su madre que no dejaba de llorar. Entregué sus pertenencias a sus familiares. Hasta ahora no he podido aceptar su muerte, mucho menos cómo murió.

Con el tiempo, escuché algunos rumores acerca de que el mismo servicio de inteligencia lo habría matado; no lo sé; lo cierto es que él quiso retirarse de ese tipo de trabajo. Nunca me dijo el motivo de su salida ni tampoco le pregunté. Una vez me quedé en las instalaciones del servicio de inteligencia, conocido como *Los Gatos*, en la ciudad de Ayacucho donde trabajaba Claudio. Adentro de la habitación había varios detenidos y estaban vendados y atados de manos. *Los Gatos* preguntaron a Claudio que si era un soldado de confianza, y él asintió con la cabeza. Nos quedamos dormidos en uno de los cuartos de *Los Gatos*. Al día siguiente ya no estaban los detenidos. Seguro los llevaron a los hornos crematorios.¹⁹ Después me volví a la base de Huanta.

Otra historia es la de *Chuk Norris*, un niño de apenas siete años, un gringuito. Lo había capturado la patrulla de la base de San José. Su padre había fallecido y su madre estaba en la base de SL de Vizcatán. Siempre

nos contaba de su madre, sobre todo cuando habían venido desde Caja de Agua de Lima a Canaire, selva de Ayacucho. Él vivía en la base militar de Huanta con nosotros los cabitos huérfanos. Lo pusieron en la escuela. Un día, cuando salió a la calle, no volvió y el comandante lo botó de la base. Años después lo encontré en la calle, y estaba trabajando en la pollería "Tívoli", en Huamanga. Después no supe más de él.

Comandantes

Los comandantes solo permanecían un año en la base militar. Los cambios se realizaban en el mes de enero o febrero; y los oficiales y suboficiales recibían buenos viáticos por cambio de lugar. Los oficiales siempre rotaban de cuartel en cuartel, de base en base.

Cada comandante era distinto en su carácter. A unos les gustaba patrullar, a otros hacer deportes; se la pasaban jugando básquetbol. A otro comandante le gustaba sembrar; trajo un tractor y aró todo el campo del cuartel, nos hizo sembrar zanahorias, coles y cebollas.

Cada comandante tenía sus gustos. A unos les gustaba la fiesta y a otros las olimpiadas. Otro comandante era malo con nosotros; nunca tuvimos otro como ese, le gustaba todo bien hecho. Nos hizo empedrar casi todo el cuartel; traíamos piedras en el hombro como los esclavos. Estábamos cansados. Entonces planeamos algo con un reenganchado experimentado. Sucedió como a las nueve de la noche; dos soldados habían soltado ráfagas de balas al techo donde estaba el comandante. "¡Terrucos!", gritamos. De todos los puestos comenzaron a disparar en dirección a la habitación del comandante. "¡Nos atacan!", decíamos. En verdad no había terrucos, nosotros queríamos vengarnos de ese monarca militar. Estuvimos disparando durante media hora. Casi la mitad de los soldados sabíamos lo que pasaba. Al día siguiente no cargamos piedras, al contrario, nos pasamos limpiando nuestro armamento para salir a patrullar. Creo que nunca se enteraron de la verdad.

¹⁸ Personal del servicio de inteligencia.

¹⁹ Véase Uceda, R. (2004), *Muerte en el Pentagonito. Los cementerios secretos del Ejército peruano*, Norma editores, Lima.

Monitores y reclutas

Los monitores se encargaban de dar instrucción a los nuevos reclutas que se incorporaban al Ejército. Casi ningún soldado se olvida de su monitor, siempre lo llevan como tatuaje grabado en su recuerdo, siempre decían: “¡Ese mi monitor me hizo comer caca!, ¡ese mi monitor era hijo del diablo!”, etcétera.

Yo también fui monitor. Pasamos el curso de monitores dirigidos por un oficial de primer grado. El curso duró dos semanas. Amanecíamos cantando, después del desayuno toda la mañana marchábamos, practicábamos los giros: a la derecha, a la izquierda, media vuelta, y las diagonales; formaciones: en columnas, en filas. Todas las mañanas hacíamos gimnasia básica sin armas (resorte, jardinero, agilidad, remo, abrazadera, plancha, péndulo, abanico, tornillo y polichinelas), y con armas (émbo-lo, arriba y abajo, picapiedra, arco atrás, boga, lázaro, plegadilla, torcida, afondo y reloj).²⁰

Una tarde inolvidable para nosotros, los monitores, hemos salido a correr por las calles de Huanta. Con el fusil terciado al pecho, con pantalones, borceguíes, y sin polo. Cantando:

Sí señores,
te saludan
monitores,
no se asusten,
son valientes,
aguerridos.
1, 2,
3, 4.

Entramos al camal y nos hemos bañado con las heces de los animales que habían degollado. La gente nos miraba; algunos estaban asustados y otros

²⁰ Todos los días, menos en los días de patrulla, se hacía ejercicio físico, por lo general en las mañanas. Las rutinas básicas, con armas o sin armas, son los ejercicios coordinados.

decían: “Esos son sanguinarios”. Así, apestosos, comimos nuestro rancho de la tarde. A las ocho de la noche nos hemos bañado en las aguas frías de la acequia que corre al lado del cuartel. Al día siguiente hemos matado a cuchillazos a tres perros bañándonos con su sangre; luego hemos tomado avena con pólvora. En el campo de tiro nos pasábamos una dinamita prendida con una mecha más o menos larga. En el día final del curso de monitores nos hicieron tomar una botella de cerveza a cada uno, éramos 15 monitores; nuestros rostros estaban rojos. “Ahora, carajo, ya son monitores”, nos decía el suboficial del Ejército.

A inicios de la década de 1990 estábamos ansiosos de que llegaran los reclutas de Lima y Ayacucho. Los perros salientes nos dijeron: “Ya llegaron los perros de verdad”. Aparecían en convoyes militares por la garita de la base militar, como carneros o toros apretados que van al matadero. Esta vez habían venido de Chimbote, Callao y Huaraz, y de Carmen Alto de Ayacucho. Eran unos 300 reclutas. Nos los entregaron al día siguiente. En mi sección había 40 reclutas. Ese día les cortamos el cabello, les avisamos cómo debían de comportarse en su formación para pasar a ser soldados peruanos, y los enteramos de los tiempos de guerra en que nos encontrábamos.

Dos días después habían desertado tres reclutas. Ese día no durmieron los reclutas porque algunos monitores les habían hecho comer heces en el baño. La queja del maltrato había llegado hasta el comandante. Entonces fue separado de su cargo el cabo monitor que los había hecho comer heces. Al recluta que se quejó lo hemos masacrado y lo hicimos desertar a propósito, avisándole bien que el cuartel era para hombres no para llorones.

Los reclutas comían como si alguien pudiera quitarles la comida; pues habían aprendido que en el Ejército no está la mamá para que pueda enfriar los alimentos cocidos con leña mojada, pero que ardían como petróleo. Una tarde me habían llamado la atención porque mis reclutas eran unos tardados. Antes que aprendieran a comer rápido, ordené que se pasaran a formar después de recibir el rancho de las pailas (ollas grandes). Les dije que al contar hasta cinco terminaran su rancho; conté: 1, 2, 3, 4, 5, y ordené que voltearan sus bandejas. Sin reclamar, mis reclutas derramaron

la comida al suelo. Y luego dije: "El último en lavar..." (porque para el último siempre había castigos). También yo pasé por eso cuando estaba en la etapa de perro.

En el Ejército, en ese tiempo, había poco alimento y los cabitos tenían mucha hambre, no podías llenarte con solo sopa de avena y frijoles a medio cocer. Comprábamos *chapla* (pan) por los puestos de la vigilancia, ahí lo vendía una señora.

Las visitas eran los domingos por la tarde. Venían muchos familiares. Antes de 1990 no era así, nadie venía a visitar. Ahora sí había gente civil en la base militar. Era un día de comilona; en la tarde recogíamos fruta: los taburetes de los monitores estaban llenos de fruta. En la noche llevábamos a los reclutas al baño; pues había una letrina al lado del puesto tres. En volantines (volteretas) iban los reclutas; a la voz de "¡a cagar!", los reclutas corrían, luego a propósito mandábamos a formar cuando aún todavía no habían acabado de defecar. En la cuadra apestaban, y entonces los mandábamos a bañarse. Eso era la vida del recluta, hacer caso a sus monitores. Cuánto nos odiarían, pero ellos también —cuando llegaran a ser cabos— se vengarían con los que vinieran y luego se les olvidaría. En el Ejército se cumplían las órdenes sin llantos ni murmuraciones.

Los monitores no éramos los únicos malos; casi todos los antiguos, suboficiales, tenientes, capitanes, mayores y comandantes también eran malos. Los himnos, las canciones militares nos animaban siempre:

La gente preguntará
quiénes son los amigos,
muchachos de pelo corto,
cabitos de gran corazón.
La gente anda diciendo
que somos vagos sin profesión;
qué le importa a la gente,
si ellos no tienen razón.
Fuego, fuego te voy a dar;
fuego, fuego te voy a dar

para que te acuerdes de mí
¡terruco!

Los cabitos que al pasar
ese suelo hacen temblar
con sus piernas al correr.

El polvo no deja ver,
pero se puede escuchar
un rugido sin igual ¡ya!

En la sierra estarán,
los cabitos treparán,
patrullando buscarán
al terruco con su fal.

Su guarida destruirán
y su cuello cortarán.

En Castropampa está adonde te vas a ir.

A dondequiera que vayas soldado tendrás que ser.

Lirio, lirio, lirio, tú eres mi martirio.

Cien planchas, cien ranas me voy relajando.

Si me agarró, si me levó,

que me lleve, que me lleve.

Sargento soy, cabito soy, todititos son los tigres.

El monitor de mi sección solo sabe mi sufrimiento.

Raneando voy, rampando voy, todititas las mañanas.

En Ayacucho, Huanta y Cangallo,

no sé en cuál permanecer.

Mejor sería quedarme en Huanta para matar terroristas.

Un día en el campo de tiro

Los reclutas ya estaban listos para la práctica de tiro con fusil. Entonces ese día, cuando aún no amanecía, a las cuatro y media de la mañana, los reclutas estaban nerviosos. Los monitores, instructores militares, estaban

pasando lista. Un rato después, el capitán ordena marchar rumbo al campo de tiro. La tropa desfila por la garita del cuartel con los fusiles bajo el hombro. Va cantando:

Cuando mi patria estuvo en peligro,
de voluntario me presenté,
vestí con gusto el verde uniforme
y de mis padres me despedí...

Cuando pasábamos por las calles de la ciudad, las personas se asomaban a sus puertas al escuchar el canto tempranero de los soldados, pensando tal vez que su hijo estaba pasando. El recluta no se cansa ni reclama y sigue cantando:

Salgan mujeres a sus balcones, los voluntarios van a pasar,
hoy van alegres los corazones
y con sus galones de militar.



Lurgio en el campo de tiro. Entrenamiento de disparos de fusil a los nuevos soldados. Foto: Vicente, 1992.

El campo de tiro estaba aún lejos, hay que caminar a paso largo. Cuando llegamos, vimos que estaba lleno de arbustos, piedras y tierra removida. Los cabos antiguos, grado inmediato superior al soldado, se dividen para verificar la zona y otros comienzan a plantar las siluetas blancas a la distancia reglamentaria con relación a la fila de los tiradores, mientras tanto los monitores hacemos un calentamiento previo con los reclutas.

“¡Rugiiir!”, “¡yaaaaa!”, la tropa contesta débilmente. Ante esa respuesta el teniente se enfurece y ordena que tomen un puñado de tierra para llenarse la boca. “¡Rugirr!”, “¡Yaaaaaaaaa!”. La voz del soldado peruano hace estremecer la naturaleza, los pájaros vuelan esparciéndose tras los montes para refugiarse en algún lugar.

“¡Todos listos!”, “¡Listooooos!”, contestan. “¡En sus flancos! ¡Tirador tendido! ¡Visto o no visto!; ¡Fuego!”.

De las diez balas puestas en la *caserina*, por lo menos cinco tienen que llegar a la silueta. A los que atinan diez o nueve se les califica muy bien; siete u ocho, bien; cinco o seis, regular; uno, dos o tres: mal; y cero balas son los famosos “hueveros”.²¹

Ese día el calor era insoportable, la pólvora despedía un olor a guerra mientras el viento jugaba con la tierra levantando polvo que se impregnaba en los verdes uniformes. A un lado, los demás reclutas esperaban su turno.

La tarde caía sobre el campo de tiro. Algunos campesinos que pasaban se detenían a mirar asombrados, y después de un rato seguían caminando con sus herramientas al hombro.

La jornada terminó a las seis de la tarde. Después de una hora los reclutas cenaron, luego se pusieron a cantar formados frente a los pabellones, esperando el toque de silencio de la trompeta.

Tantos años que viví en el cuartel militar. Cuántas historias quisiera recordar y luego contarlas. Recordar, por ejemplo, que una noche entera pasamos formados en el patio, totalmente desnudos, porque se habían

²¹ Se les llama “hueveros” a los reclutas que no llegan a hacer ningún agujero en las siluetas blancas. Para ellos había un castigo especial. Aquella vez se pasaron toda la tarde gritando a boca llena el estribillo humillante de: “¡Soy huevero!, ¡soy hueverooooo!”.

perdido uniformes del almacén, o cuando cruzamos cerros en busca de senderistas.

Siempre salíamos a patrullar, hacia Razuhuillca, Macachacra y los valles de Huanta. Otro día, cuando fuimos hacia Chíncho (Huancavelica) en 1992, nos emboscaron los senderos. Mataron a nuestro soldado vigía, él venía cargando la radio de comunicación. La bala le agarró en el pecho, lo había traspasado por la espalda junto con la radio y no pudimos comunicarnos con la base de Huanta. De hambre y sed, estuvimos tendidos toda la tarde en el suelo. De rato en rato levantábamos gorras con un palo, y ahí mismo las hacían volar con un proyectil los terrucos. Ya cuando anocheció comenzamos a lanzar morteros y les metimos ráfaga de ametralladora. Luego bajamos cargando el soldado muerto envuelto en una frazada hacia Huanta. Cuando al día siguiente fueron los militares con helicópteros, encontraron dos terrucos muertos.

Últimos años en el Ejército

Regresé a la base de Huanta en mayo 1993, después de varios meses de convalecencia en el hospital militar de Lima. Tres meses antes me habían diagnosticado una hemorragia interna.

Cuando crucé la garita de control de la base militar de Huanta, centenares de reclutas estaban practicando marchas y marchas al mando de sus monitores. La base había cambiado de infraestructura y de soldados. Ya no eran limeños ni huaracinos los que formaban parte de los batallones de Cabitos, sino los llamados “terrucos ayacuchanos”, los hijos del pueblo que desistiendo de la vida dura de la clandestinidad se enrolaban en el ejército peruano por voluntad propia o a través de levas. Mientras caminaba hacia la oficina de la comandancia para el registro de la reincorporación, escuchaba aquí y allá de los soldados que me conocían: “¡Buenos días mi sargento!, ¡buenos días mi sargento!”. El aire frío de las nevadas de Razuhuillca se sentía en el rostro y en las manos. Eran los meses más fríos en la sierra peruana. Muchas personas de la ciudad y de las comunidades

campesinas se encontraban haciendo fila en la puerta del típico militar. Solo hacía unos años que el ingreso de personas civiles estaba prohibido a la base militar.

La rutina era igual, levantarse con los toques de corneta y acostarse con el toque de silencio. El nuevo día empezaba con la actividad de gimnasia básica, sin armas o con armas. Los cantos de cuando corríamos por las calles de Huanta habían cambiado, ya no eran “terruquito / si te encuentro / comeré tu cabeza”, sino “buenos días / te saludan / los cabitos del Perú”.

Los días pasaron con la rutina de siempre: levantarse, hacer ejercicio, ranas, planchas, pista de combate, comer y dormir; y el día domingo, salida a la calle. Eso sí era bueno. Antes no se podía salir; te mataban en la esquina. Estaba prohibido salir; pero los cabitos siempre escapaban a la fiesta o a ver a sus enamoradas. Cuando llegaba la baja —tiempo cumplido de servicio militar— los reservistas eran trasladados en aviones de militares hasta la ciudad de Lima.

Cuando llegué ese día de Lima, en la tarde el presidente Fujimori llegó en un helicóptero, bajó con su colorida manta sobre el hombro, comentaban que vino para regalar los carros chinos a las comunidades.²²

Ya había concluido yo mis estudios secundarios, y quise estudiar en el Instituto Pedagógico de Huanta para ser docente en educación secundaria. Los años habían pasado repentinamente. Cuando fui a recoger mis pertenencias al almacén militar (cada vez que uno salía por un largo tiempo fuera de la base militar se guardaban en el almacén sus cosas) encontré aún mi maletín verde con franjas azules, resistiendo al tiempo. Es verdad que había perdido el color y tenía muchos arreglos y cocidas por los costados. Lo conservaba porque era uno de los obsequios del teniente *Shogún*. Con ese mismo maletín, en 1987, me llevaron al cuartel de Los Cabitos de Ayacucho, porque un coronel me iba a adoptar y viviría en su casa de Lima. Llegué y me condujeron a la casa del coronel, que está al lado de las oficinas de la comandancia de Domingo Ayarza en la ciudad de Ayacucho. Me

²² El ex presidente de Perú Alberto Fujimori, para mantener su popularidad, donaba carros de fabricación china. Esa vez donó a todas las comunidades de Huanta un carro chino.

quedé como tres días. Su esposa, hijos y sirvienta vivían ahí. Me hacían dormir en el sofá. Me preguntaban sobre mi vida y les respondía. “Serás como uno de nuestra familia, viajaremos a primera hora a Lima”, me decía la señora. Nos llevó un carro militar al aeropuerto. Estaba triste, pero a la vez alegre. Iba a dejar el cuartel y me iba a un mundo lejano, quién sabe si volvería o no. Esperamos dos y tres horas y no hubo vuelo. El cielo estaba nublado y llovía sin precipitación fuerte. Cancelado el vuelo volvimos a la casa. El coronel había viajado de emergencia a Lima en un helicóptero. Me dijeron que mejor regresara a la base militar de Huanta. Así lo hice en el siguiente convoy militar. Después el coronel regresó, pero ya no se interesó en mí.

Tras recoger mi maleta con franjas azules me dirigí a la compañía de apoyo. Me instalé en el pabellón “C”. Los días siguientes hacía el servicio de guardia (vigilancia) en la garita de control reemplazando a los suboficiales que normalmente vigilaban.

Antes de viajar a la base militar de Viviana salí de patrulla a Patasucro (anexo de Huanta) y Churcampá (Huancavelica).

En Patasucro, comunidad campesina, vivimos un mes. Los pocos víveres que habíamos llevado no nos abastecían. Por las tardes, en grupos, salíamos a cazar venados en los cerros o íbamos a realizar trueque. Harina del norte con calabaza, papa, chuño, lo que fuera. De casa en casa andábamos como a inicios de SL. Otros días íbamos a buscar leña y *tumbos* dulces (frutas) en los *huaycos* (avalancha en las quebradas). Y cuando fuimos a Churcampá patrullamos por esa geografía inaccesible buscando terrucos. Solo escuchamos sus disparos a lo lejos.

En agosto me fui a la base de Viviana. Los convoyes nos llevaron hasta la base de Cayarpachi, luego caminamos como seis horas hasta Viviana. Allí viví varios meses. Cazábamos a las reses locas²³ que vivían en los montes esperándolas en los *puquiales* donde tomaban agua. Patrullamos toda esa geografía que había devastado SL. Ya no eran muchos. Un grupo de

²³ Las vacas locas eran animales domésticos abandonados por campesinos que se han desplazado hacia las ciudades en tiempos de violencia. Estas vacas se reproducían sin que nadie les proporcionara ningún cuidado.



En una patrulla militar en Viviana, 1993.

terrucos se refugiaba en Chincho. Íbamos en algunas oportunidades a patrullar con unas monjas misioneras de Jesús Verbo y Víctima.²⁴ Ellas iban montadas en caballos. Cuando llegábamos a una comunidad campesina hablaban de Dios, les daban a los campesinos la hostia consagrada por el sacerdote que venía de vez en cuando a Viviana desde la ciudad de Huancavelica.

Una vez, cuando subíamos la pendiente de Chincho a Viviana, la madre monja me habló en esta forma: “¡Usted puede ser sacerdote!”. Solté una carcajada inocente, y dije: “No madre, yo tengo pecado grave y seguro Dios me bota a patadas”. “¡No, no!”, me respondió, “Dios vino al mundo a buscar a los pecadores”. Las palabras de la madre hasta me hicieron soñar que andaba con el sayal puesto, curando las heridas de las balas, dando de beber a los sedientos, reconciliando a los de SL con los militares.

Pero, más que los sueños, esa parecía ser la oportunidad que estaba buscando desde niño. Hacer algo por los que no tienen, por mis paisanos que tanto habíamos maltratado, robándoles y violando a sus mujeres.

²⁴ Misioneras de Jesús Verbo y Víctima es una congregación religiosa fundada por monseñor Federico Kaiser en 1961.

Entonces comencé a pensar en que esta era la institución que buscaba y que iba a perseguir hasta conseguir entrar en ella.

Un día le dije al jefe inmediato de la base de Viviana: “Me voy”, como aquella vez en 1983, cuando le dije a mi tía “me voy”. El teniente me respondió: “Piensa un poco, te morirás de hambre, ya te falta poco para que asciendas a suboficial”. Pero ya estaba decidido a abandonar el Ejército, que era mi casa donde crecí y aprendí a leer y escribir. Y estaría sin casa otra vez, iría a vivir como los lirios y los pájaros en el campo, pero ahora en lugar de bandera rojiblanca sería la bandera blanca la que me acompañaría algún tiempo.

PARTE III

TIEMPOS EN EL CONVENTO FRANCISCANO



En Santa Rosa de Ocopa. Camino hacia la escuela para catequizar a los niños.
Foto: Miguel, 1997.

Un día en el convento franciscano

Era campanero.¹ Puse el despertador sobre el velador para escuchar el sonido y despertarme de inmediato. Estaba en otro tipo de vida: en la lucha por el comunismo igualitario por vía de la paz. Miguel James, compañero de ingreso a la familia franciscana, me recordaba las actividades del día siguiente: “No te olvides, no vayas a olvidar tocar la campana”, me dijo. Él dormía en la misma habitación. Tocar la campana era costumbre de todos los días, pues al toque brusco de la campana vieja por el campanero, todos los postulantes (nombre de los recién ingresados) nos levantábamos de la cama y acudíamos al desayuno. También se tocaba la campana para llamar al almuerzo, la cena y los actos litúrgicos; solo hacíamos excepción de tocar la campana en los días de cumpleaños para sorprender con una serenata al cumpleaños mientras dormía.

Acostado sobre el camarote (litera), antes de realizar la revisión de vida,² como era costumbre, pensé en la mañana siguiente; también en mí y en mi familia. Habían transcurrido muchos meses desde mi ingreso a la familia franciscana.

Antes de subir al carro de la base militar de Viviana y retirarme definitivamente del Ejército, había dicho a la madre misionera de Jesús Verbo y Víctima: “Me voy en busca de Dios”. Ella me dio su bendición y me recomendó para llegar a la parroquia de Magdalena en Ayacucho. Días después llegué a la casa de Cipriani³ en Ayacucho. El señor estaba sentado, con su

¹ Campanero: el que está de turno para tocar la campana en el horario indicado para señalar los cambios de actividades religiosas durante el día.

² La revisión de vida consistía en recordar todo lo bueno y lo malo que se había hecho durante el día.

³ Juan Luis Cipriani nació en Lima el 28 de diciembre de 1943. Estudió filosofía y teología en el Seminario Internacional de la Prelatura del Opus Dei en Roma. Fue ordenado sacerdote el 21 de agosto de 1977. Fue profesor de teología moral en la Facultad de Teología Pontificia y Civil de Lima. En 1988 el papa Juan Pablo II lo nombró obispo auxiliar de Ayacucho y ejerció hasta 1999. Fue nombrado mediador durante la crisis de los rehenes en la residencia japonesa de Perú, tomada por el Movimiento Revolucionario Túpac Amaru entre diciembre de 1996 y abril de 1997, en que actuó como espía. El 9 de enero de 1999, el papa Juan Pablo II

sotana de franjas violeta, solideo⁴ en la cabeza, una cruz grande colgada al pecho y anillo en un dedo. No me dio la mano, solo me dijo: "Siéntate ahí". Luego agregó: "Cuéntame tu vida". Entonces le dije que estuve en el Ejército. Apenas dije eso cambió de actitud, se puso serio y en posición de acusador. "¡Al cuartel vienen las prostitutas!, ¿verdad?". "Sí", le contesté. "No puedes estar en el sacerdocio, hijo", me dijo al final. Yo dije para mí: si le hubiese contado que estuve en el PCP, ¿qué hubiese dicho este hombre?; de repente tal vez se hubiese desmayado: "¡Dios mío, un pecador postulando para ser sacerdote!". Después de un rato de silencio, me despidió diciendo: "Vuelve a tu pueblo y sigue rezando a Dios". Yo salí casi llorando de su casa, que quedaba en el templo de Paola cercano al parque central de Ayacucho. Me regresé a Huanta. Ahí trabajaba como peón cargando piedras y otras veces juntando pencas de tunas para hacer abono.

Un día me encontré con la madre de Jesús Verbo y Víctima, cuando yo regresaba de cargar piedras. Le conté lo de Cipriani, ella me dijo: "Tocaremos otra puerta". Me presentó a las madres franciscanas de Huanta. Ellas me dieron unos folletos de convocatorias de selección para ser franciscano. Meses después me presenté a una de esas convocatorias. En enero de 1995 hicimos la etapa de aspirantado, esto es, de selección de personas; todos queríamos ser franciscanos, pero como dijo Jesús: "Muchos son los llamados y pocos los escogidos", entonces fuimos pocos los elegidos. Esta etapa duró un mes. Hubo exámenes con psicólogos, entrevistas personales y de aptitudes académicas; también veíamos películas de santos. En las charlas nos decían: "Esta vida es fuerte, muchos dicen sí quiero ser franciscano y después se van". Para llevar el voto de castidad, es necesario que hayan tenido una experiencia sexual con una mujer. Unos decían: "Sí, hemos tenido

hizo público su nombramiento como arzobispo de Lima y primado del Perú. El 21 de enero de 2001, el Papa anunció su nombramiento como cardenal. A la muerte de Juan Pablo II, en 2005, Cipriani acudió a Roma para participar en los funerales y el posterior cónclave de elección de nuevo pontífice. Fuentes: <www.iglesia.org/articulos/electores_cardenalicios05.php y <www.aciprensa.com/cardenales/cipriani.htm>.

⁴ El solideo es un casquete de seda que portan el Papa y los obispos para cubrirse la cabeza, solo se lo quitan ante el santo sacramento.

enamoradas", y otros no. Cantábamos todas las tardes con el padre maestro encargado. Una de las canciones que ha calado en mi vida fue la de "Francisco, evangelio vivo", que a continuación transcribo:

Fui trovador, me llamaban Francisco.
 Cantaba alegre en las noches de Asís,
 mas ya no quiero cantar a Rolando,
 ni las proezas del gran Amadís.
 Fui descubriendo un camino distinto,
 sentí en mi alma un vacío total.
 No quiero amores que pasan y mueren,
 hoy solo canto a mi Rey inmortal.
 Yo quiero ser evangelio viviente
 abandonarme en tus brazos, Señor.

La etapa de aspirantado terminaba. El padre maestro nos informó que solo entraríamos siete de los 40 que convivimos. Estábamos nerviosos. Me dijo que yo estaba aceptado. Después de un mes, el 16 de marzo —día de mi nacimiento— de 1995, y acompañado por el padre maestro de postulantes,⁵ crucé el vestíbulo del convento incorporándome al mundo fascinante de la vida religiosa. Qué locura era para unos y qué decepción para otros. Caminé a paso lento por los corredores amplios y silenciosos, por los claustros de construcción colonial donde se veían grandes columnas en forma de arcos, paredes de adobe y *quincha*, donde valiosas pinturas coloniales se mostraban, techos de madera, todo ello hablaba de vida espiritual, estudio y meditación.

Algunos frailes caminaban por los corredores hablando entre sí o rezando el rosario. Cruzamos tres claustros para llegar al del postulantado. Esa era mi nueva casa; los jóvenes postulantes de segundo año se asomaron y me dieron la bienvenida; luego, el padre maestro me enseñó mi habitación.

⁵ El postulantado es la primera etapa de la vida franciscana. En esta provincia misionera de San Francisco Solano duraba dos años, para luego pasar si era conveniente a la etapa de noviciado.

Ese convento había sido fundado como casa de recolección, en 1595, por el fraile Andrés Corso y fue su primer guardián San Francisco Solano. Es la casa central y curia de la provincia de Lima. También vivió aquí Juan Landázuri Rickets.⁶

Los seleccionados de la etapa de aspirantado fuimos admitidos formalmente a la etapa de postulante con un rito especial.

Estábamos presentes los cuatros “hermanos”. En el ritual de la misa nos entregaron el tau⁷ franciscano, entre aplausos de los asistentes, durante la celebración eucarística en el Templo de los Descalzos de Lima.

Mi “padre” maestro era igual que un oficial del Ejército. A las cinco de la mañana nos levantábamos para los ejercicios, no espirituales sino de fortalecimiento de las piernas para poder cumplir las misiones franciscanas; corríamos durante 15 minutos alrededor del claustro cuando aún no amanecía y mientras los frailes seguían durmiendo. Luego hacíamos ejercicios como polichinelas, ranas, planchas con puño, canguros, en tanto el sol asomaba sus primeros rayos detrás del cerro San Cristóbal. Media hora después nos duchábamos para luego leer la Biblia en voz alta, ubicados alrededor del claustro. Enseguida asistíamos a la misa. Había que tomar el desayuno al estilo militar: rápido. A las ocho de la mañana era la hora de ingreso a los centros de estudio: preuniversitario y los de segundo año iban a la Facultad de Teología Pontificia y Civil de Lima. A la una de la tarde regresábamos. Ya entrada la tarde recibíamos clases de urbanidad, liturgia, Biblia y ética. Los sábados, en el templo del convento, durante el oficio de laudes, cantábamos “Salve Regina” en latín dirigidos por el padre Oña.

*Salve, Regina, mater misericordiae: vita dulce do, et spes nostra salve.
Ad te clamamus, exsules, filii hebrae.*

⁶ Juan Landázuri Rickets ingresó a la orden franciscana en 1932. Estudió filosofía y teología en el Convento de Ocopa (Junín, Perú) y en 1939 fue ordenado sacerdote. Ha sido ministro provincial de la orden franciscana. Luego, en Roma se doctoró en Derecho Canónico en el Pontificio Ateneo Antoniano. En 1952 fue nombrado arzobispo de Lima y ese mismo año fue nombrado cardenal. Fuente: <www.aciprensa.com/cardenales/landazuri.htm>.

⁷ Tau: cruz en forma de “T” que identifica a los franciscanos.

*Ad te suspiramus, gementes et flentes in hac lagrimarum valle.
Eia ergo, advocata nostra, illos tuos misericordes oculos ad nos converte.
Et Jesum, benedictum fructum ventris tui,
Nobis post hoc exsilium ostende.
O Clemens: o pia: o dulcis Virgo Maria.*

Ese día me levanté a las cuatro y media de la mañana. No toqué la campana como de costumbre en los días de cumpleaños, hice levantar a mis compañeros, habitación por habitación. Un rato después estábamos cantando serenata a nuestro hermano cumpleañosero:

Hoy Señor te damos gracias
por la vida, la tierra y el sol
Hoy Señor queremos cantar
las grandezas de tu bondad.

Ese día no hubo ejercicios. Por eso siempre estábamos atentos en la fecha de los cumpleaños; ya en la tarde, el vicario encargado compraba caramelos, chocolates, *chisitos*, torta, champán y gaseosa. La fiesta comenzaba después de la cena. Bailábamos en el antiguo comedor con música profana, comiendo y bebiendo. Eso nos divertía mucho.

Los hermanos franciscanos

Conocí a muchos hermanos franciscanos santos, dignos de imitar su vida entregada al servicio de los más necesitados. Y, ¿qué significa ser santo? Significa trascender al ser humano. Por otra parte, la mayoría de los frailes —todos nos llamábamos frailes desde la etapa de noviciado— teníamos nuestros defectos como cualquier humano. No son ciertos los estereotipos formados por parte de la feligresía que dice que somos unos ángeles, que nuestras manos son santas, ni mucho menos la historia lo acepta. Éramos hombres de bien al servicio de la comunidad.

En la etapa de aspirantado mi compañero *Cachón*, sobrenombre de Josué, llegó regalándonos caramelos que traía en su mochila; él pensaba que siendo franciscanos deberíamos de caminar descalzos, amando a los pobres, a los que nos odian, cerrando los ojos a las mujeres bonitas. Para él, la Biblia era palabra de Dios dictada a Moisés en el monte Sinaí. En el noviciado pudimos abrir nuestros ojos y vimos —como Platón reflexionaba— que detrás de las flores rojas y amarillentas había otra flor verdadera, más fina, más pura, pues lo que mirábamos solo era una copia. Así era la Biblia, no había ni Adán ni Eva; ni diluvio, ni Abraham a la letra; esos personajes solo eran ropajes literarios para explicar otras cosas más importantes. Por último, ni Dios existía como persona; pues decía el padre que si existiese no tendría sentido ser Dios. Dios no era barbón, eso nosotros lo habíamos fabricado en nuestra mente. Dios estaba en el tiempo y el espacio; Dios era el bien y el mal; Dios era nuestro prójimo.⁸

Para vivir como religioso al estilo de San Francisco se necesitan dos cosas: vocación y perseverancia.

Con el cordón blanco sujetábamos nuestro hábito; en ese cordón sobresalían tres nudos que eran símbolo de los votos: castidad, obediencia y pobreza. La castidad era uno de los requisitos para ser monje. Tenías que olvidarte de las relaciones sexuales, nada de estar pensando en cosas morbosas. En realidad, el franciscano no vive encerrado en un convento como nuestras hermanas franciscanas de clausura, sino que está en contacto con la gente. Cuando acudíamos a las clases del Centro Franciscano, donde todos los franciscanos de Lima nos reuníamos, monjas y monjes

⁸ En el Nuevo Testamento, Mateo escribió sobre el prójimo lo que había dicho Jesús (Mt 25, 31-40): “En el día del juicio final, el Señor separará los unos a los otros, como cuando el pastor separa las ovejas a los cabritos; y pondrá las ovejas a su derecha y los cabritos a su izquierda. [...] Entonces dirá: ‘Venid, benditos de mi padre! Heredad el reino que he preparado para vosotros [...], porque tuve hambre y me diste de comer, tuve sed y me diste de beber, fui forastero y me alojaste, estuve desnudo y me vestiste [...]. Entonces los justos responderán: ‘Señor, ¿cuándo te vimos hambriento y te dimos de comer, o sediento y te dimos de beber? ¿Cuándo te vimos forastero y te recibimos, o desnudo y te vestimos?’. Y respondiendo el Señor les dirá: ‘De cierto os digo que en cuanto lo hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí me lo hicisteis’”.

nos enamorábamos. O con los jóvenes catequistas donde venían hermosas chicas, algún hermano postulante se enamoraba, pero, luego, las lecturas de espiritualidad franciscana nos hacían olvidarlas porque nos orientaban en que ellas ya eran nuestras hermanas de sangre en Cristo. Cuando estaba en el convento de novicio en Ocopa, para la fiesta de Santa Rosa de Ocopa, en agosto, venía mucha gente. Nosotros los novicios, vestidos con nuestro sayal, servíamos como guías para que la gente que visitaba aquel recinto pudiera conocerlo. Para los visitantes éramos como ángeles. Enseñábamos la capilla, los lienzos, la pinacoteca, el museo, la biblioteca, los libros incunables, y hacíamos tocar la campana que según el padre sacerdote cumplía lo que se pedía. Pero lo más fastidioso era contestar las preguntas de los visitantes. Te decían: “Enseñanos el túnel que va donde las monjitas” o “¿Cómo aguantan los hermanos la tentación de las mujeres?”.

En el Instituto Filosófico de Juan Landázuri Rickets discutíamos con los profesores sobre el matrimonio de los curas; pues los curas sí podían casarse porque vivían solos. El argumento para no tener esposa era porque Jesús no tuvo mujer. Los curas estudian solo para el sacerdocio; cuando se ordenan a los seis o siete años de estudio se les designa una parroquia, ahí viven de la recaudación de las misas de difuntos, matrimonios, bautismos y responsos. En cambio, los religiosos vivíamos en comunidad, no era posible tener esposas, además de tiempo en tiempo rotábamos de convento en convento, como los militares y los de Sendero Luminoso.

Otro nudo que llevábamos en el cordón era el símbolo de la obediencia. Este voto era importante; pues, como en el Ejército, había que obedecer sin murmuraciones, *calladito nomás*. A todos nos costaba cumplir. El último nudo era el de la pobreza. A simple vista no había pobreza. Había que entender de otra manera la pobreza. Siguiendo las huellas de Jesús se observa la pobreza en sus dimensiones espirituales y sociales. Se vivía como los “pequeños (menores)”⁹ de hoy, en abierta contestación al egoísmo y al consumismo, rechazando las estructuras que arrastran a los hombres a la miseria.

⁹ Esta palabra usaba San Francisco de Asís, recordando a Jesús, como dice la Biblia, cuando se puso a lavar los pies de sus discípulos.

Teníamos nuestros carros, la informática estaba al día, teníamos buenos cocineros, comidas balanceadas, con vino y a veces cervezas; había personal que lavaba nuestras ropas, y nuestro centro de estudios era particular; se pagaba mucha plata. También había paseos al interior del país y algunos estudiantes iban al extranjero.

Existen en el convento franciscano excelentes religiosos. Humildes, entregados incondicionalmente al servicio de los más necesitados, como el padre que vive en la Misión de Puerto Ocopa. Gracias a ellos aprendí la virtud de la tolerancia y la solidaridad. Mientras que con otros salías renegando del sermón de la misa. Otros hasta tiraban *cocachos* a la cocinera. Hay de todo. Por eso Dios representa al bien y al mal.

Así, por ejemplo, teníamos un sacerdote borracho. Le gustaba tomar. Él siempre revisaba los diarios, allí encontraba los avisos de los matrimonios y se iba a esa reunión. Cuando murió atropellado por un carro en las calles de Lima, en su cuarto encontramos botellas de ron Cartavio (marca de licor).

Otro fraile sufría de amnesia. Se olvidaba de todo. Comía a cada rato porque se le olvidaba que ya había comido, y otra vez comía.

El cardenal Juan Landázuri, antes de ser obispo de Lima, había sido padre provincial de la Provincia Misionera de San Francisco Solano del Perú. En su cumpleaños, cada 19 de diciembre, venía al convento de los descalzos para celebrar; ese día los cocineros preparaban rica comida, como pavo al horno con puré de manzana. Después de la comida en el refectorio, conversábamos con nuestro cardenal. Antes de que me fuera al noviciado en el año de 1997, el 16 de enero lo trajeron en ataúd al convento para ser velado. Los frailes entonaron el cántico de despedida:

Al atardecer de la vida
me examinarán del amor
si ofrecí un vaso de agua al sediento.

Lloramos su muerte. Así, morían los padres, pero otros llegaban. "Nosotros estaremos muriendo y ustedes llevarán el evangelio", decían los pa-

dres. El padre que nos enseñaba el curso de urbanidad, que fue ministro provincial, una mañana murió cuando estaba celebrando la misa. Corrimos donde él y ya lo encontramos cadáver.

Noviciado en Ocopa

Sobre el valle del Mantaro brillaba un cielo azul y limpio; bajábamos al valle de Jauja. A nuestros ojos se abrían inmensos campos llenos de verdor; entre los follajes de los árboles el río veraniego de Mantaro, contaminado por la mina de Oroya, murmuraba suavemente. Aún no aparecía el pueblo de Ocopa, pero el calor de Lima hacía horas que se había aplacado. Ahora el viento que rozaba la ventanilla enfriaba nuestras sienes. Los campos sembrados de maizales, alcachofas y arvejas se mecían suavemente con la ligera brisa de la tarde de marzo.

Ahora nuestro autobús pasaba por una vía escoltada de pinos y eucaliptos que dan la bienvenida a los viajeros. Nosotros asomamos los ojos por la ventanilla para dar un ligero vistazo a nuestra nueva casa: el convento de Santa Rosa de Ocopa.

Permanecí durante un año en este convento maravilloso. Aprendí muchas cosas de su silencio y hospitalidad. Aquí tomé el hábito franciscano el 16 de marzo de 1998.

El padre Francisco de San José fundó en 1725 el convento de Santa Rosa de Ocopa, que sería elevado a la categoría de Colegio Apostólico de Propaganda *Fide* (por la sola fe) en 1758. Desde entonces el valle de Jauja fue cristianizado por misioneros franciscanos y dominicos, quienes fundaron diversos conventos. El convento de Ocopa fue cerrado en 1824 por un decreto de Simón Bolívar, disolviendo así la comunidad y perdiéndose casi por entero las misiones, para ser restaurado en 1836 dando origen, a su vez, a la restauración o fundación de varios conventos en Perú. Raúl Porras Barrenechea,¹⁰ diría: "Ocopa, foco perenne de peruanidad y de luz evangélica".

¹⁰ Raúl Porras Barrenechea nació en Pisco, Perú, el 23 de marzo de 1897. Fue historiador, abogado, ensayista, diplomático y político.

Cuatro claustros de estilo colonial constituyen el actual convento; se levantan al lado del que fue el primitivo conventillo y que se conserva intacto, tal como lo hizo edificar su fundador. Se le conoce con el nombre de la Obrería. Gruesas columnas sostienen las galerías de amplios corredores que enmarcan los jardines centrales. Fue declarado Monumento Nacional en 1955.

Es famosa su biblioteca de unos 20 mil volúmenes. Posee obras de gran valor histórico y bibliográfico, en latín y castellano, que datan de los siglos XVI, XVII y XVIII. No solo conserva obras de religión y teología, sino también de historia, geografía, filosofía, ciencias naturales, medicina, literatura y lingüística. Hay algunos incunables (libros antiguos) de incalculable valor. Está abierta a investigadores y estudiantes que acuden de todos los sitios de Perú. Toda la biblioteca fue catalogada técnicamente por el padre Julián Heras.

Rito de ingreso al noviciado

Ingresamos formalmente a la etapa del noviciado el 16 de marzo de 1997. La población cristiana nos recibió en el templo cantando: "Vienen con alegría Señor, cantando vienen con alegría...". Después del saludo del padre celebrante y antes del acto penitencial, hemos realizado el ingreso.

Al ser llamados por nuestros nombres, respondíamos con un "¡Presente!", con fuerza y quedábamos en fila delante del celebrante. El padre provincial, siguiendo el rito, nos preguntó: "Queridos hermanos, ¿qué piden a nuestra fraternidad?". Nosotros al unísono contestamos:

"Impulsados por la misericordia de Dios, venimos a esta fraternidad para experimentar su vida religiosa; enséñanos a seguir a Cristo pobre y crucificado, a vivir pobres, obedientes y castos. Enséñanos, también, a ser asiduos en la oración, a vivir la penitencia en conversión continua, a estar al servicio de la Iglesia y de todos los hombres, a tener un corazón y una sola alma con todos ustedes. Enséñanos en todo momento las exigencias del evangelio de Cristo, aprendiendo la regla de vida evangélica y obser-

vando la ley del amor fraterno que nos dio y enseñó nuestro padre San Francisco."

El padre provincial nos respondió: "Dios misericordioso les ayude con su gracia y Jesucristo mismo los ilumine, acompañe y fortalezca". Todos los que estaban en el templo dijeron: "Amén". Luego, a cada uno de los novicios nos dio una Biblia y las insignias y el símbolo del tau franciscano mientras la misa continuaba. Estábamos benditos. Al día siguiente comenzaría de manera formal nuestra formación religiosa al estilo de San Francisco.

Comenzábamos el día con la celebración eucarística en nuestra capilla; luego íbamos a tocar el armonio al templo para las misas cantadas de difuntos o de cumpleaños, según el turno que nos tocara. A las ocho de la mañana comenzaba el dictado de las clases: historia de la orden franciscana, catecismo, Biblia, latín, música y liturgia. Al mediodía, el rezo; seguidamente, el almuerzo escuchando la lectura de la espiritualidad franciscana leída por un novicio. Por la tarde, después de la siesta continuaba el dictado de las clases. A las seis de la tarde era el rezo de la víspera; luego la cena. Enseguida venía el recreo; eran horas de juego. Terminaba el día con el rezo en la capilla. Así era normalmente la vida del novicio.

Durante todo el año de noviciado hicimos mensualmente la revisión de vida, similar a como lo hacíamos en el PCP. La diferencia era que aquí había que perdonarse como Cristo no solo siete veces, sino setenta veces siete; o sea siempre. El perdón era una constante aquí en nuestras vidas, mientras en el PCP era la amenaza y el castigo de muerte.

Para conocer nuestro avance en la preparación religiosa, nos hacían evaluaciones periódicas de seguimiento que se aplicaban según el reglamento interno. Los criterios para evaluar la idoneidad del hermano novicio eran: espíritu de oración y devoción; actitudes de oración y contemplación, creatividad y participación, oración para el trabajo; fraternidad, que es la consideración del hermano como don de Dios; dedicación a los demás, respeto y cuidado de los ancianos y enfermos, y capacidad para vivir en fraternidad; estudio, seriedad, rendimiento y equilibrio; capacidad para el estudio y el diálogo reflexivo; sociabilidad (atención al otro); perdón

y aceptación de los otros; joviabilidad, cortesía y creer en los demás; finalmente, el trabajo, la comunicación y la ayuda en trabajo a los otros y actitud acogedora para con aquellos que nos visitaban.

El secretario tomaba apuntes de todos los pormenores que se habían dicho en la revisión de vida, para entregarlos al padre maestro. En la mayor parte de las revisiones de vida siempre discutíamos.

Los estudios que llevábamos eran espiritualidad del franciscanismo, crítica de la Biblia, latín, historia franciscana, historia de las misiones y música. Los horarios eran de lunes a jueves, porque los viernes íbamos a las escuelas a catequizar a los niños preparándolos para la primera comunión.¹¹ Hacíamos trabajos de reflexión y escribíamos algunos artículos para la revista de la fraternidad.

Labor misionera en el noviciado

Así, los viernes íbamos a catequizar a los niños de las escuelas ubicadas en las zonas altas de Santa Rosa de Ocopa. Vestidos con el sayal franciscano amarrado a la cintura, salíamos por la puerta de Matahuasi. El camino estaba lleno de árboles de eucalipto y sauces trepados sobre pendientes escarpadas; en media hora estábamos ya en la “calvicie” del cerro Jerusalén. Era el lugar de descanso, un alto para tomar aire fresco. Desde allí se veía el valle que reverberaba con los primeros rayos del sol. Nos separábamos después de pasar el cerro Jerusalén y cada uno tomaba su camino. Yo llegaba a la escuela “Dos de Mayo” a las ocho de la mañana, unas veces enseñaba los preceptos elementales de la vida cristiana y otras veces enseñaba a cantar en quechua salmos como el siguiente:

*Apuyaya Jesucristo
qispichi qniy Diosnillay*

¹¹ Sacramentos de la Iglesia: bautismo, confirmación, reconciliación, eucaristía (comunión), matrimonio, orden sacerdotal y unción de los enfermos.

*rikraykita mastarispam
hampuy churiy niwachkanki.
Imaraqmi kuyakunayki
taytallay churillaykipaq
auqa sunqu runaraykum
cruz qawanman churakunki.
(Señor Jesucristo,
mi Dios que me hiciste hombre
extendiendo hacia mí tus brazos,
ven hijo mío me estás diciendo.
Cuán inmenso es tu amor
para tu hijo, padre mío,
por culpa de nuestros pecadores
te crucificaste en la cruz.)*

Después de cantar y rezar regresábamos al convento para el almuerzo. Cuando nos veían los campesinos siempre nos pedían nuestra bendición y nosotros la dábamos haciendo la señal de la cruz, y a veces mostrando los cordones de votos para que los besasen.

Domingo de salida

Los domingos era nuestro día libre después de la semana de estudio. Salíamos de paseo. En Lima, unas veces íbamos a pie del convento hasta Miraflores y otras visitábamos algunos distritos de los pueblos jóvenes.¹² Estos paseos siempre eran en grupo, nunca separados. Salíamos solos cuando estábamos en la etapa de juniorado.¹³ En el noviciado ya no se trataba de conocer las ciudades sino de ir a los cerros y las quebradas. Salíamos con

¹² Barrios periféricos formados por migrantes de las zonas rurales.

¹³ Juniorado es la etapa que sigue al noviciado, dura entre cinco y seis años y en ese tiempo se estudia filosofía y teología.

zapatillas y ropa liviana. Subíamos hasta lo alto de los cerros y encontrábamos venados; en las quebradas encontrábamos *tumbos* (fruta silvestre) que se colgaban amarillentos y subíamos para cogerlos. Otros domingos, nos aventurábamos bajando mediante sogas por las hondas quebradas; era un gran riesgo bajar por ahí. Un domingo desvíamos nuestro camino, ya no fuimos al cerro sino al río, cerca de la ciudad, y comenzamos a pescar truchas. Casi al término de nuestro noviciado fuimos a la laguna que está cerca de la carretera hacia la Sierra Lumi y Satipo, donde Andrés A. Cáceres¹⁴ emboscó a los militares chilenos. Nuestro compañero Paddy se sacó toda la ropa y se lanzó a la laguna de aguas frías; las personas de por ahí nos miraban. Nosotros le decíamos a Paddy: "Ponte tu calzoncillo".

Horas en la celda del noviciado

Las horas en que estaba sentado inmerso en el silencio de mi celda, donde era posible el repaso de un recuerdo largamente provisorio, multitud de pensamientos rondaban en mi memoria. Sin saber a quién contar mis memorias, las estaba guardando en mí. Entonces recordaba que, cuando estudiaba en la preparatoria de la Facultad de Teología Pontificia y Civil de Lima, una profesora de filosofía me había dicho: "Por qué no escribes tu vida, está interesante".¹⁵ Fue entonces que comencé a escribir en un cuaderno. Veo que cada día que pasaba la vida me enseñaba muchas cosas, pero muchas de ellas también me dejaban interrogantes. Hay recuerdos que perduran, como cuando era camarada o cabito en aquellos tiempos de

¹⁴ Andrés Avelino Cáceres nació en la ciudad de Ayacucho el 10 de noviembre de 1836. De carrera militar, durante la guerra del Pacífico, en 1879, fue enviado a defender el Departamento de Tarapacá. Cuando el Ejército chileno ocupó territorio peruano, Cáceres se retiró hacia el centro de Perú y organizó a las poblaciones de la cordillera para resistir la invasión. Después de la guerra fue presidente de Perú.

¹⁵ La profesora de la Facultad de Teología Pontificia y Civil de Lima, en una de las clases de orientación vocacional nos pidió contar nuestra historia de vida. Cada quien contó lo que había vivido.

mi adolescencia y vi cómo me acogieron —con la ternura de una madre— los militares y luego los franciscanos. Y así la vida me dio a manos llenas la esperanza de vivir y contar algunas historias, como la vez que caminaba con el fusil al hombro o con una bandera roja, y esa vez en el convento —ya vestido con el sayal franciscano— meditando en la Biblia y escribiendo. Algunas veces, tomando mi guitarra iba donde Mario, un compañero novicio, quien me enseñaba a afinar la guitarra y a cantar. Esta es una de sus composiciones:

Te pido Señor, toca este ciego.
Soy un hombre que hoy quisiera ver
todas tus maravillas.
Sé que con tu luz es más fácil,
Sé que con tu luz yo puedo ver.

Pronto se escuchaba el toque de la campana para ir a la capilla a rezar la sexta,¹⁶ y luego a almorzar.

Todos los días se hacía lectura en voz alta mientras comíamos, en el almuerzo y la cena. Los temas eran de espiritualidad franciscana, como el libro *Florezcillas de San Francisco*. Antes de leer teníamos que revisar y practicar la lectura. El padre guardián podía interrumpirte para corregir los errores. ¿Cuántas veces me corrigieron mi manera de leer?: muchas veces. Siempre. Es difícil aceptar humildemente las correcciones en público. Cuando los hermanos franciscanos terminaban de comer, era cuando el lector ya podía comer.

¹⁶ El oficio divino estaba dividido de la siguiente manera: Laudes (oración en la mañana), Sexta (rezo antes del almuerzo), Nona (rezo después del almuerzo), Vísperas (oración en la tarde) y Completas (oración para acostarse). Laudes y Vísperas duraban 30 minutos y el resto entre 10 y 15 minutos. El oficio divino consistía en rezar salmos, leer un pasaje corto de la Biblia, cantar y rezar padrenuestros. Todo este oficio divino se realizaba en la capilla del convento.

Confesiones al sacerdote en el noviciado

En las aulas del noviciado nos enseñaban la importancia del sacramento de la confesión; pues Jesucristo le había dado el poder a Pedro, el primer Papa, diciendo: "Lo que ates en la Tierra será atado en el cielo y lo que desates en la Tierra será desatado en el cielo". La confesión era secreta; si el padre divulgara la confesión hecha estaría cometiendo un pecado grave. Así, el padre olvidaba todo lo dicho una vez que estaba fuera del confesionario.

Durante el noviciado, mensualmente nos confesábamos con el padre sacerdote en la capilla donde celebrábamos la eucaristía y los oficios divinos. Arrodillados delante del padre, quien nos miraba con los ojos fijos en nuestros rostros arrepentidos, esperábamos las respuestas. Había que decir todas las faltas cometidas y los actos impuros o, como decía nuestro padre maestro, decir "todos los *miskis*", pensamientos morbosos que habíamos tenido. El padre me decía que debía rezar 20 padrenuestros y muchas avemarías como castigo. Era vergonzoso decir todas las faltas cometidas, pero, si te confesabas sin mentir, salías de ahí alegre; sino, estabas intranquilo y poco a poco podías volver a mentir una y otra vez.

Nuestra experiencia misionera en la selva.

Viaje a la misión de Satipo¹⁷

Como a las cinco de la tarde del 27 de noviembre de 1997, los cuatro hermanos novicios de Ocopa: fray Paddy, fray Mario, fray Miguel y fray Lurgio, acompañados y dirigidos por nuestro buen hermano fray Roque, emprendimos el viaje hacia la misión de Satipo. Mientras corría el carro, íbamos dejando atrás el Santuario de Ocopa. Pronto cayó el crepúsculo abarcando con sus sombras tenues el valle del Mantaro. Solo se veía, en la oscuridad, la cruz iluminada en el cerro Jerusalén, levantada por el padre fray Carlos Lafuente.

¹⁷ Esta experiencia misionera la redacté para la revista de los franciscanos. Gracias a las correcciones del padre Antonio Goicoechea y Dante pude presentarla.

Pasando Jauja comenzamos a subir. La naturaleza fue cambiando, hacía frío. Estábamos en Lomo Largo. Antes de llegar a Tarma se comienza a descender; entonces cada vez se siente más el calor de la montaña. Los pasajeros se quitan el abrigo porque el calor aumenta por momentos. Ya en Satipo se puede andar con ropas livianas. En Puerto Ocopa hace todavía más calor, pero a los misioneros franciscanos ni el calor más intenso les podía quitar el santo hábito.

Recién dadas las tres de la madrugada estábamos entrando al pueblo de Satipo. Habíamos viajado durante nueve horas. Mientras permanecíamos recostados en las bancas del parque, las horas se hicieron largas; pero al fin llegó el nuevo día con su claridad tenue y los pájaros del bosque comenzaron a inquietarse entre las ramas de los árboles. Nosotros, con los ojos somnolientos miramos hacia todas partes, arriba y abajo. Ya en la casa misión de Satipo tomamos el desayuno con entusiasmo, animados con brillantes anécdotas de los misioneros franciscanos de Atalaya, que estaban de visita.

Visitando las diferentes casas de las misiones franciscanas.

En la misión de Pichanaki

Después de tomar el desayuno, como a las ocho de la mañana, hora en que el sol esparcía su reverberación sobre el pueblo de Satipo, mientras la ciudad se llenaba del bullicio de los negociantes, viajeros y mototaxis que hormigueaban, nos dirigimos al paradero de las combis rumbo a Pichanaki. Luego de un par de horas de viaje llegamos a la misión de Pichanaki. Nos recibió el padre fray Felipe. Después de los saludos fraternos nos invitó a conocer la casa.

"Tanto vale el hombre cuanto hace", como reza un dicho franciscano. Fray Felipe desempeñaba un papel importante en la evangelización mediante el testimonio de su caridad y laboriosidad.

Luego recorrimos los diversos ambientes: sala pastoral, catequesis, huerta..., y por último pasamos a ver la iglesia que se estaba reconstruyendo.

“En tiempos de apogeo del terrorismo hemos pasado momentos difíciles”, dijo el padre, mostrándonos algunos agujeros de bala en la pared de la iglesia. Las ráfagas de balas se habían incrustado al costado del sagrario, hasta donde habían llegado atravesando el altar y la silla del acólito; los fieles y el padre habían sido sorprendidos en plena celebración eucarística.

Pero, a pesar de todo, no pudieron doblegar al misionero que predicaba la vida, la paz en medio de la violencia, y ahora, poco a poco, estaban reconstruyendo el templo.

Después de recorrer diferentes lugares de la ciudad, retornamos como a las cinco de la tarde.

En la misión de Puerto Ocopa

El día 29 del mismo noviembre viajamos en una combi a la misión de Puerto Ocopa.¹⁸ Durante mucho tiempo el carro marchó por un camino de tierra rojizo-amarillento. Se veían campos sembrados de piña, papaya, naranja..., y paralelo a la carretera corre el río.

Cuando llegamos a la misión de Puerto Ocopa nos recibieron el padre fray Teodorico Castillo, los niños *asháninkas*¹⁹ internos y las madres franciscanas de la Fraternidad Inmaculada Concepción, religiosas dedicadas a cuidar y educar a los niños abandonados.

El paisaje es hermoso, aquí se unen dos ríos. El río Pampa Hermosa-Satipo que baja desde las alturas de la laguna de Toctuga, por donde viene serpenteando la carretera del monseñor fray Francisco Irazola y antes de llegar a Puerto Ocopa, se une con el río Mazamari formando el río Pangoa, cuyas aguas cantan entre las piedras y tienen mucha prisa para juntarse

¹⁸ La misión de Puerto Ocopa fue fundada por el misionero franciscano fray Mariano Uriarte en 1918, para tener un centro de evangelización, y luego se convirtió en casa de albergue para niños sin familia.

¹⁹ Niños indígenas huérfanos por la guerra.

con el río Perené formando luego, con el Ene, el río Tambo que recuerda a algunos de los mártires de Ocopa.²⁰

La casa de Puerto Ocopa está rodeada de árboles frutales: paltos, mangos, limoneros, carambolas, cocos y animales que pastan en la huerta.

El padre Teodorico había llegado a Puerto Ocopa en el año 1957, reemplazando a fray Antonio Rojas. Desde aquel día se hizo un hermano más del pueblo. Como el apóstol Pablo: “Me he hecho judío con los judíos” (1Cor 9, 20). El viejo misionero viste un sayal plumizo, un sombrero de paja y unas sandalias de *jebe*. Cuando alguien lo interroga, guarda un momento de silencio y después contesta con sobriedad las inquietudes. En las tardes camina a paso corto rezando el oficio del día; mientras reza su voz se confunde con la naturaleza formando una música de alabanza monótona.

Ciertamente, viendo al misionero, uno se queda pensando, admirado. ¿Acaso el hombre comprende la labor misionera? Quizá como la naturaleza más primitiva, el hombre se vuelve, como ella, insensible y ajeno. “No faltan horas de decaimiento —dice— pero lo más importante es reanimarse y levantarse”. La opción radical e incondicional del misionero dice más que la palabra.

Ya eran como las siete de la noche cuando el padre Castillo bendecía la mesa servida. Sentados a la mesa, todos animábamos la conversación mientras los niños saltaban, corrían y cantaban en el patio.

Al poco rato quedamos instalados en un dormitorio; el calor llegaba por los techos, pero el río murmuraba suavemente invitándonos al sueño.

El día siguiente, primer domingo de Adviento²¹ en la liturgia cristiana, comenzó como todas las mañanas, con ese ruido de los pajarillos en el

²⁰ Según cuentan los historiadores franciscanos como el padre José Amich, Julián Heras y otros, los indígenas asesinaron a varios frailes cuando entraron a evangelizar. Esto ocurrió en la época colonial.

²¹ El año litúrgico está dividido de la siguiente manera: tiempo de Adviento, Navidad, Cuaresma, Pascua y tiempo Ordinario. El tiempo de Adviento se realiza antes de Navidad, comprende cuatro domingos y es para despertar en la fe. El sacerdote se pone casulla (capa) de color morado.

El tiempo de Navidad está caracterizado por la alegría del nacimiento de Jesús. El sacerdote usa el color blanco.

bosque verde que a lo lejos formaba una sinfonía de coros. El sol matutino empezaba a dar vida a los árboles, mientras una ligera neblina se iba disipando en el ambiente dejando en el gras verde gotas cristalinas de rocío. Celebramos la misa dominical con cánticos de los niños internos *asháninkas*. Ellos, huérfanos de padre y madre a causa de la violencia, fueron acogidos por el padre franciscano. En la tarde del día lunes entramos por última vez al río a bañarnos. Para cruzar el río Pangoa caminamos por la rivera calculando la distancia de la otra rivera. De un salto nos echamos a nadar; fueron una alegría las aguas frescas, pero había que estar con los ojos bien abiertos para evitar los remolinos y el oleaje, se requiere cierta calma. Pronto nos encontramos en la otra orilla del río.

El martes por la mañana regresamos a Satipo en una combi para despedirnos de la familia de Puerto Ocopa. Al poco rato el camino, los montes, eran tan solo recuerdos; mientras corría el carro, toda esa experiencia quedaba atrás.

En la misión de Mazamari

Tocamos varias veces el timbre de la casa de la misión; pero comprendiendo la ardua labor misionera del padre fray Joaquín, entendimos su ausencia. No insistimos y nos contentamos con solo mirar la iglesia levantada al borde del parque de Mazamari. Las personas que cruzaban se santiguaban, la admiraban y veneraban.

Media hora después nos dirigimos a San Martín de Pangoa; allí estaban reconstruyendo la iglesia franciscana corroída por el tiempo y por la

El tiempo de Cuaresma comprende 40 días de preparación para la Pascua. La Cuaresma empieza el miércoles de ceniza y termina el domingo de ramos. El sacerdote usa el color morado. El tiempo de Pascua es el corazón del año litúrgico, porque es la pasión, muerte y resurrección de Cristo. El sacerdote usa los colores morado y blanco.

El tiempo Ordinario es el resto del año, donde se profundiza en la historia de la salvación. El sacerdote usa la casulla verde.

violencia. Posiblemente a comienzos de 1998 acogería a cientos de fieles. Solo quedaba que el Señor envíe operarios a su mies (fieles).

En la misión de Satipo

La labor misionera del padre fray Mario Brown en Satipo es ardua y admirable. Atiende a más de 40 pueblos mensualmente; celebra misa, bautiza y catequiza. Realmente el misionero se hizo un hermano para todos estos pueblos. Seguramente en sus caminatas dirá como el apóstol Pablo: "Pobre de mí si no anuncio el Evangelio" (1Cor 9, 16), y "Todo lo hago por el Evangelio" (1Cor 9, 23).

Todos los días muy temprano, con la mochila al hombro, sale a los pueblos acompañado por el señor Nemesio, un catequista. No sé cómo descubrieron la vocación de catequistas de Nemesio y Andrés; pero seguramente toparían en el camino con el misionero y le harían una preguntita: "¿Dónde vas tan alegre misionero? ¿Por qué cantas y cantas sin cesar? ¿Qué nostalgias anidan en tu alma? Compartir yo quisiera tu ideal" (canto franciscano).

En dos ocasiones hemos experimentado la labor misionera. El día muy temprano salimos hacia Santa Bibiana. El carro que nos llevaba nos dejó en Santa Rosita y desde allí caminamos cuesta arriba al lado del río Satipo. La lluvia no dejaba de mojarnos y la neblina tampoco nos dejaba ver bien el panorama de la selva.

En Santa Bibiana hicieron la primera comunión cuatro niños, algunos de ellos *asháninkas* y otros colonos de la sierra que se fueron a vivir a esa zona. En la celebración de la eucaristía se veían rostros de hombres, mujeres y niños que participaban en los diferentes cantos de animación con recogimiento. En la homilía el padre, además de alentar y reavivar la fe, les dijo: "Es bueno que tengan una fiesta, pues es el momento oportuno para que ustedes se conozcan más y más, y así puedan vivir unidos compartiendo la misma fe: en el trabajo, en la desgracia y en la alegría. Nuestra fe de cada uno de nosotros es como una vela que echa llama; viene quizá el

sacristán, sopla y apaga una, pero no podrá apagar todo con un solo soplo cuando cien velas ardan juntas”.

En el silencio de la tarde, cuando es posible percibir el susurro del universo, el astro rey cae lentamente en el horizonte. Es el último día que pasamos en la misión de Satipo.

La inquietud de conocer las misiones se nos hizo realidad, ahora solo quedaba la perseverancia y el deseo de “madurar” en el seguimiento de Cristo.

En el transcurso del día caminamos con fray Miguel James, compañero de admisión en la orden franciscana, y conversamos en el balcón de la casa de la misión mirando la huerta, sembrada toda de árboles silvestres como paltos, mangos, cocos y flores cuyas fragancias penetraban en el ambiente.

Regreso a Santa Rosa de Ocopa

El viernes, como a las ocho de la mañana, subimos al carro de regreso a Santa Rosa de Ocopa.

Recorrimos de nuevo las rutas de los misioneros. El paisaje es hermoso a la vista, lleno de cascadas que se descuelgan con sus aguas transparentes. “En el camino se puede uno topar con venados, sajinos, armadillos”, dijo el chofer. Pero nosotros no tuvimos la oportunidad de verlos.

A medida que avanzaba el día íbamos dejando atrás los pueblos de Santa Rosita, San Dionisio, Santa Bibiana, Santa Ana, Mariposa, San Antonio, Apalla, Calabaza, Toldopampa, Sierra Lumi, Comas, y la laguna de Pumachucha. El sol moría sobre el horizonte cuando bajamos al valle del Mantaro.

El carro disminuyó la velocidad porque estaban trabajando obreros en la carretera. Entonces llegó el crepúsculo cubriendo todo con sus sombras misteriosas. Nosotros nos apartamos de la ventanilla y echamos la cabeza hacia atrás.

Cuando doblamos la última curva para entrar al pueblo de Santa Rosa de Ocopa, en el convento el reloj centenario daba pausadamente siete martillazos a la campana.

Toma de hábito en noviciado

Ese día había amanecido nublado; a las seis de mañana las campanas del Santuario de Ocopa ya repicaban. Estábamos listos para profesar y para pasar a la otra etapa que era el juniorado. Cuando entramos al templo desde la sacristía, estaba lleno de feligreses, incienso que se elevaba por la cúpula de la iglesia, flores multicolores en el altar, y los padres franciscanos atrás, vestidos de blanco.²² El coro popular cantaba:

¿Dónde vas tan alegre misionero? ¿Por qué cantas y cantas sin cesar? ¿Qué nostalgias anidan en tu alma? Compartir yo quisiera tu ideal (bis).

Como Cristo y Francisco ¡lo más grande es amar!, como Cristo y Francisco ¡yo quisiera misionar!

Porque busco una vida con sentido, mi ilusión es vivir el Evangelio, dar mi vida por todos mis hermanos,

como Cristo amar hasta morir (bis).

Cuando nos llamaban, nos acercábamos y los dos hermanos que nos íbamos a consagrar quedamos frente al celebrante, entonces el padre provincial, nos dijo: “Queridos hermanos, ¿qué piden a Dios, a la santa Iglesia y a nuestra orden franciscana?”. Y nosotros contestamos: “Llamados por la bondad del Señor, después de haber vivido en la fraternidad franciscana los años del noviciado, le pedimos nos admita a la profesión de la vida de hermanos menores, con la promesa de observar, por un año, los consejos evangélicos de obediencia, pobreza y castidad”. Al final todos decíamos: “Demos gracias a Dios”. Luego, de pie, dice el celebrante: “Señor escucha bondadoso las oraciones de tu pueblo”. Y de inmediato el padre provincial

²² Para entrar y salir al altar desde donde dirige el padre celebrante, la columna de participantes va jerarquizada. Primero entran los niños acólitos, seguidos de los postulantes, novicios, diáconos, los recién ordenados sacerdotes, los sacerdotes más antiguos y, por último, va el padre celebrante. En el Ejército es todo lo contrario, el más alto rango siempre se forma primero y el recluta al último, menos en las patrullas, donde los jefes van atrás.

se sienta; dos padres franciscanos nos acompañan como testigos. Cada uno de nosotros nos acercamos al celebrante y nos arrodillamos.

“Querido hermano: ante el Señor que nos llama y nos ha convocado ante la Iglesia, pueblo de Dios al que pertenecemos, y ante la familia franciscana, manifiesten su voluntad de consagrarse por la profesión de la vida religiosa al señor”. La respuesta: “Yo, movido por la divina inspiración, deseo consagrarme a seguir de cerca las huellas de Jesucristo y a observar fielmente el Evangelio, en tus manos hermano provincial, hago voto a Dios omnipotente de vivir hasta por un año en obediencia, sin amor propio y en castidad; y prometo observar siempre la vida y la regla de los frailes menores, confirmadas por el papa Honorio, a tenor de las constituciones generales de la orden de frailes menores. Así, me entrego de todo corazón a esta fraternidad”. Luego, me dice el padre celebrante: “Y yo, de parte de Dios todopoderoso, si esto cumples fielmente, te prometo la vida eterna. En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo”.

El maestro sacerdote celebrante nos viste con el sayal franciscano diciendo: “Hermano, recibe el hábito franciscano, signo de nuestra vida de penitencia y de disponibilidad al servicio del reino de Dios”.

El rito de la primera profesión para pasar a la etapa de juniorado terminó cuando el celebrante nos entregó la Biblia y la Regla de San Francisco.

El Centro Franciscano del Perú

El 30 de marzo de 1998 se inauguró el Instituto Filosófico Teológico Franciscano, haciendo realidad un sueño de los hermanos franciscanos. Bajo la tarde fresca nos reunimos en una sala del Centro Franciscano del Perú. Ese día habíamos concluido el primer año académico, 17 de diciembre de 1998, con una reunión fraterna entre profesores y alumnos.

Casi la mayoría de los profesores estaban presentes y nosotros, los quince hermanos estudiantes de las cuatro entidades: Doce Apóstoles, San Francisco Solano, San José de Amazonas y Santísimo Nombre de Jesús.

El padre Gustavo, rector del instituto, nos dio la bienvenida a todos. Como suele celebrarse en las reuniones franciscanas, pronunció las palabras con la copa de champán en la mano:

Bienvenidos hermanos a esta reunión. Hemos querido compartir este momento, al finalizar este año. Queremos recuperar y rescatar la teología y la filosofía de la escuela franciscana. No tenemos por qué envidiar de ninguna manera a las universidades existentes en Perú, porque aquí se estudia de igual manera.

Terminó con un brindis de agradecimiento y deseos felices por la Navidad y el año venidero de 1999.

A pesar de haber encontrado la paz y la tranquilidad necesarias en el convento, a pesar de tener por fin un momento para reflexionar sobre lo vivido, fui sintiendo que probablemente este tampoco sería un lugar en el cual me quedaría para siempre. Algo en mí me indicaba que duraría poco.

En este pequeño recinto rodeado de jardines verdes, de coloridas flores y del silencioso sosiego del convento de los descalzos que invitaba al estudio, a la búsqueda de paz, quietud y relajamiento con la naturaleza, hemos pasado un año lleno de experiencias. Aprendimos bastante. Siempre recordamos la primera clase de latín cuando el profesor dijo: “Aquí tiene que resucitar el latín”. Por estos motivos y otros fue necesario hacer una reunión para agradecer a Dios por los momentos vividos.

Luego, franciscanamente tomamos chocolates con panetones en un ambiente de familiaridad, contagiados de entusiasmo y alegría. No podían estar ausentes de ninguna manera los cantos que nos caracterizan a los franciscanos, y al compás de las guitarras cantamos “El Evangelio viviente”, “Padre bueno” y otros. Después, con un popurrí²³ de huaynos bailamos. Luego de mano en mano rotaba la guitarra; cada hermano entonaba una canción de su tierra: Arequipa, Huancabamba, Huanta, Juliaca,

²³ Varias canciones unidas en un solo canto.

Tebas, Lima. Cada hermano tiene sus dones particulares, uno es callado, el otro canta, y a veces 15 hermanos al unísono, a ritmo de huayno,²⁴ cantan y bailan.

Si preguntáramos a nuestros hermanos aspirantes, postulantes, novicios, profesos temporales y profesos solemnes por qué escogieron este estilo de vida, seguro cada uno contaría una historia diferente. Esta es mi historia y es como la de cualquiera de mis compatriotas, quizá fui un poco más afortunado por haber vivido en estas instituciones, pero lo más importante en esta etapa de mi vida religiosa fue toparme con la obra de hombres como Jesús y San Francisco de Asís, quienes no solo predicaron sino que unieron prédica y práctica. Ellos dijeron que el hombre es primero, elevaron la dignidad del hombre con la que puede borrar las fronteras y el racismo.

Luego, el hermano Juan entregó tarjetas de Navidad a los profesores felicitándolos en nombre de los estudiantes del instituto. Asimismo, el hermano Milton agradeció a los ministros provinciales y formadores que hayan hecho posible que funcionara el instituto, y por la paciencia y dedicación de los profesores.

Al final terminamos cantando al Señor que nos ha hecho renacer del agua y del Espíritu. Y una vez más el padre Gustavo agradeció a todos.

Después del primer año académico en el Instituto Filosófico Teológico Franciscano "Juan Landázuri Rickets", salí de vacaciones. Cuando regresé de una corta temporada de descanso, renuncié a la vida religiosa.

Las vacaciones me dieron la oportunidad de pensar sobre lo hecho. Miré hacia atrás a lo largo de mi vida, y ya no pude imaginarme más en el convento. Quería tener una familia, quizás un hijo, y salir al mundo como cualquier persona.

Mi plan sería volver a mi pueblo a vivir una tranquila vida como campesino. Sin embargo, el futuro me esperaba con más sorpresas, porque me-

ses después tendría la oportunidad de ingresar a la universidad a estudiar. Entré a estudiar antropología sin saber mucho sobre esta carrera, pero al cabo de muy poco tiempo llegué a estar convencido de que aquí podría estar mi vocación.

²⁴ El huayno es el género musical más popular en la región serrana de Perú; nació con los incas, sobrevivió a la colonización, y mantiene su popularidad hasta hoy en día.

PARTE IV

VEINTE AÑOS DESPUÉS, RECORRIENDO
LAS HUELLAS DEL PASADO



Camino hacia las comunidades
campesinas de Ayacucho
Foto: Isabel García, 2007.

Siempre quise volver a las tierras donde utópicamente caminé pensando en el ulterior cambio del país, en las tierras ociosas del perro hortelano de Alan García.¹ Pero ¿qué tendrán esas tierras lejanas, extrañas, olvidadas por la clase gobernante, para que a uno le vengan deseos de querer volver? Allí donde se mataron entre comuneros, donde murió mi hermano y murieron mis amigos. ¿Acaso por aquella época no sufrimos en esas tierras? ¿Acaso no pasamos hambre? Tal vez tenga razón el vals de César Miró:² “Todos vuelven” a la tierra que te vio nacer y crecer. O simplemente será para repasar los senderos andados, como el alma del ser humano andino que repasa todos los caminos recorridos antes de fenecer para poder morir en paz;³ o, finalmente, el polvo que ha de volver polvo al ser humano. Por eso volví después de 20 años, a buscarme en los rastros.⁴

¹ *El síndrome del perro del hortelano*, artículo escrito por Alan García Pérez y publicado el 28 de octubre de 2007 en el periódico *El Comercio*, de Lima, Perú. Ahí, el ex presidente dice: “Hay millones de hectáreas para madera que están ociosas, otros millones de hectáreas que las comunidades y asociaciones no han cultivado ni cultivarán [...]. Así pues, hay muchos recursos sin uso [...] y todo ello por el tabú de ideologías superadas, por ociosidad, por indolencia o por la ley del perro hortelano que reza: ‘si no lo hago yo que no lo haga nadie’”. Y comparando con otros países, agrega: “Es una vergüenza que Chile exporte dos mil millones de dólares en madera sin tener una hectárea de Amazonía; Uruguay mil millones; Brasil ocho mil millones, y que el Perú apenas exporte 200 millones”. Refiriéndose a las comunidades campesinas, Alan García dice: “Éste es un caso que se encuentra en todo Perú, tierras ociosas porque el dueño no tiene formación ni recursos económicos, por tanto su propiedad es aparente. La tierra vendida en grandes lotes traería tecnología de la que se beneficiaría también el comunero, pero la telaraña ideológica del siglo XIX subsiste como un impedimento. El perro del hortelano”.

² César Alfredo Miró Quesada nació en Lima en 1907. Fue escritor y compositor. “Todos vuelven” es el título del vals.

³ En la creencia de los hombres andinos, antes de que la persona fallezca su alma “sale” de su cuerpo y comienza a recorrer todos los caminos andados y solo “regresa” para el ritual del quinto día, entonces se da cuenta de que el cuerpo está muerto y se va al mundo de los espíritus.

⁴ Volví gracias al proyecto “Batallas por la memoria. La Comisión de la Verdad, cuatro años después de su mandato y la lucha por la verdad, justicia, reparaciones y reconciliación en el Perú”, financiado por el Internacional Center for Transitional Justice (ICTJ) dirigido por Carlos Iván Degregori en 2007. En ese tiempo ya era licenciado en Antropología Social.

Antes de aquel doloroso retorno me puse la ropa del día anterior, de la semana anterior; *jean* de color azul oscuro, la misma ropa de años, gastada por el tiempo. Tenía dinero guardado, deseaba comprar algo decente, quizá algo que pudiera usar como docente universitario para que la gente no me viera con la misma ropa de siempre; pero no, esa mañana salí a comprar un licor pequeño, cigarros, *chaplas* (pan) y conservas de atún. Tenía la impresión de que iba a encontrarme con los amigos en esos lugares, o la idea de que mis compañeros de guerra aún permanecían allí.

El sábado 29 de septiembre de 2007 salí como a las cinco de la mañana de la ciudad de Ayacucho. Mientras avanzaba el autobús, el clima y el nicho ecológico iban cambiando, a medida que subía o bajaba la geografía de los ríos profundos de Perú. Pasamos los valles de clima caliente Muyurina, Chacco, Pacaycasa; allí donde los campesinos intercalan los oficios de la siembra de hortalizas y el moldeo perfecto del barro para convertirlo en ladrillos. Aún no habían salido los campesinos a sus *chacras*, solo los hogares estaban humeando; de seguro las mujeres afanosas estarían preparando ya el alimento para ganarle al sol que comenzaba a pintar el cielo del Oriente. Luego pasamos por la ciudadela de Wari, la primera civilización peruana que urbanizó el asentamiento, que labraron piedras y *perennizaron* sus muertos. Más arriba ya es de zona fría: es la comunidad de Quinua donde los artesanos dibujan con la tierra y plasman su cultura. Allí cerca de la comunidad de Quinua está el Pampa de Quinua y el cerro Condorcunca, donde en 1824 se dio la batalla de Ayacucho entre españoles y peruanos, y desde ese tiempo fue un escenario de sangre que alimentó su concepto de muerte, o quizá desde antes con una de sus tantas rebeliones. Más arriba está Apacheta, cerro protector de las comunidades campesinas y de los transportistas. Allí pastan los auquénidos: llamas y alpacas, vacas y ovejas. Allí viven las vizcachas y las águilas.

A lo largo de la vía, los deudos han construido cementerios. Se erigen cruces cristianas por aquí y por allá. Sepulturas que simbolizan la muerte en volcaduras o provocada en los tiempos de la violencia: asesinatos de los militares, ronderos o de Sendero Luminoso.

Los pasajeros comienzan a leer el libro de la memoria. ¡Aquí falleció mi hermano!, ¡aquí murió mi tío!, ¡aquí se volcó el carro! Otras veces se observa correr al ayudante cobrador para colocar ramilletes de flores entre las piedras negruzcas para el señor Wamani,⁵ o se puede ver el drama de sufrimiento de los deudos comunicándose con sus seres queridos fallecidos encendiendo velas y ofreciendo el aroma y color de las flores. Y no faltan los policías de carretera recibiendo limosnas de dos soles. Luego la vía descende hacia la ciudad de Tambo.

El aire frío que rozaba la ventanilla enfriaba la sien de mi cabeza y yo, que iba con el afán de ver lo que un tiempo fue camino prohibido, iba repasando a la velocidad del vehículo todas las circunstancias que me tocaron vivir; y al cerrar los ojos vino un recuerdo de amor. Por eso, antes de salir de la ciudad de Ayacucho había llamado a Isabel. Ella pasaba el tiempo conmigo, escuchándome, viéndome, contándome chistes, y yo le contaba la vida del guerrillero y el problema que Dios tuvo conmigo al llamarme para llevar la buena nueva a los más pobres del planeta. ¿Por qué a mí? ¿Qué tenía San Francisco como para fijarme yo en él y él en mí? ¿Cuáles buenas noticias llevaría? ¿Aprender a vivir como seres humanos? Muchas veces nos anochecíamos en Huatatas conversando interminablemente; yo apenas tenía un año con ella y ya me había acostumbrado a su presencia. Creo que se había acoplado muy rápido a mi cuerpo, a mi forma de ser, a mi forma de vida; o tal vez el hecho de contar con varios años menos que yo la había decidido a tomarme como se toma el último autobús a Huancavelica. Ella siempre quiso encontrarme, aunque yo nunca lo supe o quizá nunca me fijé en ella, pero los azares de la vida nos unieron. Ella creció sin padre y pocas veces hablamos de eso. Otras veces me contaba de *atuq*, ese animal astuto, que se mimetiza con la naturaleza, tal como lo hizo *si* con los comuneros. Ese animal era apreciado y despreciado por los campesinos: apreciado, por su cola y por el aullido delgado (quien poseía la punta de la cola siempre tenía suerte; y ese aullido anunciaba tiempos

⁵ Wamani, según la creencia de los campesinos, es la deidad que protege a sus animales, sus siembras y a sus almas.

buenos, pero desgracia si era *saqra*); y lo despreciaban porque se comía sus animales.⁶

El autobús recorría las 33 curvas de Tambo. Los recuerdos reviven cuando uno divisa los lugares andados porque se ven como tatuajes en la memoria. En esos lugares viví largo tiempo, y al volver sentí como si todo se hubiese detenido en algún momento, o como si fuera la noche larga en la Antártica o cuando el inca ató al sol, en el mito andino, para construir la ciudad imperial. Así, el tiempo estaba detenido, ya nunca llegó el poder, ya no había que ir del campo a la ciudad ni preparar comités y bases de apoyo para el PCR, ya no madurarían las papas silvestres en los lugares *purun* (lugar no habitado por los hombres). El tiempo se me había hecho largo de repente, quizá porque estaba lejos de mi familia en tierras lejanas en el silencio de la vida. Y yo, como que tenía algo dentro, y sin saber qué hacer conmigo, con mi ser, solo, frente al espejo de la vida, descubriéndome como cada mañana. Aparece el sol por el oriente y viéndome cada día heterogéneo, a veces pienso en lo fascinante que es ser el otro. Siento que el tiempo se atraganta en mi vida y este recuerdo me duele y duele; siento en los brazos, en las piernas, en el corazón. Siento que el recuerdo se alimenta como las pulgas o los piojos blancos que se alimentaron de mi sangre cuando clandestino caminaba con fusil en mano, leyendo la biblia de Mao Tse Tung.

⁶ Zorro: *atuq* en idioma quechua, mide unos 70 cm de longitud, tiene una cola larga y coposa, orejas puntiagudas y color pardo. Vive en diferentes ecorregiones. Perteneció al grupo mamífero carnívoro. El *atuq* es un animal adaptado para ver en la oscuridad. Agita su cola a manera de saludo para luego aproximarse con gran cautela hasta lanzarse de un veloz y hábil salto contra su presa. Perteneció a la familia de los cánidos que incluye a perros y lobos. Vive en madrigueras y caza aves de corral y animales pequeños. Vive hasta 12 años. Fuente: <<http://animalesyplantasdeperu.blogspot.com/2007/04/el-zorro-andino.html>>.

Existen muchos cuentos creados sobre el *atuq*, como este del *atuq* y la *wachwa* (pato silvestre): "El *atuq* había sentido envidia por los pequeños *wachwas* porque tenían sus patitas rosadas y le pidió a su madre le dijera cuál era su secreto. La *wachwa* quiso vengarse y le contestó: '¡Hay que calentar el horno con brasas y cuando están todas rojas al fuego dejaste tus cachorros adentro y cierras el horno bien cerrado!', y luego la *wachwa* se alejó nadando, mientras el *atuq* calentó el horno y quemó a sus cachorros".

Sobre la cuenca de la geografía de La Mar brillaba un cielo azul y limpio. Ya habíamos viajado como tres horas. Ahora bajábamos la última curva de las 33 existentes a lo largo de la carretera. Ante nuestros ojos se abrían inmensos campos donde pastaba el ganado; se veían mujeres con ropas coloridas que llegaban a la feria de Tambo, campesinas bonitas, quechua hablantes que bajaban a comprar y vender mercancías.

Con la mochila a la espalda y una cámara fotográfica en la mano, caminé hacia la comunidad de Acco como lo hicieron los ocho periodistas que llegaron a Uchuraccay donde fueron asesinados. Al fondo del valle se elevan eucaliptos de hojas verde oscuro. El viento se ha llevado las hojas, pero ha quedado el grano; han quedado las montañas frías y solitarias que siempre reciben semillas buenas y semillas malas. Campesinos que vienen en acémilas cargados de papas frescas que sembraron en *michka*. Luego se escucharon los ecos de los *waqrapukus* (músicos) en el cerro de Acco. Venían toros bravos sujetos de los cuernos con varias sogas, como cuando los reclutas eran llevados en los años de 1950 y 1960 atados para "servir a la patria", o como era llevado el *Misitu* para el *Yawar fiesta*.⁷ Ese día era la fiesta de Ccarhuapampa.

Los toros eran llevados a la plaza como para medir a los hombres en su fuerza, destreza, habilidad, y las mujeres observarían para elegir a los más fuertes; o simplemente el toro acudía a la plaza para ofrendar a los hombres a los dioses, a los *apus wamanis*, y con la sangre derramada florecerían los campos, según la creencia de los campesinos andinos.

Subí cuesta arriba presuroso para no ser alcanzado por los toros. Los hombres que los traían gritaban: "¡*Suchuychik!*" (¡Retírense!). Desde allí vi hacia todos lados y miré el cerro impetuoso de Acco. Tanta y tamaña roca

⁷ Me refiero a *Yawar fiesta*, el libro publicado por José María Arguedas quien nació en Andahuaylas, Apurímac en 1911. Fue escritor y antropólogo. Se suicidó en 1969. Escribió varias novelas y cuentos como: *Agua*, 1935; *Diamantes y pedernales*, 1954; *Los ríos profundos*, 1958; *El sexto*, 1961, y *Todas las sangres*, 1964. En este último nos cuenta que en la comunidad de Puquio, Ayacucho, antes de la llegada de los españoles las tierras eran propiedad de los *ayllus* (familias). Luego narra el *toropukllay* (corridas de toros). Se vive una fiesta de sangre porque en las corridas de toros muere un campesino.

para nada. Se le resbalan a uno los ojos al no encontrar cosa que los detenga: aquellos parajes son tierras ociosas, baldías para Alan García, pero para los campesinos esas rocas enormes son los dioses y gracias a ellos producen sus tierras; de ahí manan las aguas que calman la sed y riegan las sementeras de la vida. Las tierras del olvido también son importantes.

Cuando pasaron los toros retomé la marcha. Unas lagartijas cruzaron el camino, como queriendo asustarme, ¡zaass!, pasaban veloces. Nadie las ve, su color es como el de la tierra. Sobre las copas verdes de los eucaliptos vuelan *chiwakus* (zorzales), esos animales que han sido castigados, según la mitología andina, por el dios Wiracocha (dios andino). Por eso pasan comiendo todo lo que encuentran. Siempre hambrientos, no se llenan con nada, ni con guindas ni con higos.

Entonces comencé a oír los ladridos de los perros. Más allá encontré a una campesina regando la *chacra* para sembrar maíz. Ella me saludó: “Buenos días *taytay* (señor), *maytam richkanki* (¿a dónde estás yendo?)”; le respondí: “Buenos días *mamay*, *qanayllatam richkani* (estoy yendo arriba nomás)”. Un viento frío que venía desde Razuhuillca mecía las plantaciones de diminutas arvejas que apenas habían brotado de la tierra, pero que luego serán sustento de las familias campesinas.

Estaba nuevamente en estos lugares donde pasé hambre y persecución, donde murió mi hermano; no estaba yo soñando. Porque otras veces, a decir verdad, me había soñado estando en estos lugares, pero ahora, frente a la realidad, no podía explicarme por qué había vuelto a estar despierto. Por estos pueblos, en aquel entonces, caminé convencido con el pensamiento del PCP.⁸ Sí, porque hasta 1982 actuaron como gente no armada; el pro-

blema fue que a partir de 1983 habíamos comenzado a actuar con manos armadas, con fusiles en mano, pasamos de los tiempos de preparación a los tiempos de guerra. Y los tiempos de guerra tenían otras exigencias, de modo que el precio de la vida estaba entre el viento, las rocas y los abismos. Como reza la Biblia sobre el amor, ¿quién nos podía contener? ¿A quién podíamos temer? ¿Podía el silencio apagar la tormenta de los lanzagranadas y de los estruendosos rayos de las montañas? ¿Podía una chispa levantarse contra una hoguera? ¿Cómo podía el silencio acallar el estruendo que significaba flamear las banderas rojas del partido comunista en Anco, Chungui, San Miguel, Tambo, Huanta? Eso era el PCP. Y en el presente yo, un antropólogo repasando los caminos con ojos que miran lo que subyace en los corazones de los campesinos, en los territorios mentales de esas personas.

Encontré el camino que va a Patapata, el mismo por donde pasé en 1983 hacia la comunidad de Rumi.

Llegué a la casa de los Túpac. Los eucaliptos habían crecido, la casa estaba abandonada. Allí nos alojábamos; sabíamos que José había muerto junto con los periodistas de Ayacucho.⁹ En esa casa me habían designado como enfermero del PCP para acompañar a la camarada Tania. Y recordé que en la primera semana de mi designación, los ronderos de Yanamayu habían masacrado a los pobladores de estas comunidades, les habían cortado el cuello, quemado sus casas, llevado sus animales y pertenencias; por eso ahora odiaban a esos campesinos de Yanamayu. ¿Por qué lo hicieron? Porque en esos tiempos nosotros habíamos entrado a Yanamayu y habíamos quemado sus casas; por eso, por venganza. “Ojo por ojo, diente por diente”, o como Dios castigó a Sodoma y Gomorra, por demasiada corrupción. Luego subí una cuesta y allí encontré aún las piedras colocadas.

zalo? Nada. Solo fuimos motivados en busca de una sociedad más justa y equitativa. ¿Sabíamos los niños las consecuencias de la guerra emprendida? ¿Cómo íbamos a saberlo!, si el presidente Gonzalo gritaba que en el año 1985 tomaríamos el poder y el pueblo gobernaría el destino de Perú. ¿La pasión nos llevó a ser seguidores del líder? O como diría Arturo Warman: “venimos a contradecir” (*Y venimos a contradecir: los campesinos de Morelos y el Estado nacional*. México D.F.: INAH, 1976).

⁹ José es familia de Túpac, ambos simpatizantes de SL, como tantos otros.

⁸ Lo que vi fue la efervescencia del momento en esta parte de la región. Los olvidados por el Estado. Había que hacer algo. Pero ¿qué sabía un niño de la política central en las profundidades de los Andes, alimentado de yuca, papa, *chuñu* y *cancha*? Los profesores en las escuelas nos repetían, todos los días, que los españoles nos han fregado la vida, que los chilenos nos han quitado nuestro territorio, que los gobiernos de turno solo sirven para enriquecerse. Entonces, ya era hora de hacer algo por el Perú. Hacer escuchar la voz para cambiar los niveles de miseria que siempre existieron en esta región. ¿Eso era el motivo? ¿Por qué?, ¿qué sabíamos los niños de la política comunista y del pensamiento de Gon-

Las llamábamos galgas y estaban preparadas para que, cuando las tropas militares pasaran por la quebrada, las soltáramos y así rodando aplastaran a nuestros enemigos. Nunca pasaron por esos sitios los militares.

Bajé a la comunidad de Rumi. La gente me miraba. Algunas personas estaban pastando ovejas, otras regando sementeras. Ser campesino es vivir con los pies en la sementera. Allí nacen y mueren, en sus tierras. Allí están sus ancestros, sus alegrías, sus ofuscaciones. Desde allí construyen su mundo en relación con la sociedad exterior. Allí un campesino me interroga, quiere saber quién soy y por qué estoy andando así. Me pide la identificación y mi documento de identidad nacional no estaba en mi bolsillo, entonces de inmediato se me vienen a la mente los prejuicios que ocasionaron la masacre de Uchuraccay, la justicia consuetudinaria de los comuneros y su incontrolable violencia que pintó Mario Vargas Llosa. Por un instante no dije nada. Más allá aparecieron dos campesinos más. Rebusqué en la mochila apresurado y encontré un documento que me acreditaba como académico, y eso me salvó. Luego ya, con un poco de confianza, conversamos.

Me contaron de la violencia que habían pasado. Me dijeron que fueron engañados por los de SL; pero yo, en silencio, repliqué que tal vez eso se los adoctrinó una organización no gubernamental. Me contaron que recién estaban recuperándose. Ahora ya también habían aparecido rateros con el cuento de que eran compradores de ganado, andaban engañando por estos lugares y abusando de la honestidad de esta gente.

La escuela donde hicimos la feria comunista en 1983 ya estaba abandonada, habían construido otra nueva escuela. La población no habla mucho de tales sucesos, no habla mucho de sus memorias.

Llegué al lugar donde en 1983 me reencontré con mi hermano. La casa estaba abandonada, solo *raqay* (casa abandonada) resistía al tiempo. Me senté en una piedra. Ahí mismo, cuando estaba sentado en otro tiempo, apareció mi hermano. Me puse muy triste, las lágrimas se resistían a salir de mis ojos. En eso percibí que un hombre se acercaba, la silueta se distinguía borrosa porque mis ojos estaban lagrimeantes, y me pareció que mi hermano venía acercándose como aquella vez, vestido con el poncho y



Lugar donde encontré a mi hermano en 1983.

Foto: Lurgio, 2007.

chullu (gorra) de los *iquichanos*. Por eso, algunas veces el hombre andino se siente como si tuviera poder sobre las cosas, como el *allqu* (perro) que divisa el alma que camina al lado del hombre.¹⁰ Pero, otras veces, te sientes como si fueras la cosa más pequeña de todas las cosas del universo, sin poder hacer nada.

¿Ahora qué le diría a mi hermano?: “¿Qué haces tú aquí?, ¿acaso no estabas muerto?, ¿era justo o injusto lo que estábamos luchando?, ¿por qué nos tenía que pasar esta historia a nosotros?”. Deberíamos haber nacido en el tiempo del incanato y el *curaca* (jefe de *ayllu* andino) nos hubiese dado varios *tupus* (medidas) de tierra. Nuestras *chacras* estarían verdes y nuestros hijos correrían entre los maizales. Pero cuanto más se acercaba la silueta, la imagen de mi hermano iba borrándose y en su lugar vi a un viejo canoso, con sus ojos de vidrio. Seguro ese hombre fue el que nos alimentó y entonces pertenecería a las bases de apoyo, a las masas de SL. Lo saludé y me miró de pies a cabeza. Le pregunté: “¿Usted habrá visto toda la barbarie cometida por SL y el Ejército?”. El anciano hizo un silencio y solo me dijo: “*Rikuranim* (He visto)”.

¹⁰ En la creencia de los hombres andinos, el perro puede “ver” el alma de los campesinos.

Luego subí por una ladera, como hice en los años de 1983 y 1984, llegué hasta la cumbre. Allí descansé y desde allí vi el panorama de las comunidades. Una hora estuve sentado. Allá abajo se notaba clarito una planicie donde hacíamos gimnasia de planchas y ranas, como en el servicio militar. Otra vez, en ese tiempo, corrimos la maratón desde las alturas de Patapata a Rumi, todos escuálidos corríamos porque en la guerra los alimentos a veces no duraban. Antes de correr nuestros camaradas nos arengaban, como hacían los generales a sus patriotas soldados peruanos en la Pampa de Quinua o Junín: “De los esfuerzos de hoy, depende la suerte de América”; mientras que los mandos de SL nos decían: “Los niños cuando empiecen a leer, los jóvenes cuando empiecen a recordar, tendrán una historia y dirán a nuestro pueblo que hemos encontrado el nuevo e inédito camino. La conquista del poder en todo el país es inevitable y entonces surgirá una luz más pura, una luz resplandeciente como esa luz que llevamos en el pecho, en el alma”.

Los recuerdos son como un viaje a través del tiempo infinito, es volver a la tierra que te vio llorar, crecer y reír. Caminé por estos lugares, subí esas montañas de Tambo, a pie, a veces descalzo y otras con zapato de *jebe*, y ahora estoy aquí mirando las huellas que dejé, tal vez cuando muera ya no venga mi alma porque ya estoy repasando los caminos andados aunque todavía esté vivo. Siento que estoy viejo, siento que se me ha ido el tiempo muy rápido. Entonces me viene el deseo de volver la mirada atrás y recordar las cosas pasadas. Así pienso mientras miro el horizonte y los *ichus* meciéndose con el viento de la mañana.

Luego caminé por la pampa hacia la comunidad de Cobal. Me dejé llevar por el camino del pasado y busqué los lugares donde habíamos dormido y jugado. Estaban ahí, en esas chozas que miraba. En esas mismas casas los comuneros nos cobijaron y nos dieron sus alimentos. En esas rocas grandes jugábamos entre niños a las escondidas, cuando el sol caía sobre el horizonte.

Ahora bajo hacia la quebrada de Cobal. Mis pies caminan mecánicamente. A veces me siento... y me pierdo en mi mirada. Veo pasar mi mundo y la vida que ostenté. A veces pienso que no me importaría que



Casas donde dormimos en 1983-1984.

Foto: Lurgio, 2007.

mi vida se acabara en ese instante. El PCP se había levantado y comenzó a andar, era hijo de la tormenta, el PCP nunca podría ser destruido. El PCP triunfaría necesariamente. Si esto es un sueño, quisiera despertar, si estoy despierto, no lo quiero comprobar.

En la comunidad de Cobal muchas casas están abandonadas, los hogares donde dormíamos en 1983 yacen solitarios, hay plantas que han crecido dentro de las casas como la simbología plasmada en el Parque de la Memoria: Anfasep,¹¹ donde la planta brota de un fusil.

De regreso a Tambo, me quedé en Ccarhuapampa, un pueblo construido en los tiempos de la violencia, en 1985. Ese día era la fiesta patronal. Los mayordomos danzaban al compás de la banda de músicos y de las arpas. Cuando llegué, toros bravos correteaban a las personas, aunque tres hombres los sujetaban con una soga. Los espectadores reían asombrados, yo también me senté para mirar; a uno de mis costados una

¹¹ Asociación Nacional de Familiares de Secuestrados, Detenidos y Desaparecidos del Perú (Anfasep). Fundada el 2 de septiembre de 1983.

campesina —mientras su bebé tomaba el seno materno— no perdía de vista el espectáculo de la fiesta de la sangre.

En octubre de ese mismo año regresé a San Miguel. Llegué a la plaza de armas, donde la iglesia colonial se eleva como queriendo tocar las nubes del cielo y los cipreses verdes esculpidos con tijera rodean el parque, los pobladores cruzan el parque apresurados. Caminé hacia la escuela donde estudié el tercer grado de primaria. Vi a los niños correteando en el patio, como nosotros cuando jugábamos, en 1985. Qué nostalgia sentí al ver mi escuela. Durante el recreo, me gustaba sentarme en la esquina de las gradas donde hacían vigilancia los cabitos. El puesto de vigilancia siempre estaba rodeado de costales de arena. La escuela era la base militar.¹² Aún seguían los mismos salones de clase donde dormíamos, donde los cabitos abusaban sexualmente de la mujeres que habían tomado prisioneras de SL. Algunas veces yo chupaba *marcianos*¹³ de diez céntimos, pero otras solo me gustaba sentarme para estar fuera del bullicio de los niños y quedarme en silencio, en mí mismo. Mis recuerdos nunca se borraron, estaban ahí dentro de mí, a veces para hacerme daño, a veces para simplemente recordar, y otras veces para hacerme hundir en lágrimas. Pero no hay más, es todo cuanto he vivido y las respuestas están ahí; no es preciso saber más, un silencio es la mejor respuesta, nunca se entenderían, y solo el que ha vivido esta historia la siente viva en su cuerpo. Luego mi cuerpo desaparecerá y se perderá en el universo, pero a mí me volverán a encontrar en estas páginas, como las rocas madres resistiéndose al tiempo.

Al día siguiente subí en el carro que va a Laguna. Eso era mi destino, llegar a Laguna. Antes no había carretera, solo transitaban los campesinos a pie. Subimos como veinte personas encima de mercancías: verduras, azúcar, panes, sal, fósforos, *chaplas*, manzanas arrugadas, *canchas* de maíz, etc. Íbamos mirando para atrás; cuando el carro giraba en cada esquina nos arrumábamos. La gente iba hablando que entraron terrucos a Lagu-

¹² Base militar. Casi todas las escuelas de la región de Ayacucho fueron utilizadas como campamentos del Ejército en tiempos del conflicto.

¹³ Hielo con azúcar puesto en pequeñas bolsas.

na, que ahora habían cambiado de estrategia porque ya no mataban, solo a los adúlteros y rateros castigaban. De tramo en tramo los lugareños paraban el carro y pedían: “¡Déme *chapla*!, ¡déme dos kilos de azúcar!, ¡déme una botella de trago!”. A veces yo bajaba del carro, mientras se vendía, para mirar y tomar fotos fumando cigarrillos.

Cruzamos el cerro de Llachuapampa y luego bajamos a la comunidad de Mayu.

Me quedé en Mayu. La mañana estaba teñida de un cielo amarillento y celeste, y las pocas nubes de aquel día de octubre eran empujadas por el viento de las montañas, así que el panorama era cambiante. Campesinas, ancianos, mujeres de falda larga vestidas con ropas de la religión pentecostal caminaban. Me miraban los niños. Me encontré con un hombre llamado Jorge, era primo de Luis, con quien vivimos en el cuartel militar. Le pregunté acerca de Luis y me contestó que ya vivía en la ciudad de Ayacucho. Más allá vi una mujer joven. Tenía la tez clara y los ojos grandes y profundos, y los rayos del sol hacían brillar su cabello castaño. En estos lugares anduvimos con Rosaura pidiendo alimentos a los campesinos bases de apoyo. Rosaura no ha muerto para mí. ¿Ahora dónde estará su familia? ¿Habrán muerto todos?, si se han muerto siempre habrá un tío, un primo, un pariente. Me gustaría verlos para mirar los ojos de su familia. Rosaura era como esta joven que contemplo, bella, bastante extrovertida y yo, en cambio, callado, poseía una capacidad que no muchos tenían.

La luz del sol se debilitó un rato por las nubes que pasaban, hizo sombra y la joven atravesó el camino con la vista fija en el cielo, sin darse cuenta de que el soldado desconocido la miraba fijamente. Cruzó las casas viejas de lo que había sido una agrupación.¹⁴ Iba distraída y se perdió entre los arbustos de Mayu, como Rosaura se perdió con las balas empapadas de su sangre.

Por estos lugares andaba yo en 1983. Entonces la gente era conversadora y cariñosa. Ahora las personas se muestran indiferentes, te miran de

¹⁴ Cuando se formaron las rondas campesinas, todas las personas de las comunidades se agruparon en un sitio estratégico para defenderse.

pies a cabeza como si fueses algún enemigo, algún bicho extraño. De todo desconfían. Siguen en la pobreza como en aquella época, no han cambiado económicamente, siguen cultivando sus tubérculos, sus arvejitas, su maíz. Si se hubiesen hecho realidad los discursos del PCP sobre la igualdad, que nadie sea rico ni pobre, que todos tuviéramos las mismas oportunidades sin egoísmo, sin explotación del hombre por el hombre, o si el Estado estuviese interesado en los campesinos, en su agricultura, en educar a sus niños como predicán en las elecciones presidenciales, de seguro estos hombres no estarían arañando estas tierras para sobrevivir como yo he arañado en mi vida para contar lo sucedido.

GLOSARIO

Allqu: perro, compañero fiel de los campesinos.

Apus wamanis: deidad de los quechuas.

Asháninkas: grupo indígena en la selva peruana.

Atuq: zorro de los Andes.

Ayllu: familia andina.

Ayni: reciprocidad en el mundo andino.

Balsa: embarcación pequeña de forma plana, hecha con tablas de *pumpu* (madera de la selva) unidas entre sí.

Belachao: o *Bella Ciao*, canto de los partisanos italianos (antifascistas) durante la Segunda Guerra Mundial.

Cachicachis: helicóptero.

Cancha: maíz tostado.

Cocacho: forma de castigar golpeando con el puño en la cabeza.

Curaca: jefe de *ayllu* andino en el tiempo de los incas.

Chacra: campo de cultivo.

Chakchar: los campesinos nunca dicen "vamos a chakchar", sino *akuykusunchik*. *Chakchar* no es masticar la coca, sino solo retenerla en la boca presionando suavemente con los dientes. El *akuy*, en el contexto cultural, es el descanso, el refrigerio. Los campesinos realizan el *akuy* cuatro o cinco veces al día, con una duración de media hora aproximadamente. En la mañana, después de tomar el desayuno, a las diez de la mañana, al mediodía, a las tres de la tarde, y luego después de la cena hasta que se queden dormidos.

Chapla: pan tradicional de Ayacucho, se hace con harina de trigo.

Charki: carne deshidratada.

Charli: nombre de las prostitutas en el Ejército.

Chisito: tipo de bocadillo salado.

Chiwaku: ave de color oscuro. Ha sido castigada por dios según la creencia de los campesinos. No se llena con nada. Siempre está hambrienta.

Chompa: prenda de ropa, equivalente a un suéter.

Chuklla: pequeña casa rústica, de uso temporal, techada con *ichu* o palmera.

Chullu: gorra de lana para cubrirse la cabeza; se teje con lana de alpaca u oveja, es colorida y tapa hasta las orejas.

Chuñu: papa deshidratada. Se prepara en el tiempo de helada (mayo y junio).

Chupasangre: Sendero Luminoso llamaba así a la gente del gobierno.

Chutu: nombre despectivo para las personas que viven en las zonas más frías.

Comandos: líderes de las rondas campesinas.

Cuadrar: detener automóviles en sitios estratégicos para pedir cooperación y buscar soplones.

Hampiq: curandero andino en las comunidades campesinas. Cura las enfermedades con rituales y yerbas aromáticas.

Huayco: una avalancha en la montaña.

Huklla: significa estar unidos.

Ichu: paja de zonas altas.

Jebe: material con que se fabrican las botas o sandalias.

Lliklla: manta.

Llullu: fruto tierno.

Michka: es la siembra corta entre agosto y septiembre, y la siembra grande es en noviembre y diciembre.

Mando: líder de SL.

Marcianos: hielo con azúcar puestos en pequeñas bolsas congeladas.

Misitu: nombre de un toro, en la novela de José María Arguedas *Yawar fiesta*.

Miski: refiere a algo dulce, pero en determinadas ocasiones, también puede referir a un tipo de pensamiento libidinoso o vinculado al sexo.

Mote: maíz cocido.

Pantaq: ni es día ni noche, es el puente entre día y noche.

Pasi: papa, yuca sancochada.

PCP: Partido Comunista Peruano.

Pichiwi: ave de mal agüero; según la creencia de los campesinos, anuncia la muerte.

Ponerse en cuchilla: en Sendero Luminoso, era la forma de dormir, en la cual varias personas se acostaban en fila, unas en un sentido y otras en otro.

Puquiales: fuente de agua.

Puquy: tiempo de lluvias, enero y febrero.

Puna: la parte alta del altiplano.

Payqu: yerba aromática.

Purun: lugar silvestre no domesticado.

Qarawi: canto alegre o fúnebre con ritmo prolongado. Las mujeres hacen el *qarawi* en tiempos de siembra, cosecha, *yarqa aspiy* (limpieza de sequía), y en el traslado de un cadáver al cementerio.

Qipi: carga que se lleva en la espalda con *lliklla* (manta de lana o plástico que sirve para llevar cualquier objeto a la espalda).

Quincha: material ligero de construcción.

Raqay: casa abandonada.

Sacha kuchuy (cortar el árbol): es un componente importante de las festividades carnavalescas en las comunidades campesinas de Ayacucho.

Sagra: sonido fuerte y grave que emiten los animales.

SMO: Servicio Militar Obligatorio.

Soplón: persona que a escondidas avisaba a los militares sobre nuestro actuar y dónde encontrarnos, solo así los militares nos podían sorprender. Así, estas personas se convertían en nuestros enemigos.

Toropukllay: corrida de toros.

Tullpa: cocina construida con piedras. En la *tullpa* se conserva la candela.

Tumbos: frutos silvestres dulces.

Tupay: encuentro. En tiempos de violencia, cuando uno se encuentra con militares o ronderos.

Tupus: medidas de tierra en tiempos de los incas.

Tuya: pájaro característico de los Andes.

Uqa, mashua: tipos de tubérculos, domesticados por el hombre andino para su alimentación diaria.

Voltearse: cambiar de opinión y de actitud. Las masas se voltearon a ser *yanaumas*.

Wachwa: pato silvestre.

Waqay vida: tiempos de sufrimiento.

Waqrapukus: músicos que tocan en la fiesta del ganado (San Juan) y en las corridas de toros. El instrumento musical está hecho de cuernos de toro.

Waraka: especie de honda hecha de lana de auquénidos o fibra de cabuya.

Sirve para lanzar piedras a unos 200 metros.

Warpas y *waris*: nombres de las culturas preincaicas en Perú.

Wawas: panes dulces adornados con figuras de bebés y caballos. Se come en tiempo de Todos los Santos.

Yanamonte: anexo del distrito de Tambo (La Mar). El nombre viene del color del lugar (monte negro).

Yanauma: literalmente cabeza negra. Campesinos que no apoyaban al PCP-SL.

Yawarsunku, *chilca*, *molle*, *cabuya* o *muña*: son yerbas medicinales de los Andes.

Yunsa: árbol cortado y plantado en tiempo de carnaval. El árbol es adornado con serpentinas, globos, regalos (ropas, ollas y frutas). Se danza a su alrededor hasta que alguien lo corte.